Convergencia: Génesis

Heiner Flores Bermúdez

Image not found.

Capítulo 1

Plan de Escape

Año 2370

Él estaba convencido de que hacía lo correcto. Sin embargo, inadvertidamente, había arrastrado consigo a muchas personas hacia una aventura muy peligrosa.

Su nombre era Denn Bornew, un Sargento de Tau Ceti, uno de los sistemas planetarios primarios de La Unión Galáctica. Un humano, de cabello castaño y ojos claros. Usualmente se mostraba a sí mismo como un hombre serio, pero detrás de esa apariencia reservada, se hallaba una persona amable y preocupada por los demás.

Hacía más de un año que su vida había cambiado para siempre. Ahora, después de tanto tiempo, sentía que debía hacer algo al respecto. Fue entonces que decidió aprovechar su posición y embarcarse en una última misión, una que lo llevó al Sistema Solar, para arrebatar del planeta Tierra algo que, según su criterio, cambiaría el destino de la galaxia.

En su huida del Sistema Solar logró escabullirse hasta una nave de pasajeros. Una de aquellas que, comúnmente, transportan a todo tipo de viajeros a planetas, lunas y, por supuesto, estaciones de salto.

Las estaciones de salto, aquellas gigantescas naves que más bien se asemejaban a ciudades, servían como plataformas interestelares, que mantenían abiertas puertas en el espacio, los agujeros de gusano, uno de los mayores descubrimientos de los últimos tiempos.

Repartidas por todos los sistemas de La Unión Galáctica y otros sistemas habitados, las estaciones de salto, cual oasis en un desierto, daban refugio a quien pudiera pagarlo. Sus hangares recibían constantemente a todo tipo de viajeros, ofreciéndoles toda clase de servicios: Reparación y abastecimiento de naves, habitaciones, restaurantes y tiendas, pero principalmente eran un punto de encuentro de la más diversa colectividad. Muchísimas personas vivían y trabajaban en ellas, y para muchos eran el único hogar que conocían. No solo conectaban los sistemas planetarios a través de agujeros de gusano, sino que eran parte importante en la economía de la galaxia.

Aquella nave de pasajeros no fue elegida al azar. Denn escogió la que lo llevaría hasta S4-07, una de esas tantas estaciones de salto que poblaban el sistema. Su intención era alejarse lo más posible de las fuerzas

terrestres que lo perseguirían en cuanto descubrieran que había irrumpido en aquel abandonado laboratorio terrestre.

Nunca planeó hacerle daño a nadie, su único fin era escapar del Sistema Solar con aquella invaluable carga y su única oportunidad de lograrlo era a través de un agujero de gusano, para burlar a sus perseguidores en el espacio y en el tiempo.

Sin que lo detectaran aún, logró llegar a S4-07 en la nave de pasajeros. Había escogido esa estación en particular sabiendo que habría una disminución considerable de viajeros y de personal por mantenimiento de rutina. La nave en la que llegó, era una de las pocas que tenía permitido dejar pasajeros en aquella estación en particular.

Una vez ahí, se apoderó fácilmente de los controles de navegación. Nadie se percató de su llegada a la sala de mando. Las únicas dos personas que se encontraban en ella quedaron inconscientes. Aquella arma rara que usara desde que había ingresado a las fuerzas de Tau Ceti fue suficiente para dejarlos fuera de combate, descargando sobre ellos una fuerte corriente eléctrica paralizante.

No quería llevarse consigo a ninguno de los pasajeros de a bordo, así que accionó la alarma de evacuación, con la esperanza de que todos los que ahí quedaban dejaran la estación de salto en sus naves, antes de su propia partida.

No eran muchas las personas en la estación. La mayoría de ellas logró abordar las naves e irse, al primer sonido de la alarma. Sin embargo, no contó con que las fuerzas terrestres lo detectaran antes de que todos los pasajeros pudieran escapar, hecho que lo obligó a llevarse a todo aquel que aún se encontraba en la estación.

Apagó la alarma de evacuación y se aseguró de bloquear las compuertas del hangar antes de cruzar el primer agujero de gusano. Quería evitar que quienes quedaban a bordo pudieran salir heridos o se extraviaran en el espacio profundo, si es que iban a intentar escapar en las naves, una vez iniciada su huida.

Desactivó el control de posición automática de la estación, para poderla maniobrar libremente, y dirigiéndola a su agrado, atravesó el agujero de gusano que esta mantenía abierto. Una vez salió por el extremo opuesto había cruzado ya diez años luz de distancia en un instante.

Sin perder mucho tiempo, utilizó el avanzado sistema y abrió un nuevo portal en el espacio con la intención de volver a dirigir la estación a éste y así cruzarlo. Planeaba abrir y cruzar agujeros las veces que fueran necesarias, alejándose lo suficiente del Sistema Solar como para después abandonar la estación de salto en alguna de las naves que quedarían en el

hangar. De ese modo, podría esconderse en algún sistema planetario poco vigilado, sin dañar a ninguna de las personas de a bordo.

Era un buen plan. Nadie iba a poder seguirlo. Los agujeros de gusano que abriera solo permanecerían activos unos pocos minutos si la estación de salto no estaba ahí para mantenerlos así. Una vez la estación cruzaba, estos se cerraban unos momentos después. Iba a salirse con la suya, o por lo menos eso fue lo que pensó en un principio.

Siguiendo su plan y atravesando portales, se alejaba cada vez más de las fuerzas de la capital de La Unión Galáctica, el planeta Tierra. En ese momento ya nadie sabría en donde se encontraban. Pronto podría abandonar la estación concluyendo su escape. O eso hubiera sucedido de no ser porque tuvo tan mala suerte.

Un desafortunado fenómeno ocurrido mientras S4-07 y sus pasajeros cruzaban uno de los agujeros, provocó que la estación saltara una distancia muchísimo mayor, llevando a Denn Bornew y al resto de pasajeros a un lugar totalmente desconocido.

La situación se complicaría aún más, los sistemas encargados de abrir los agujeros de gusano quedaron totalmente dañados después del inusual suceso. La estación de salto y sus pasajeros, ahora viajaban a la deriva en el espacio profundo, con recursos escasos y con graves daños en todos sus sistemas.

Las luces fallaban intermitentemente al mismo tiempo que una alarma avisaba con un sonido penetrante, a unas trescientas personas en la estación, la verdadera necesidad de evacuar.

Cuando Denn confirmó que los aparatos de navegación no daban respuesta, dudó de su plan. Revisó las pantallas de la estación y notó que ahora estaban en un lugar inexplorado y sin señales.

No tenía nada más que hacer ahí, la estación no respondía. Debía escapar del lugar lo antes posible.

—Debemos movernos —dijo Denn a su acompañante.

Rápidamente desactivó el bloqueo de las compuertas del hangar, y a toda prisa salieron de la sala de mando que Denn había dejado inaccesible antes.

Justamente después de la salida de la sala de mando, había un pasillo paralelo a la sala, con puertas a ambos extremos, las puertas que Denn había cerrado en un principio.

Imaginó que tal vez habría personas del otro lado de ambas puertas tratando de entrar, así que decidió escapar por un conducto de ventilación.

—Ayúdame a subir allí —dijo Denn a su singular compañero, señalando el conducto de ventilación.

Con ayuda del que ahora era su cómplice, quitó la ventanilla de metal que cubría el conducto y se metió en él.

—Espera a que avance un poco —dijo mientras gateaba hacia el interior del conducto—. ¡Ahora sí! ¡Sube!

Avanzaron por el conducto hasta llegar a otro pasillo que aparentaba estar vacío. Aunque la visión desde arriba no era óptima, Denn decidió que aquel lugar era seguro para bajar.

Bornew había estudiado bastante bien el plano de la estación, por lo que sabía perfectamente cómo llegar hasta el hangar, en donde abordaría alguna nave para después escapar.

A pesar de su intrépido intento, nunca había sido particularmente bueno haciendo planes, siempre improvisaba sobre la marcha, pero esta vez se había esforzado en idear un plan efectivo.

A toda prisa atravesaron los pasillos precisos para alcanzar su objetivo, y cuando por fin consiguieron llegar al hangar, descubrieron que ya había personas allí.

Imaginó que probablemente habían quedado atrapadas ahí en el momento en que bloqueó las puertas del hangar, lugar en el que ahora solo quedaba una nave.

Las personas no eran un problema, Denn llevaba consigo su pistola eléctrica. Amedrentarles sería sencillo. Aun así, Denn vaciló nuevamente.

—¡Pero qué plan tan malo!

—¿Qué pasa? —preguntó su compañero—. Son pocos, podemos pedirles que se hagan a un lado, tomar la nave, e irnos de aquí.

—No. Tan solo hay una nave. ¿Cómo pude ser tan descuidado? Debí pensar en esto.

—¿Qué importa que solo haya una nave? Solo necesitamos de una nave para escapar.

—Parece que no he sido lo suficientemente meticuloso con el plan después de todo —respondió Denn, y rio un poco.

Denn no había contemplado el número de naves que habría en la estación. Muchos viajaban en sus propios vehículos y otros en naves de pasajeros que entran y salen constantemente en las estaciones. Sabía, además, que en todas las estaciones cuentan con algunas naves de evacuación, otras más para defensa, minería, rescate y demás. Sin embargo, después de la evacuación, solo había quedado una. Una nave de evacuación, capaz de llevar unos cuatrocientos pasajeros, además de contar con un espacio extra para carga.

—¡Qué mal he pensado las cosas! —siguió Denn—. Si todos los pasajeros hubieran evacuado, nos habríamos quedado en la estación sin ningún lugar adonde ir, esperando a que vinieran a capturarme, y a ti a llevarte de regreso a la Tierra. Tuvimos suerte que los pasajeros restantes no tuvieron tiempo de abordar esa nave.

—¿Por qué estás pensando en eso?

—No podemos hacerlo. —Denn ya no lucía tan sonriente—. Si tomamos la nave dejaremos a todas estas personas atrapadas aquí en medio de la nada. Además, ¿a dónde viajaríamos con ella? ¡Qué torpe he sido!

Mientras Denn y su compañero hablaban, las personas que se encontraban en el hangar empezaron a acercarse a ellos.

—No te preocupes —susurró a su compañero antes de que las personas llegaran hasta a ellos—. Nadie sabe que hemos sido nosotros quienes tomamos los controles de la estación.

Esas personas podrían ser de cualquier lugar. Algunos eran trabajadores de la estación, otros eran pasajeros, personas que habían hecho parada, tal vez para comer algo o para buscar una habitación en donde hospedarse, quizá en espera de la siguiente nave de pasajeros que los llevaría a su destino. Después de todo, los viajes por el espacio podían ser largos y agotadores.

Denn había sido cuidadoso al bloquear las puertas en la sala de mando y deshabilitar todas las cámaras. Nadie abordo sabía que ellos eran quienes habían secuestrado la estación. Su situación no era tan mala. Denn llevaba puesto su uniforme, que lo distinguía como miembro del ejército de Tau Ceti y por tanto miembro del ejército de La Unión Galáctica. No había razón para que alguien desconfiara de él.

—Así que eres un soldado galáctico —advirtió un hombre—. ¿Están bien?

—Sí, estamos bien. ¿Qué está pasando? —disimuló.

Se trataba de un oficial de seguridad de la estación espacial; había quedado atrapado en el hangar.

—Creemos que alguien ha tomado el control de la estación, pero no estamos seguros.

—¿Hablas en serio?

—Lo estamos confirmando.

—¿Y qué hay de ustedes? —preguntó Denn—. ¿Están bien?

—Sí, todos estamos bien. Solo queda una nave, así que esperábamos al resto de las personas para poder evacuar la estación, pero de repente se cerraron las puertas dejándonos atrapados aquí. Mis compañeros de seguridad me informaron que han estado dirigiendo a todos en la estación a la plaza principal para tratar de mantenerlos a salvo. Deberíamos ir ahí.

—Entiendo ¿Qué saben de la persona que tomó el control de la estación? —Denn intentaba corroborar si estaban bajo peligro y ese oficial de la estación podría sacarlo de la duda.

—Como dije antes, aún no estamos seguros de nada. El capitán y otros compañeros están tratando de entrar a la sala de mando. Por el momento, permíteme dirigirte junto con estas personas a un lugar más seguro. Siendo un soldado galáctico tal vez podrás ayudarnos en algo. —Denn asintió mientras el oficial de seguridad continuaba—: Me llamo Senlar Belmy, soy primero de estación. ¿Y tú cómo te llamas?

La totalidad de las estaciones de salto de los Sistemas Primarios eran controladas por La Unión Galáctica, y aunque sus trabajadores no eran considerados solados galácticos, formaban parte de las fuerzas de la Unión. Primero de estación era un rango que se daba en las estaciones de salto. Era el rango más alto después de capitán y estaba por encima de segundo de estación. Senlar Belmy definitivamente era una de las personas con más autoridad en la estación S4-07.

—Yo soy Denn Bornew, un sargento de Tau Ceti.

—Mucho gusto. Y ese robot, ¿tiene nombre? —preguntó Senlar señalando al singular compañero de Denn, el robot que había sido cómplice del secuestro de la estación.

Denn lo pensó por unos segundos antes de contestar, aún no sabía cómo

llamarlo. Se volteó hacia el robot y le preguntó:

—¿Cómo quieres que te llamen?

El robot era un modelo de prueba, el primero de una generación muy especial de robots. Hacía ya doscientos años de su fabricación. Se trataba de un proyecto liderado por un científico llamado Helagar Ust, que trabajaba para A-Corp, una polémica corporación privada conocida por sus innovaciones tecnológicas.

No había sido activado desde hacía mucho tiempo hasta el momento en que Denn Bornew lo encontró. Años atrás Helagar Ust hizo cientos de pruebas con él, y después de un tiempo, lo remplazó con un modelo mejorado. Momento en el que fue desactivado.

Estaba hecho de solidio, un metal extremadamente raro, conocido por ser sumamente duro y liviano. Su rostro, no muy complejo, no era capaz de mostrar gestos o emociones. Después de todo tan solo era un prototipo.

Cuando se inició el proyecto, la Unión puso su confianza en A-Corp y financió todo el programa para crear robots especializados en tareas de colonización de nuevos planetas. Fue el inicio del proyecto Colonizador, que culminó con la creación de robots capaces de pensar como los humanos.

Después de años de investigación, los robots Colonizador estaban terminados, y fueron probados de inmediato en tareas de terraformación en Venus. Aquello resultó ser un desastre.

Los Colonizador se rebelaron contra sus creadores en el año 2185. Tres años después, escaparon al espacio sin dejar rastro. Nunca más se supo de ellos, pero las repercusiones fueron enormes. La inseguridad en la gente limitó el avance. Nunca más confiarían en un robot que pudiera pensar como un humano. A raíz de todo, La Unión Galáctica prohibió la fabricación en masa de inteligencia artificial tan avanzada, y planteó altas regulaciones en el campo. Este era el tipo de robot con el cual viaja Denn. Un robot verdaderamente especial.

—Mi modelo es C0-UN1 —contestó el robot.

—¿Es tu robot? —preguntó Senlar a Denn.

El robot volteó su cabeza hacia Denn, interesado en su respuesta. Bornew contestó su mirada con una sonrisa y respondió la pregunta de Senlar:

—Él no tiene dueño, es un robot libre.

—Nunca había escuchado de un robot sin dueño.

Continuaron su camino hasta el lugar en el que se encontraba el resto de las personas. Era una zona enorme. La plaza principal de la estación, un espacio de forma circular rodeado de tiendas de todo tipo.

La plaza era un lugar agradable. En el centro de la misma se alzaba majestuosa una fuente de agua cristalina. Árboles y plantas exóticas daban al lugar frescura y verdor y múltiples banquetas permitían a los visitantes de la estación sentarse cómodamente a platicar o simplemente a descansar.

En el lugar había cientos de personas que esperaban alguna explicación o indicación por parte de la seguridad de la estación. Denn pudo notar la inquietud en el ambiente. Solo unos pocos estaban tranquilos. Había hombres, mujeres y niños. Todos humanos.

—Esperen aquí mientras averiguo qué está pasando —dijo Senlar.

Senlar se alejó para hablar con el capitán de la nave dejándolos ahí. Un niño que había escuchado la conversación entre ellos, se acercó a C0-UN1, y le preguntó:

—¿Qué clase de robot eres?

—¿Clase? —preguntó C0-UN1 extrañado.

—Nunca había visto algo parecido. Te ves genial, no como un robot de información o de ayuda doméstica ¿Eres un robot de batalla?

La mayoría de los robots de la época eran fabricados con apariencias inofensivas. Después de lo que había pasado con los Colonizador, la gente no quería estar cerca de un robot que luciera poderoso y peligroso. C0-UN1 era muy diferente, estaba diseñado para conseguir fuerza, agilidad y rapidez, su apariencia era la de una máquina preparada para la batalla.

—Tienes razón, niño—interrumpió Denn—. Es un robot de batalla. De hecho, es mi compañero. Hemos estado juntos en muchas batallas.

—¿En serio? ¡Genial! —exclamó entusiasmado el niño. Se volvió hacia una chica y movió su mano para llamarla—. Dani, ven a ver esto.

Dani era la hermana del niño, una muchacha muy bonita, de cabello castaño claro y ojos verdes, entrada en sus veinte; tan solo una niña para los tiempos.

—Me llamo Qein Dontes —dijo el niño—, y esta es mi hermana Dani.

—Mucho gusto, yo soy Denn Bornew y él es mi amigo C0.

Dani lo miró con desconfianza.

—Así que el robot no solo es tu compañero, sino que también es tu amigo. Entonces dime, ¿cómo es que hace un momento escuché que le preguntabas su nombre? Cualquiera diría que es obligatorio que una persona sepa el nombre de sus amigos.

Denn sonrió.

—Lo que sucede es que no soy bueno con los nombres. Me pasa todo el tiempo —bromeó Denn—. ¿Cómo era el tuyo?

—¡Dani! —Una mueca de enojo se dibujó en su rostro. Denn pensó que lucía muy guapa.

Antes de que pudieran seguir con la conversación, Senlar interrumpió. Venía acompañado del capitán, que quería hablar con Denn.

—Capitán, este es Denn Bornew, el hombre del que le hablé.

El capitán tenia pinta de ex-militar, de apariencia adulta y con cara de pocos amigos. Su pelo canoso peinado hacia atrás dejaba ver la experiencia del hombre.

—Así que tú eres el sargento de Tau Ceti del que Senlar me habló. Mi nombre es Val Afkbar, soy el capitán de la estación.

A Denn ese nombre le recordó algo. No estaba seguro de adonde le parecía conocido, pero era indudable que había escuchado hablar de algún Afkbar alguna vez.

—¿Afkbar? Me suena conocido… ¿Por qué me suena conocido? —preguntó Denn. Senlar se veía algo incómodo, era como si quisiera callar a Denn con la mirada—. ¿Nos conocemos?

—No, no nos conocemos.

Afkbar era el apellido de una reconocida familia de piratas espaciales que operaban desde hacía años en una zona fuera de los límites de La Unión Galáctica, muy lejos de los Sistemas Primarios. Sin embargo, eran tan reconocidos como para que fuera casi obligatorio que un integrante del ejército galáctico, como Denn, hubiera escuchado de ellos.

—¡Mmm! Es curioso, creí que ya había escuchado su nombre.

—No importa. Ya que eres un soldado de la Unión podrías ser de utilidad. ¿Me permites que haga un escaneo de tu iris? —El capitán Val no preguntaba por cordialidad sino porque era ilegal escanear el iris sin autorización.

La intención del capitán era confirmar si en efecto Denn Bornew pertenecía al ejército de La Unión Galáctica, comprobándolo en una base de datos a la que tenía acceso.

Bornew accedió ateniéndose a su suerte. Si en la Tierra se hubiera enviado la señal de arresto de Denn, antes de que atravesaran por el primer agujero de gusano, estaría perdido. De lo contrario, la señal no llegaría, ya que ahora estaban a muchísimos años luz de distancia de cualquier sistema conocido, y la base de datos solo podría actualizarse cerca de alguno de ellos.

«Puedes escanear mi iris», dijo Denn y en el instante, un novedoso dispositivo, unos lentes de realidad aumentada en los ojos del capitán que se conectaban inalámbricamente a un brazalete en su muñeca que procesaba los datos, escaneó el iris de Bornew, confirmado su identidad.

—Parece que eres quien dices ser —dijo el capitán.

Denn sintió un alivio inmenso al no ver hostilidad en el capitán. La orden de captura no había llegado. Había pasado la prueba más importante para ganarse la confianza de las autoridades de la estación.

—Si quieres ayudar, Senlar te contará los detalles —dijo el capitán, e inmediatamente y sin decir nada más, dio media vuelta, llevándose a algunos de sus subordinados consigo.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Denn a Senlar, que aún lucía un poco incómodo.

—¿Acaso eres tonto? —interrumpió Dani—. Afkbar es el nombre de una de las pandillas de piratas más peligrosas de la galaxia. Seguramente él pertenece a esa familia. Ha de haber pensado que lo torturabas para que dijera de donde se te hacía conocido su nombre.

Senlar asintió.

—¡Ups! Te dije que era malo con los nombres —aseguró Denn con tono risible—. Ahora si me disculpas tengo cosas que hablar con este hombre de aquí. Fue un placer conocerte… ¡Mmm!… ¿Cómo te llamas?

Dani tomó a su hermano de la mano y se retiró furiosa.

—Solo estoy bromeando con ella —dijo Denn dirigiéndose a C0-UN1, quien si hubiera podido le habría contestado con una sonrisa.

Senlar se apresuró a hablar, quería asegurarse de evitar alguna otra interferencia.

—Mira, Denn, ahora mismo no podemos saber bien cuál es nuestra situación. Voy a reunir a las personas y explicarles lo que sabemos. Ya muchos sospechan que un intruso tomó la estación, así que esconderlo no servirá de nada. Lo mejor es exponerlo de inmediato. ¿Podrías ayudarme? Tu presencia podría darles confianza.

—Pero antes dime, ¿saben algo de quién es el responsable?

—No. Los hombres que estaban en la sala de mando fueron atacados. Los dejaron inconscientes antes de que se dieran cuenta.

—¿Están bien?

—Sí, han despertado y no están heridos, solo un poco aturdidos, aunque seguro que desearían seguir inconscientes para evitarse el regaño que Val les dará… Vamos a hablar con la gente.

Denn asintió.

—Vamos. —Denn que caminó tranquilamente hacia el centro de la plaza con la intención de hablar con todos. Se paró sobre una banqueta y comenzó—: ¡Atención! —dijo mientras movía sus manos para llamar la atención de los presentes—. Si pudieran acercarse un momento se los agradecería… ¡Atención por favor!

Senlar lo miró complacido, no era necesario que él reuniera a toda la gente, pero aun así lo hizo. Resultaba que Denn tenía el carisma que se esperaba tuviera un sargento de La Unión Galáctica.

—Mi nombre es Denn Bornew del planeta Nec, soy un sargento del ejército de Tau Ceti. Me han pedido que ayude a las autoridades de la estación. Sé que deben tener muchas preguntas. Este hombre que está aquí es Senlar Belmy, primero de estación. Escuchemos lo que tiene que decir y tratemos de cooperar.

—Gracias, Denn. —Senlar se acercó para tomar la palabra de inmediato.

Era importante que les hablara. El ambiente estaba plagado de ansias de

alguna explicación. Las caras asustadas preocuparon un poco a Denn.

—Alguien irrumpió en la sala de mando —comenzó Senlar—, y por razones aún desconocidas, transportó la estación por varios agujeros de gusano. Lamentablemente el sistema de salto sufrió un daño y estaremos en este lugar por un tiempo, al menos hasta que logremos repararlo. Además, la persona que hizo esto aún no ha sido localizada. Estamos trabajando para hallarlo, es por eso que nadie debe moverse de aquí.

—¿Cómo pudo pasar esto? —preguntó alguien.

—Calma por favor. —Senlar podía comprender la desesperación de la gente y sabía que de alguna manera debía intentar tranquilizar a los presentes—. Deben saber que en este momento estamos fuera de peligro. En la estación hay cerca de ochenta oficiales de seguridad. Los instamos a que compartan cualquier cosa que les parezca sospechosa, nuestros oficiales estarán gustosos de escucharlos. Ya hemos recuperado la sala de mando y hemos aislado el resto de las áreas de la estación. Lo primero que debemos hacer es registrar en una base de datos a todo aquel que quede abordo. —Dos oficiales se acercaron, solo necesitaban del dispositivo en sus ojos que se conectaba a sus brazaletes para levantar la base de datos. Colocaron unas sillas y se sentaron—. Les pido que hagan dos filas para que estos oficiales puedan tomar sus datos. Es todo lo que podemos hacer por ahora, apenas haya noticias las compartiremos.

La gente procedió a proporcionar la información que les solicitaban los oficiales, quienes, con rápidos movimientos de sus manos en el aire, ingresaban los datos en aquellos avanzados dispositivos de sus ojos. Senlar se hizo a un lado y moviendo su mano hizo señales a Denn para que se le acercara.

—¿Qué pasa, Senlar?

—Mientras registramos a todas estas personas tendremos tiempo para estudiar mejor la situación. Como es costumbre, dos de los oficiales que deben permanecer hasta el final de una evacuación, son mecánicos, y en este momento están tratando de reparar los sistemas, veremos que noticias nos tienen.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó Denn.

—El capitán ha enviado cuatro grupos de diez personas a registrar todas las áreas de la estación. Me ha pedido que me quede aquí con varios soldados para controlar. El segundo de estación, ese que está por allá —dijo señalando a un hombre—, llevará un grupo más a inspeccionar. ¿Podrías tú y el robot, unirse a su grupo de búsqueda? Los sensores del

robot podrían ser de ayuda.

—No hay problema.

Cooperar era lo mejor que Denn podía hacer. Ahora ya tenía un nuevo plan. Iba a cumplir con cualquier solicitud de las autoridades de la estación y esperar a que repararan el sistema de salto. Cuando por fin estuviera reparado y pudieran viajar a algún sistema habitado, intentaría robar la nave de evacuación para continuar con su escape.

—Tan solo dame un momento para hablar con el robot. —Denn se alejó un poco y llamó a su compañero para hablar en privado.

—¿Estamos en problemas? —preguntó C0-UN1.

—Tranquilo —respondió Denn sonriendo—. En todo caso el que se metería en problemas soy yo.

Antes de seguir, hizo una pausa para asegurarse que nadie los estuviera escuchando, y después de confirmar que podían hablar tranquilos, continuó:

—Vamos a tener que cooperar con estas personas. Ninguno sospecha de nosotros y queremos que siga así. Si alguien te preguntara algo, solo debes decir que te compré en la Tierra antes de venir a la estación. Eso es todo.

—Pero, ¿no habías dicho que éramos compañeros en el ejército?

—Creo que todos entendieron que solo estaba tratando de divertir al niño. Además, si alguien preguntara, sería bastante complicado inventar historias de nosotros dos combatiendo juntos en el ejército ¿No crees?

—Me hubiera gustado ser tu compañero en el ejército.

—¿Tan solo llevamos un día juntos y ya estás tan apegado a mí? ¿Qué acaso no tienes más amigos? —Denn soltó la risa mientras le daba unas palmadas en la espalda al robot. Quería hacerlo sentir en confianza.

—No, no tengo. Me activaste apenas ayer. ¿Recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo. Solo estoy jugando contigo. Eso es lo que hacen los compañeros. —C0-UN1 se sintió alegre, era la primera vez que alguien lo llamaba compañero—. No te preocupes, C0, algo me dice que pronto viviremos una que otra aventura.

—¿C0? ¿Por qué me llamas así?

—Ese es tu nombre.

—No, mi nombre es C0-UN1.

—¿No te gusta C0?

—No es eso, es solo que se me hace extraño.

—No voy a decir todas las letras y números de tu nombre cada vez que vaya a hablarte, C0.

—¿Pero por qué?

—Creí que pensabas como un humano —dijo Denn en tono burlón—. Ya habrá tiempo de enseñarte varias cosas. Ahora, vamos a ver quién es el segundo de estación.

Denn y C0-UN1 se acercaron al hombre. «¡Hola!», le dijo sin obtener respuesta. El segundo de estación no era tan amable como Senlar. Era una persona pretenciosa que buscaba constantemente hacer sentir a los demás un tanto disminuidos.

Había trabajado en la estación por poco más de un año, y al igual que Senlar, antes de ser transferido a la estación, fue parte del ejército de Sistema Solar. No por nada eran primero y segundo de estación. Tenían algunas cualidades que eran dignas de recompensar con un alto mando. Pero poseían otra particularidad que en ese momento asustaba a las personas. La misma cualidad que propició su transferencia del ejército a la estación de salto. Ambos habían sufrido un extraño cambio en sus cuerpos.

En una misión con el ejército de Sistema Solar, al atravesar por un agujero de gusano, sus mentes se conectaron con la de otro ser en un universo paralelo.

Antes de que por fin se descubrieran los agujeros de gusano, muchos científicos creían en la existencia de un multiverso. Una cantidad infinita de universos paralelos coexistiendo en un espacio quizá infinito, pero no fue hasta la época en que empezaron a usarse los agujeros de gusano, que se confirmó esta teoría.

Y sucedió precisamente que, sin previo aviso y sin ninguna explicación, algunos de estos universos se conectaron al azar, mientras se utilizaba un determinado agujero de gusano. Fueron varias las ocasiones en que el extraño fenómeno se manifestó; cuando una persona viajaba a través de estos agujeros, unía su cuerpo con el de alguien más en otro universo,

convirtiéndose en un mismo ser. Uno recibiendo al otro en alguno de los dos universos. Se le llamó convergencia.

Muchos no sabían si el ser dejaba de existir en el otro universo. En un principio se pensó que solo se transferían memorias, pero unos casos aún más aislados, permitieron comprobar que definitivamente no se trataba únicamente de recuerdos. A veces una convergencia se separa formando dos seres en un mismo universo. Quizá el sujeto era transferido desde el otro universo, o quizás solo era una copia perfecta.

Una convergencia es uno de los misterios más interesantes del universo. Es la unión de dos vidas. Los recuerdos de ambos seres se unen en un solo cuerpo. Algunas veces la persona cambia muy poco, no puede dilucidar bien las memorias del otro ser, pero en otras ocasiones las memorias recibidas se vuelven tan vívidas, que la personalidad del sujeto cambia para siempre.

En esa época, se decidió que cualquier miembro del ejército galáctico que sufriera una convergencia, era demasiado inestable para seguir en servicio. Así que se ordenó transferir a todas las personas a puestos menos riesgosos hasta que se pudiera investigar más al respecto.

Denn aún no lo sabía, pero en la estación ya había conocido a algunas convergencias. El primero y segundo de estación trabajaban ahí a causa de eso. Él mismo tenía mucho en común con ellos. Hacia un año había sufrido una convergencia. Los recuerdos que obtuvo de aquel universo paralelo fueron suficientes para impulsarlo a llevar a cabo su intrépido plan; robar a C0-UN1 de un laboratorio en el planeta Tierra.

—Mi nombre es Denn Bornew, y él es C0 —insistió, dirigiéndose al segundo de estación que aún no contestaba su saludo.

—No me interesa el nombre del robot. Me han dicho que van a ayudarnos. ¿Es cierto?

—Así es —respondió Denn—. No escuché tu nombre.

—No lo dije.

Denn lo odió de inmediato. Su nombre era Neil Gobi, un terrícola proveniente de la Ciudad Bajo el Desierto, descendiente de una familia que había iniciado una rebelión en contra de una poderosa nación del planeta.

Debido a los problemas de sobre población que se vivían en el planeta Tierra, sumado a las guerras, muchas personas estaban sumidas en la pobreza. Su familia había migrado proveniente del continente europeo, en el año 2060, en busca de un mejor lugar para vivir, pero la nación no les

permitió la entrada. Crearon una ciudad en un desierto y lucharon por décadas hasta que se acordó la paz.

Había crecido entre guerreros. Su padre lo hizo entrar en el ejército galáctico apenas tuvo edad, en donde participó en muchas misiones de colonización hasta su transferencia a la estación. Neil Gobi nació en el año 2252. Cuando conoció a Denn tenía ya ciento dieciocho años.

En una era anterior, una persona de esa edad estaría a punto de morir, con su cara llena de arrugas y con sus fuerzas diezmadas. Pero ahora los humanos eran diferentes. Envejecían muy lentamente. Los avances en ingeniería genética habían convertido a la especie humana en una de las más longevas de la galaxia, y alguien de la edad de Neil ahora era considerado una persona joven.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó Denn.

—Vamos a buscar al intruso por todo el sector H. Lo quiero vivo. —Neil dio media vuelta, y caminó hacia un elevador a unos metros de distancia de ellos, seguido por el grupo de oficiales que lo acompañaban. Denn se quedó parado por un momento mientras los demás empezaban a aventajarle—. Anda, muévete —regañó Neil que volteó su cabeza para dirigirse a Denn.

Denn dirigió su mirada hacia C0-UN1 y dijo:

—No queda de otra, sigámoslo y acabemos con esto.

Mientras Denn y los demás grupos buscaban en la nave a un intruso que no hallarían, el capitán Val Afkbar trataba de encontrar una solución al predicamento en el que se encontraban. Había enviado dos técnicos a intentar reparar el sistema de salto sin ninguna suerte. Además, ordenó que se comunicaran con algún sistema o nave que se encontrara cercano a la estación, pero cerca de ellos no había rastro alguno de civilización.

Toda la gente que quedaba en la estación fue registrada y se inventariaron todos los recursos con los que se contaba. Después de unas cuatro horas, cuando por fin Denn estuvo de vuelta en la plaza principal, se acercó a Senlar que ya lucía un poco cansado, seguramente de estar respondiendo preguntas a la gente.

—Que gran tipo es ese Neil —dijo Denn con tono irónico.

Senlar sonrió.

—Es agradable cierto.

—Ni siquiera ha querido darme su nombre, uno de los muchachos ha tenido que hacerlo.

Senlar soltó una carcajada.

—No te preocupes por él.

—Necesito hablar con el capitán —dijo Denn con un tono más serio—. Quiero saber qué planea hacer.

Senlar asintió y levantándose de su lugar pidió a Denn que lo siguiera.

—Adelante, te sigo —dijo Denn que antes de ir tras Senlar se tomó un segundo para pedir a C0-UN1 que lo esperara en la plaza. Después de hacerlo, apresuró su marcha para alcanzar a Senlar.

Denn lo analizó por un momento. Ya que Senlar había accedido sin peros a la petición de Denn, le pareció obvio que el capitán le había dado la orden de llevarlo con él apenas volviera a la plaza. Probablemente el capitán tendría varias preguntas para él también. Después de todo ¿qué hacia un Sargento solo en una estación de salto?

Después de un recorrido algo largo, llegaron por fin a la sala de mando. La que Denn había tomado unas horas antes. Ahora había varias personas allí, quizá tratando de comunicarse con alguien o tratando de reparar alguno de los sistemas de navegación.

—Por aquí —dijo Senlar y accionó un botón que abrió una compuerta en una pared, ahí en medio de la sala de mando. Una compuerta que Denn no había notado antes.

Era la Sala del capitán, una pequeña habitación a la que se accedía desde la Sala de Mando. «¡Qué descuidado! ¡Qué suerte que no había nadie ahí mientras controlaba la estación!», pensó Denn.

—Aquí está Denn, capitán.

—Gracias —respondió el capitán al tiempo que Denn entraba en la habitación.

—Me retiro —dijo Senlar, e inmediatamente cerró la compuerta para que el capitán y Denn pudieran tener un poco de privacidad.

La sala tenía un ventanal enorme que daba hacia el espacio, similar al de la sala de mando. Ahí, frente a ese ventanal, estaba parado el capitán, viendo hacia el cosmos con las manos en su espalda.

—Siéntate —dijo el capitán.

Un escritorio separaba a Denn del capitán. Se sentó en una de las dos sillas que estaban arrimadas frente a este, esperando que el capitán se volteara y se sentara en su silla.

—¿Cómo ha ido la búsqueda? —preguntó el capitán—. ¿Encontraron algo? —preguntó, y sin moverse de su sitio, continuó contemplado el universo.

—Imagino que ya debe saberlo —contesto Denn.

—Quiero saber cuál es tu opinión. —insistió el capitán—. ¿Crees que el intruso escapó?

Denn se acomodó un poco en la silla para estar más a gusto, y sin dudarlo contestó con sinceridad.

—No ha escapado. El intruso sigue aquí.

El capitán se volteó hacia Denn. No intentaba lucir amenazador, pero mantenía una seriedad que incomodaría a cualquiera.

—¿Sigue aquí? Quizá no hemos buscado lo suficiente. Tal vez se nos ha escapado algún sitio. ¿Estará escondido?

—Escondido a plena vista —respondió Denn sin titubeaos.

Un pequeñísimo indicio de sonrisa en la cara del capitán pareció mostrarlo complacido con la respuesta de Denn, era justo lo que él pensaba.

—¿Qué es lo que hace un sargento de Tau Ceti en una estación de salto del Sistema Solar?

Denn no mostró ningún nerviosismo, parecía preparado desde el principio para un interrogatorio como ese.

—Eso es confidencial, capitán.

El capitán encogió los hombros. Era el tipo de respuesta que no quería escuchar. No daba lugar para averiguar la verdad.

—Hace un momento me encontraba mirando tu perfil en la base de datos… tienes treinta años… ¿Cómo fue que un niño llegó a ser sargento de un escuadrón de la Unión?

—Hay varios miles de sargentos pertenecientes a ejércitos de La Unión

Galáctica, supongo que muchos tendrán una edad similar a la mía, señor.

—No es tan común.

Denn no solo trataba de cooperar con el capitán, además de eso las leyes de La Unión lo obligaban. Un capitán de una estación de salto tenía cierta autoridad sobre rangos medianos dentro de los límites de la estación, y aunque Denn ahora era un fugitivo, el capitán no lo sabía. Para él era un sargento que debía seguir las leyes de la Unión.

—Capitán, no quiero discutir con usted si tengo o no las aptitudes necesarias para haber sido ascendido a sargento, con todo respeto, esa es una decisión que no tiene nada que ver con usted.

Denn no estaba molesto porque el capitán estuviera dudando de él, era incluso entendible. Lo que realmente le preocupaba era el hecho de haber elaborar un plan bastante flojo, plan que tenía a la tripulación en grave peligro. Su falta de experiencia lo había llevado a poner en riesgo a personas inocentes. Sabía que todo era su culpa, y trataría de hacer lo posible por revertir la situación y sacar de peligro a todas las personas.

—¿Acaso te he ofendido? —preguntó el capitán mientras se volvía hacia el ventanal para de nuevo contemplar el espacio.

—No, señor, eso no me preocupa, a decir verdad, lo único que me preocupa es la situación en la que estamos. ¿Han podido reparar los sistemas de salto?

El capitán hizo una pequeña pausa antes de contestar, un suspenso que, sin pretenderlo, logró incomodar a Denn.

—No… Y no podremos hacerlo. No contamos con los recursos necesarios.

Después de esa respuesta Denn ya no estaba tan calmado. Había contado con que podrían reparar los sistemas de la estación. Ahora que sabía que eso no era posible sintió miedo, no por sí mismo, sino por la vida de los demás. Estaban perdidos en el espacio profundo gracias a su imprudencia.

—¡Debe haber alguna forma, capitán! ¿Están seguros los técnicos? Y… ¿los comunicadores? ¿Han podido contactar a alguien?

El capitán notó el cambio en el tono de Denn, la consternación que le invadió era obvia. Se preguntaba si sería por miedo a perder su propia vida o si era que le preocupaban todas las personas en la estación.

—No hemos podido comunicarnos con nadie, estamos en medio de la nada

—respondió el capitán, y siguió mirando al espacio.

—Tal vez yo pueda ayudar, capitán, soy bueno reparando cosas… si me deja revisar los sistemas… yo podría…

—Ya te lo he dicho. Si unos técnicos profesionales dicen que no puede arreglarse, pues es porque no se puede.

—Pero… al menos podremos ubicarnos, si observamos el cosmos podremos encontrar algunas estrellas conocidas. Tal vez podríamos triangular nuestra posición con algunos púlsares.

—No, no contamos con una base de datos de estrellas. Y algunos de nuestros instrumentos probaron estar descalibrados. Intentamos medir la distancia al centro de la galaxia con resultados definitivamente erróneos.

—¿A qué se refiere?

—Los resultados dicen que estamos a una distancia mucho menor del centro de la galaxia de lo que deberíamos estar. No hablo de un pequeño error, la diferencia es enorme. Sin lugar a dudas los sistemas no funcionan como deberían. Aun así, saber dónde estamos no nos serviría de mucho. Sin los sistemas de salto no podemos ir a ningún lado.

La aparente calma del capitán consiguió inquietar aún más a Denn que no alcanzaba a entender cómo podía estar tan tranquilo ante tal situación.

—Pero, ¿acaso no está preocupado? —preguntó Denn mientras se levantaba de su silla—. ¿No le preocupa la vida de todas estas personas?

El capitán tardó unos segundos en contestar, era como si quisiera agregar más tención al momento.

—Quizá deberías calmarte, Bornew, se supone que eres un sargento, deberías ser capaz de mantener la compostura ante situaciones complicadas.

—¿Cómo me pide que me calme, señor? ¿No se da cuenta del delicado escenario que enfrentamos?

—No te impacientes, con algo de suerte saldremos de esto.

La respuesta del capitán alcanzó para terminar de fastidiar a Denn.

—¿Suerte? Está ahí de pie sin hacer nada, sin ningún plan, solo porque decidió confiar en la suerte. ¿Acaso está usted bromeando?

El capitán volteo su cabeza un momento hacia Denn y lo miró por un segundo antes de voltearse de nuevo para contemplar el espacio.

—¿Quién ha dicho que no tengo un plan? —e hizo una pequeña pausa—. ¿Vez ese punto en aquella zona?

Val levantó su mano y puso su dedo sobre el ventanal, señalando una pequeña marca en el espacio. Denn se acercó un poco para ver de qué hablaba el capitán.

—Si… lo veo. ¿Qué con eso? —preguntó Denn algo confundido.

—Pues que ese es mi plan. Ese punto que ves ahí es un planeta y hace una hora he fijado rumbo hacia él. Ya veremos cómo va nuestra suerte.

Capítulo 2

El Gobierno de La Unión Galáctica

Unas pocas horas habían pasado desde el secuestro de la estación, y las altas autoridades de La Unión Galáctica ya se reunían para hacer frente a la situación. Aún no había rastro alguno de la estación, y Denn ya había sido ingresado a la lista de las personas más buscadas de la galaxia.

El Gobierno de La Unión Galáctica, conformado por el Alto Consejo de La Unión Galáctica con sus diez integrantes y el Líder Supremo, trataban de llegar a un consenso sobre las medidas a tomar.

Como era usual, sus reuniones tomaban lugar en Ciudad Capital, una ciudad submarina gigantesca construida en alguna parte del océano atlántico en el planeta Tierra. Una ciudad que funciona como capital de toda La Unión Galáctica, en donde se tratan todos los temas políticos y las decisiones importantes.

Dentro del Palacio Capital, el Líder de La Unión y sus diez consejeros se encontraban congregados en una sala totalmente aislada de oídos ajenos, sentados alrededor de una mesa circular.

—Aún no se sabe nada del paradero de ese tal Bornew —dijo uno de los miembros más importantes del Alto Consejo llamado Voill Conner, mano derecha del Líder Supremo de la Unión—. He pedido a Tau Ceti que localicen a todo aquel que lo conozca íntimamente para ser interrogados, si es que la situación no se resuelve pronto. Parece que no son muchos. Su madre, su superior directo y algunos soldados de su escuadrón.

—¿Qué hay de la estación? —preguntó otro—, algo tan grande debería ser relativamente fácil de encontrar. Con la gran presencia de naves y otras estaciones en todos los sistemas planetarios, ya deberíamos tener noticias.

—No es tan fácil, Biherys —le dijo el siguiente miembro en importancia del consejo, Yavar Aflir—. Si hubieras salido al menos una vez de la Tierra sabrías lo inmenso que es un sistema planetario.

—Puedo hacerme una idea… ¿Cuántos sistemas han sido descartados?

—Diecisiete —contestó Voill—. Pero apenas han pasado unas horas desde que se perdió. Conforme pasen las horas tendremos más noticias. Aun así,

seguramente no será hasta el final del día de mañana que sepamos algo.

—Hablamos del secuestro de una estación de Sistema Solar… el sistema central de toda La Unión Galáctica… ¿Cómo es posible que esto haya ocurrido? ¿Cómo deja esto a nuestra seguridad…? Es decir, aquí se encuentra la capital de toda la Unión. Es inaceptable.

—La opinión pública no sabe que ha sido un secuestro —dijo Yavar—. Lo que hemos declarado es que un fallo en la estación causó su extravío.

—Es cuestión de tiempo para que se sepa. Esto debe ser resuelto de inmediato.

El Líder de la Unión, que se encontraba a la cabeza de la mesa sin decir nada, se levantó de su silla y caminó hacia una ventana que daba al centro de la cuidad que se había construido bajo el océano. Todos se quedaron en silencio esperando por su reacción, mientras él miraba la hermosa capital llena de esculturas, jardines y fuentes, pobladas con las personas más influyentes en la galaxia.

Pensó en la importancia que tenían todas las personas en la estación para la Unión, y no encontró necesidad de preocuparse por ellas. Solo importaba lo que significaba para la reputación de la seguridad del sistema solar, el hecho de que una de sus estaciones había sido secuestrada.

Después de analizarlo por un momento, llegó a la conclusión de que eso tampoco era tan importante. Ahora solo le preocupaba una cosa. El robot que Denn había robado de la Tierra.

—¿Cómo es que nadie sabía de la existencia de ese robot? —preguntó el Líder de la Unión.

La sala permaneció en silencio, nadie se atrevía a dar una respuesta. Para ellos también era una sorpresa que la existencia de un robot tan especial en la Tierra hubiera pasado desapercibida durante tanto tiempo.

El laboratorio del que había sido tomado no les daría muchas respuestas después de que la explosión provocada por Denn lo había reducido a escombros. Aún menos el hecho de que ese lugar no había sido visitado por casi nadie durante mucho tiempo.

Se trataba del laboratorio de Helagar Ust. Lo había usado durante toda su vida de trabajo para A-Corp, hasta el día en que partió del planeta Tierra, unos veinte años atrás, supuestamente a una convención en el Sistema Eridani, a la que nunca llegó. No volvió a saberse nada más de él. A-Corp

decidió clausurar su laboratorio y no permitir la entrada a nadie.

—Seguramente el viejo Helagar tendría alguna oscura intención para dejarlo en su laboratorio sin decir nada —apuntó Biherys.

—¡Ese maldito! —dijo el Líder Supremo—. Siempre defendió sus robots aun después del desastre que causaron. Seguramente tuvo responsabilidad ¿A dónde se habrá metido?

—¿Tendrá algo que ver con Bornew? —preguntó otro de los miembros del consejo—. Parece extraño que ese hombre supiera exactamente dónde buscar.

—Quizá —contestó Voill—. Aun así, es temprano para sacar conclusiones. Contacté con A-Corp sobre el robot y dicen no tener responsabilidad alguna. No tenían idea de que ese robot siquiera existiera.

El Líder Supremo estaba furioso. La negligencia de los responsables de A-Corp seguía causando problemas a la Unión.

—Juro que si no fuera porque A-Corp es una empresa tan importante para la economía, la haría desaparecer de inmediato. ¿Cuántos problemas nos ha traído? Primero los Colonizador, luego la vulnerabilidad en los semihumanos, y ahora esto. Que alguien haga venir a su presidente ahora mismo. Tendrá que escucharme.

—Ya enviamos por él, señor —le contestó Voill—. Debe venir en camino.

—Bien…. Atrapen a Denn Bornew cueste lo que cueste. La supervivencia de las personas en la estación no significa nada. Encontrar a ese hombre es todo lo que importa. No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias para robar un robot enemigo de la humanidad? ¿Cómo supo que estaba ahí? Sospecho que lo que está pasando va más allá de lo que cualquiera de nosotros puede imaginar.

—Nos encargaremos, señor —aseguró Voill—, no se preocupe.

—Cuando Helagar desapareció, hace veinte años, supe que serían problemas para la Unión… —El Líder hizo una pausa, volvió a la mesa y apoyando sus manos sobre esta, siguió—: Llevo veinticinco años en el poder, inició justo después de la lamentable muerte del segundo Líder de La Unión. La única razón por la que mi mandato es renovado cada diez años, es porque lo he hecho de la mejor forma posible. El primer Líder perdió su mandato después de los hechos del 2215. Ese tipo de cosas hacen que la gente pierda la confianza. No pienso dar paso al cuarto líder. Debemos averiguar cómo fue que ese hombre supo del robot y por qué lo

tomó, cueste lo que cueste.

—Señor, le aseguro que estamos haciendo lo posible por capturar a Bornew —dijo Voill.

—Retírense todos —dijo, y todos los miembros del consejo se levantaron cabizbajos para salir de la habitación—. Ustedes no, Voill… Yavar.

Había pedido a sus hombres de confianza que se quedaran. El Líder de la Unión necesitaba hablar a solas con ellos.

—¿Qué pasa, Ebyem? —preguntó Voill al Líder.

—Recuérdame que dijo El Augur, antes de que desapareciera.

—Eso no es importante, señor. Usted es el legítimo Líder de La Unión.

—Recuérdamelo.

Voill miró inquieto a Yavar. Sentía preocupación por el tono del Líder. Después de una corta duda, habló:

—Él dijo: «No se supone que seas quien eres»

—¿Qué más?

—No lo recuerdo bien, señor.

—Yavar, ¿tú lo recuerdas?

—¿Por qué es importante eso, señor? —contestó Yavar.

—Dilo.

—Era más o menos eso que Voill dijo, señor... Pero no debería pensar en eso… no significa nada.

—Falta algo. Recuérdamelo todo por favor.

Yavar no tenía opción, el Líder Supremo iba a insistir todo lo que fuera necesario.

—Está bien… él dijo: «No se supone que seas quien eres».

—Él me dijo que el segundo Líder no debía haber muerto. Que yo no debía haber llegado al poder. Dijo que algo extraño había ocurrido en este universo. Me dijo: «Aun no sé cuál es la causa, pero en veinte años quizá

lo sabré»

—¿Por qué nos está hablando de eso, señor? —preguntó Voill.

—Pues porque esos veinte años están a punto de cumplirse, y no puedo evitar pensar que algo malo está por ocurrir. Denn Bornew podría ser el inicio de algo terrible.

Denn no lo sabía, pero había logrado llamar la atención de peligrosos enemigos. Había cruzado una línea de no retorno.

Capítulo 3

Plan de Supervivencia

El capitán había ordenado viajar a un cuerpo celeste cercano que aparentaba ser un planeta. Pero la decisión había requerido de un poco de meditación.

Horas antes, mientras Denn se encontraba junto a Neil Gobi trabajando en la búsqueda del supuesto intruso, Val había enviado a sus técnicos a intentar reparar los sistemas de salto sin éxito. Al descubrir que no habría manera de poner los sistemas en funcionamiento, el capitán Val se acercó a la Sala de Mando a explicar la situación a las personas que intentaban comunicarse, aún sin poder conseguirlo, con algún sistema o nave. Iba a exponer el escenario a sus subordinados.

—Jin y Gor no han podido reparar el sistema de salto —les dijo—, pero los sistemas de navegación parecen estar en perfectas condiciones. Tenemos suficientes recursos para sobrevivir en la estación por, al menos, ocho semanas. Pero como ya saben estamos en medio de la nada y no podemos estar seguros de que alguien vendrá por nosotros. Debemos tomar medidas de inmediato, o todos moriremos aquí.

—¿Qué sugiere que hagamos, capitán? —le preguntó alguien.

—Eso que se ve ahí —dijo, y señaló al espacio—, es una estrella, averigüen si hay planetas orbitándola. Nuestra única esperanza es encontrar un planeta que sea habitable.

Gracias a los avances en la ingeniería genética, el cuerpo humano no era el frágil cuerpo de siglos atrás. Los humanos ahora podían tolerar presiones atmosféricas mucho mayores a la de la Tierra, sobrevivir con cantidades limitadas de oxígeno, y tolerar altas dosis de sustancias tóxicas, como el dióxido de carbono, sin morir. Además, los humanos ahora podían exponerse a ambientes de micro gravedades por grandes periodos de tiempo sin sufrir deterioros significativos, y acostumbrarse rápidamente a planetas con fuertes gravedades.

La radiación que una vez fuera el enemigo más peligroso de los humanos en el espacio, ahora era problema del pasado. Todo esto hacía que encontrar un planeta en el que los humanos pudieran sobrevivir fuera un poco más fácil que siglos atrás. El capitán pensaba que la única opción para la salvación de las personas en la estación era encontrar alguno con

condiciones para albergar vida.

Siguiendo las órdenes de Val, los oficiales de navegación llevaron a cabo las pruebas necesarias para descubrir a cualquier cuerpo que estuviera cerca de ellos. Trabajaron lo más rápido que pudieron y después de una hora ya tenían respuestas para el capitán, así que lo llamaron a la sala de mando para exponer sus descubrimientos:

—¡Tenemos los resultados, señor! —aseguró un oficial muy animado—. Son buenas noticias. Parece ser que hay varios cuerpos que producen grandes campos gravitatorios. Dos se encuentra relativamente cerca. Hemos hecho pruebas y calculamos que nos tomará cerca de tres semanas a máxima potencia llegar hasta el más viable.

El capitán no se veía tan entusiasmado como sus oficiales hubieran querido. El haber encontrado esos cuerpos no significaba que se trataba de planetas habitables, y sería un error pensar que ya estaban fuera de peligro.

—¿Qué hay del otro? —preguntó tranquilo.

—El otro cuerpo se encuentra más cerca en este momento, pero se está alejando siguiendo su órbita a la estrella. Tardaríamos tal vez siete u ocho semanas en alcanzarlo. El primero en cambio se está acercando a nosotros. Es la razón por la que es la opción más viable.

El capitán no dijo nada por unos momentos, se sentó en una silla y permaneció reflexivo. «Los planetas están en puntos opuestos. Solo tendremos la posibilidad de intentar llegar a uno de ellos. Si decidimos mal puede ser nuestra perdición», pensó el capitán.

—¿Tienen alguna idea de cuál puede ser más adecuado para sustentar vida? —preguntó el capitán.

—Lo sentimos, señor, pero la mitad de nuestros instrumentos están dañados. Debido a que los estudios que hemos podido realizar han sido limitados, no tenemos la certeza. Diría que el que se aleja puede tener un diez por ciento más de posibilidades, pero la balanza se nivela ya que el segundo se acerca a nosotros.

El capitán consideró lo que el oficial acababa de decirle, pero antes de siquiera pensar en tomar una decisión, preguntó de nuevo, esta vez dirigiéndose a otro oficial:

—¿Qué opinas tú?

No era que el capitán no pudiera decidir por sí mismo; era conocido por incluir a sus subordinados en sus decisiones. Nunca había subestimado la

utilidad de un consejo.

—Es una decisión difícil, capitán. Por contar con tiempo limitado y recursos escasos, la opción más segura es fijar rumbo al que se acerca a nosotros.

—Y tú, ¿piensas lo mismo? —preguntó a un tercero.

—Hay que tener en cuenta todo, capitán. Si los sistemas de propulsión de la estación se dañaran, aún tendríamos oportunidad de utilizar los sistemas auxiliares para dirigir la estación directo hasta la órbita del planeta que viene hacia nosotros, y así esperar a que nos encontremos con él. En cambio, si intentamos viajar hasta el que se aleja, y los sistemas de propulsión se dañaran, no podríamos alcanzarlo y no habría nada más que pudiéramos hacer, los sistemas auxiliares no serían de utilidad en ese caso, son muy débiles.

El capitán analizaba la situación, era una decisión crítica. «Debo tomar una decisión pronto, incluso unas horas podrían ser cruciales al final de todo esto.», pensó.

—Hagan venir a Senlar de inmediato. Necesito consultarlo con él —dijo Val, y abrió la puerta de la Sala del capitán y entró a esperar a Senlar.

Los oficiales llamarón a Senlar, quien después de unos minutos, llegó para asistir al capitán. Abrió la puerta de la sala a la que solo él y Val tenían acceso, e ingresó.

—¿Me llamó, capitán? —preguntó Senlar.

—Necesitamos tomar una decisión inmediatamente, Senlar.

—¿Cómo puedo asistirlo, señor?

—No tenemos mucho tiempo, así que solo voy a decirte en que situación nos encontramos. No parece haber sistemas habitados u otras estaciones cerca de nosotros. El sistema de salto tiene daños irreparables y solo tenemos recursos para ocho semanas. Parece ser que hay dos planetas orbitando una estrella cercana a nuestra posición actual.

Senlar escuchaba con atención mientras el capitán le planteaba las condiciones de su situación. No era la primera vez que ayudaba a Val a tomar decisiones difíciles, razón por la que estaba en tan alta estima del capitán.

—Continúe, por favor.

—Uno de los planetas —siguió el capitán—, el que está más lejos de nosotros, se acerca a nuestra posición siguiendo su órbita. Nos tomará tres semanas encontrarnos con él. El segundo planeta, el que está más cerca, se está alejando de nosotros siguiendo su órbita, nos tomará alrededor de ocho semanas alcanzarlo a máxima potencia. Según los limitados estudios que pudimos realizar, este tiene un diez por ciento más de posibilidades de ser adecuado para la vida. ¿Qué sugieres hacer?

No fue sorpresa para el capitán lo que siguió, siempre había confiado plenamente en ese hombre. Senlar contestó inmediatamente:

—Vamos hacia el segundo, capitán. Ese diez por ciento de más es suficiente para tomar el riesgo. Racionaré todos los recursos y haré que, en lugar de ocho semanas, duren doce. De esa forma si llegamos al planeta después de las ocho semanas y resulta no ser adecuado, aún tendríamos un pequeño margen de tiempo para tomar nuevas medidas.

El capitán estaba totalmente satisfecho con la respuesta de Senlar. No lo halagó o lo felicitó porque no era necesario que lo hiciera, era su mano derecha y lo único que esperaba de él era su buen desempeño. Hasta ahora, nunca lo había decepcionado.

Inmediatamente activó un transmisor, y dio instrucciones a los oficiales de navegación de seguir al planeta que se estaba alejando, tal y como Senlar lo había sugerido.

—¿Necesita algo más, capitán? Me gustaría empezar de inmediato con las preparaciones —preguntó Senlar.

—¿Qué opinas de ese tal Bornew?

—Parece ser una buena persona, capitán —contestó Senlar con toda sinceridad.

—¿No te parece extraño que un Sargento de Tau Ceti haya llegado a esta estación? S4-07 solo conectaba con el sector cuatro. Las estaciones de salto en el sector 4 solo llevan a Indi o a Neeve. Denn debía dirigirse a alguno de esos sistemas, o aún más lejos. Cualquiera de los dos destinos lo alejaría de Tau Ceti.

Con tanto alboroto Senlar no había tenido tiempo de analizarlo bien. Se tomó un segundo antes de dar su respuesta al capitán.

—Quizá tenga algo que ver con el robot, capitán. No parece un robot común, lo estaría llevando a algún lugar tal vez.

El capitán no estaba tan seguro.

—Un político importante del planeta Nec viajaba a la Tierra esta semana —siguió el capitán—. Bornew era parte de la escolta. En la base de datos aparece un permiso de entrada al Sistema Solar con esa misión. ¿Acaso sería que en la Tierra le fue encomendada otra misión? Es curioso, ¿no crees?

—¿Piensa que él tenga algo que ver con todo lo que está sucediendo?

El capitán movió su cabeza.

—Es poco probable. ¿Por qué un soldado de La Unión haría algo como eso? Aun así, su presencia aquí es extraña. Debemos vigilar a todas las personas a bordo hasta que resolvamos la situación.

—Entendido, capitán.

—Cuando Bornew vuelva, tráelo aquí. Después informa a Neil del plan a seguir. Eso es todo, Senlar.

—Me retiro, señor.

La disciplina y obediencia de Senlar lo había convertido en la persona de confianza del capitán Val tiempo atrás. Se conocían mucho antes de trabajar en la estación. Val lo tuvo bajo su mando en varias misiones de colonización y en algunas batallas cuando todavía formaban parte del ejército de La Unión Galáctica. Comandado por Val Afkbar en batallas contra enemigos de la Unión como piratas, rebeldes, vialikis y demás amenazas, se fue ganando la confianza de todos sus superiores.

Senlar volvió de inmediato a la plaza principal a esperar a Denn y Neil. No tuvo que hacerlo por mucho tiempo. Ya volvían de su búsqueda. Después de llevar a Denn con el capitán, Senlar se dispuso a comunicar a Neil las nuevas noticias. Lo llamó por el comunicador, y le preguntó su ubicación. «Estoy en el comedor», le respondió Neil.

Sin perder tiempo se dirigió hacia el lugar.

—¿Cómo ha ido la búsqueda? —preguntó Senlar a Neil.

Neil estaba apoyado contra una pared en el comedor dedicado a los oficiales de la estación, con una pierna en el suelo y con la otra sobre la pared. Comía una manzana, mientras veía hacia el suelo, como si no le preocupara nada.

—¿No te lo ha dicho el tal sargento ese? —respondió Neil.

—Quiero escucharlo de ti. Denn no es oficial de esta estación, tú lo eres.

Neil arrugó su boca al tiempo que movía su cabeza en señal de negativa.

—No hemos encontrado nada.

Senlar lo miró por unos segundos mientras Neil seguía comiendo su manzana sin mostrar inquietud alguna.

—Ya tenemos un plan —le dijo Senlar. Esperó que hubiera alguna reacción de interés por parte de Neil, pero no hubo ninguna—. ¿Acaso no quieres que te cuente? —insistió Senlar ante la indiferencia de Neil.

—Nunca me toman en cuenta en las decisiones importantes, no esperes que muestre interés en ellas. Si tienes que decirlo hazlo, pero la verdad es que da igual si lo sé o no. Solo se limitan a darme órdenes, como al resto de los oficiales de la estación.

Senlar quiso dar media vuelta e irse, pero la orden del capitán era informar a Neil. Después de todo era la tercera persona al mando en toda la estación.

—Sigues siendo el segundo de estación… Lo diré de todas formas. Todo indica que hay un planeta cercano a nuestra posición. Estamos fijando rumba hacia él. Se estima que tardaremos ocho semanas en aproximarnos. Racionaremos los alimentos para que alcancen para doce semanas. Si quieres más detalles del planeta ve a la sala de mando.

Inmediatamente terminó de contar el plan a Neil se dispuso a retirarse, pero antes de que pudiera salir del comedor, fue detenido por una pregunta.

—¿Qué se supone que hace Bornew aquí?

Neil botó el resto de su manzana en la basura y se acercó a Senlar que se volteaba para responderle.

—Aún no lo sabemos —dijo Senlar—. El capitán también se hace la misma pregunta.

—¿Y qué hay de ese robot? No parece un robot común. ¿No piensas que es extraño? No me fio de ese tipo Bornew ni un poco.

Senlar comprendía porque el capitán y Neil tenían dudas acerca de Denn.

Para él también era extraña su presencia en la estación.

—Ya veremos —contestó Senlar—. Lo mantendré vigilado. Hazlo tú también. Pero por favor se respetuoso, sigue siendo un oficial del ejército galáctico.

—Eso dice él —contestó Neil con un tono burlón.

Senlar salió del comedor para comenzar con los preparativos para las ocho semanas que vendrían. Con apuro reunió un pequeño grupo de personas y empezaron a elaborar un plan de racionamiento de recursos en la estación.

Al mismo tiempo, en la sala del capitán, Val terminaba de contar a Denn los detalles del plan que deberían seguir si es que querían tener alguna oportunidad de sobrevivir. Le explicó por qué habían elegido ese planeta en lugar del otro y habló de los sacrificios y el esfuerzo que todos en la estación tendrían que hacer para lograr que los alimentos alcanzaran para la larga travesía que les esperaba.

—¿Qué haremos si este planeta resulta no ser adecuado para sobrevivir? —preguntó Denn que aún se encontraba preocupado.

—Es por eso que racionaremos tanto los alimentos. Nos dará algo de tiempo para decidir qué haremos. Podríamos intentar llegar al siguiente planeta.

Denn se tranquilizó un poco. Analizó con más calma toda la información que tenían, y el escenario en la que se encontraban, y después de unos momentos llegó a la conclusión de que el capitán había tomado la decisión correcta.

—Es un buen plan —dijo Denn después de romper su silencio.

—Es un plan terrible —contestó Val—. Pero es el mejor que tenemos por ahora.

—Sí. Es definitivamente la mejor opción. No hay que pensarlo mucho.

Val lo miro por un momento y decidió darle un consejo:

—Un sargento no debería estar de acuerdo con tomar decisiones apresuradamente. Cuando estás en el campo de batalla y las vidas de tus soldados dependen de una decisión tuya, no puedes darte el lujo de no analizar bien las cosas.

Denn notó como el capitán había cambiado un poco su tono. «No creí que este tipo podía ponerse más serio», pensó. Adivinó que el capitán Val

habría tenido que tomar decisiones difíciles en el pasado. Quiso preguntar, pero sabía que no recibiría respuesta alguna, así que simplemente lo evitó.

—Es un buen consejo, capitán.

—Quería estar seguro de que lo entendías.

—¿Cómo puedo ayudar, capitán?

El capitán reflexionó acerca de la personalidad de Denn. Hacia unos momentos estaba muy preocupado, y ahora parecía muy entusiasmado y con ganas de ayudar. Ciertamente aún era joven inexperto, pero parecía tener buenas intenciones. El capitán comprendió que Senlar le considerara una buena persona. Aun no quería confiar plenamente en Denn, pero percibía que no era un mal hombre.

—Ve a la plaza principal —le dijo Val—. Pronto anunciaré a todos por el altoparlante lo que haremos. Les comunicaré a los oficiales que pueden pedir tu ayuda si la necesitan.

—Me voy entonces, señor —dijo Denn mientras se marchaba, y antes de salir por la puerta de la sala del capitán se detuvo un momento—. Ahora entiendo lo de confiar en la suerte capitán. Espero que todo salga bien.

Denn caminó hasta la plaza principal adonde aún se encontraban todas las personas esperando por indicaciones. C0-UN1 jugaba con Qein en la plaza. Denn no quiso interrumpirlos, y sin retraso se acercó a un oficial a preguntar en que podía ayudar.

El oficial le explicó que el capitán ya se disponía a comunicar la situación. Así que primero esperarían a que Val informara de las circunstancias a todas las personas en la estación.

Después de una corta espera, la voz del capitán se escuchó a través de todos los altavoces en la estación.

Val compartió toda la información que tenía con todas las personas. Explicó que todas las áreas excepto la plaza principal y algunas zonas de acceso restringido estaban siendo deshabilitadas por completo. Apagarían todos los sistemas de energía para economizar recursos para el largo viaje que tenían por delante.

Advirtió que, si alguien se encontraba oculto en alguna parte de la estación, tenía tres horas más para llegar a la plaza, de lo contrario moriría, debido a que los sistemas de oxigeno también serían

deshabilitados en el resto de la estación.

Ordenó a todas las personas dormir en la plaza en sacos que les serían entregados. Como era un lugar enorme que usualmente albergaba dos mil personas, no tendrían problemas de espacio. Los oficiales dormirían en sus habitaciones regulares, mientras algunos mantendrían guardia en la plaza.

Podrían utilizar las diferentes instalaciones que se podían encontrar en la plaza y en general vivirían por completo en ese lugar por el resto del tiempo que estuvieran en la estación.

El problema del intruso seguía molestando al capitán, así que entrevistarían a cada una de las personas, intentando encontrar a alguien sospechoso. Todos cooperaron y todas las entrevistas se completaron.

La primera semana concluyó y no se pudo encontrar ningún sospechoso. Las personas empezaban a olvidar que entre ellos había una persona que había secuestrado la estación. El tiempo continuó pasando, y aun no se encontraba al intruso. Cuatro semanas después ya había dejado de importar tanto, solo importaba si se salvarían o no.

A pesar del nerviosismo en las personas a bordo de la estación, se habían mantenido lo suficientemente calmados como para seguir las órdenes del capitán Val sin protestar. Habían trabajado juntos por ahorrar los recursos de la estación para sobrevivir el mayor tiempo posible y de momento todo iba como se había planeado.

En la Tierra aún no se tenían respuestas sobre el paradero de la estación y la tensión aumentaba.

C0-UN1 y Denn se habían vuelto buenos amigos y Senlar había aprendido a confiar en ambos por su constante anuencia a cooperar.

Val mantenía sus dudas respecto a Denn, todavía se preguntaba que hacía en la estación. No creía que fuera quien había secuestrado la estación, pero creía que estaba ocultando algo. Aun así, había visto como Denn trataba de ayudar a todo aquel que lo necesitaba; lo consideraba una buena persona.

Al capitán le preocupaba más el hecho de que el secuestrador aún no había sido encontrado. Sabía que seguía entre ellos y temía por la seguridad de los pasajeros, pero con el importante viaje que aún tenían por delante, debía enfocarse en el objeto al que se dirigían. Ahora se encontraban lo suficientemente cerca como para analizar mejor la composición de lo que ahora estaban seguros era un planeta de un

tamaño similar al de la Tierra.

Los análisis que venían realizando al planeta ya habían permitido comprobar que contaba con elementos adecuados para sostener vida. Sin embargo, aún no podían saber si se encontraban en las medidas necesarias. Debido de que sus instrumentos estaban parcialmente dañados, la única forma de confirmarlo, era acercándose más al planeta.

El tiempo siguió pasando. Habían racionado los alimentos lo mejor que pudieron y ahora todo dependía de que pudieran alcanzar al planeta antes de que se agotaran. La impaciencia empezaba a apoderarse de la gente, y aunque la práctica totalidad estaba acostumbrada a vivir en estaciones en el espacio, la preocupación de no encontrar solución antes que se acabaran los recursos, les causaba miedo.

Cuando por fin alcanzaron el planeta, habían tardado diez semanas en llegar a él. El capitán decidió que era tiempo de hablar nuevamente con las personas, que ahora se encontraban hambrientas y sin muchas esperanzas.

Esta vez no solo iba a hablar por los altoparlantes. El capitán se acercó hasta la plaza para hablar de frente con todos. Neil se encargó de llamarlos a todos. «Atención todo el mundo —sonó la voz de Neil por los altoparlantes, quien se encontraba en la sala de mando junto a Senlar viendo la imagen de la plaza por los monitores—. El capitán va a decir unas palabras. Todos vayan al centro de la plaza».

Todo el mundo dejó lo que hacía para escuchar lo que el capitán iba a decir. «¡Muévanse!», insistió innecesariamente a las personas que ya de por si se acercaban apresuradamente al centro de la plaza.

Las personas se congregaron ansiosas frente al capitán que se encontraba tan serio como siempre. Encontrar alguna emoción en su rostro era una tarea difícil. Nadie en la plaza pudo adivinar si se trataba de buenas o malas noticias.

—Hemos llegado al planeta al que nos dirigíamos —dijo el capitán sin rodeos apenas todo el mundo estuvo reunido para escucharlo—. Ya lo estamos orbitando. Iniciaremos con los preparativos para enviar una sonda. Pronto estaremos totalmente seguros si es habitable o no.

Inmediatamente se escucharon varios murmullos entre la gente. Todos estaban impacientes por conocer más detalles. A excepción de Denn y los oficiales de la estación, nunca nadie supo cuánto faltaba para llegar a su destino durante el viaje, y ahora que por fin habían llegado, estaban a punto de conocer si tendrían alguna oportunidad de sobrevivir.

—¿Cuánto tiempo tomará preparar la sonda? —preguntó Dani que ya era conocida por ser algo impulsiva—. No nos caería mal una buena noticia.

—Paciencia —respondió el capitán—. Es ahora que debemos ser más pacientes.

El capitán movió su mano frente a una de las cámaras en la plaza para dar una señal a la sala de mando en donde Senlar, Neil y otros oficiales lo miraban con atención. Después de la señal del capitán, Senlar ordenó a uno de los oficiales accionar el sistema de persianas que cubría las ventanas de la estación.

—Tal vez esta vista los motive mientras esperan —dijo el capitán señalando a las ventas que habían estado cubiertas durante las últimas semanas, con la intención de evitar que las persones se desanimaran viendo el vacío.

Todos se acercaron apurados a las ventanas. La cubierta empezó a levantarse lentamente revelando el planeta que habían seguido por tanto tiempo. El rostro boquiabierto de algunos y los sonidos de alegría de otros, se unieron a la belleza azulada del planeta que yacía frente a ellos, para crear en la estación el primero momento alegre en semanas.

«Tiene nubes… y agua…», dijo alguien en la plaza. «Esos son continentes… eso parece… ¡Vegetación!» gritó otro.

Las personas gritaban y celebraban mientras otros se abrazaban «¡Estamos salvados!», se escuchaba. Las carcajadas y exclamaciones de júbilo de la gente fueron suficiente recompensa para el capitán, que había tomado un riesgo al contar a todos que habían alcanzado su destino, sin saber todavía si sería seguro descender en él.

El mismo Senlar lo había hecho considerar no compartir las noticias antes de asegurarse si el planeta era apto para la vida. Había temido crear falsas esperanzas, pero al final pudo más el deseo del capitán de intentar levantar el decaído ánimo de los pasajeros de la estación. «Aun si el planeta no resulta ser bueno para nosotros, al menos verán que teníamos razones para viajar aquí», le había dicho Val a Senlar horas antes.

Al ver la reacción de alegría y esperanza de la gente, Senlar se alegró de haberles mostrado el planeta. No importaba lo que pasara después, la gente volvía a sonreír.

—¿Qué estamos esperando? ¿Por qué no descendemos de inmediato? —preguntó alguien al capitán.

El capitán permitió que disfrutaran de la vista por unos segundos antes de

interrumpir la celebración prematura de los pasajeros.

—¡Escuchen! —dijo el capitán con una voz lo suficientemente fuerte como para calmar los festejos—. No debemos cantar victoria antes de tiempo. —Hubo una pequeña pausa mientras el capitán continuaba con las explicaciones—. Ahora es cuando debemos ser más cautelosos. Es necesario enviar una sonda para confirmar si podremos sobrevivir en el planeta. Incluso cuando todo parece indicar que es habitable, hay muchas cosas que se debemos analizar primero.

Las personas volvieron a calmar sus ímpetus. Inmediatamente entendieron que su supervivencia no estaba asegurada. En medio de un repentino silencio, el capitán pudo notar como la duda volvía a los rostros de las personas.

—No tengan miedo —dijo el capitán en un tono más sereno—. Confío en que los resultados serán buenos. Incluso contamos con un plan de contingencia. Les prometo que haré todo lo posible por salvar nuestras vidas. Vamos a salir adelante —dijo, y sonrió con una increíble serenidad.

Era una vista inaudita. Una sonrisa del capitán. Algunas personas volvieron a ilusionarse. Comprendieron que el capitán hacia el mejor trabajo que podía. Muchos de los oficiales ni siquiera habían visto al capitán Val sonreír alguna vez. Definitivamente pudieron sentir sus buenas intenciones.

Después de lo que podría llamarse un discurso insípido, la gente quedo más tranquila de lo que se hubiera esperado.

—Les informaré apenas tenga noticias —terminó el capitán, y como siempre, dio media vuelta y se alejó de la plaza.

Inmediatamente todos volvieron a los ventanales para seguir contemplando al planeta. La falta de facciones en el rostro de C0-UN1 evitó que alguien pudiera notar la admiración con la que miraba aquel hermoso mundo. Qein se acercó para compartir su emoción con su amigo robot. «Espero que sea habitable», le dijo mientras tomaba su mano.

—Ves, hermanito. Podríamos ir a vivir a ese lugar —dijo Dani que se unía a ellos.

Qein abrazó a su hermana con una enorme sonrisa en su rostro, sin quitar sus ojos del gigantesco objeto.

—Es hermoso, Dani. Hace mucho de la última vez en la que estuvimos en algún planeta. Y este es especial. Mira eso… Es verde… No puedo esperar.

Por fin dejaremos este frío lugar.

C0-UN1 puso su mano sobre el hombro de Qein con ternura. Era claro que ahora sentía afecto por el niño.

—Ten paciencia, Qein —dijo C0-UN1—. Pronto estaremos allí.

El niño le obsequió la misma sonrisa que un momento antes había dado a Dani. No lo miraban como a un robot. Era un amigo. En las últimas semanas su aprecio mutuo había crecido.

Las horas pasaron, la sonda fue enviada todos los datos se analizaron. Nadie más, aparte del capitán Val, Senlar y un oficial especializado en la materia, estudiaron los datos de la sonda, para evitar filtraciones no deseadas dentro de la estación. No querían que nadie adelantara conclusiones antes de que ellos decidieran si era prudente viajar al planeta o no. Además, pretendían darse un tiempo para pensar que decir a los pasajeros de la estación en caso de que la información de la sonda resultara ser poco favorable.

Después de tomar todos los datos y revisar toda la información, el capitán Val, Senlar y el oficial especializado, deliberaron por horas, tanto que la gente en la estación se fue a dormir sin ninguna noticia. Al despertar todo seguía igual. Después de algunas horas más de tención, por fin el capitán estaba listo para compartir los resultados con el resto de la gente. Igual que siempre se anunció a todas las personas que se acercaran al centro de la plaza para escuchar al capitán.

Muy ansiosos, se reunieron lo más rápido que pudieron para escuchar las esperadas noticias. El capitán estaba tan serio como siempre, algunos incluso pensaron que C0-UN1 mostraba un semblante más expresivo.

Nadie se atrevió a intentar adivinar si se trataba de buenas o malas noticias. La eterna reserva en el rostro del capitán dejaba poco lugar para ello. Incluso Denn compartía las mismas ansias que el resto. Al igual que ellos, no sabía nada. Estaba a punto de conocer si era posible que las personas a las que había puesto en peligro tendrían alguna oportunidad de salvarse.

—Tenemos los resultados —dijo el capitán inmediatamente todo el mundo había terminado de reunirse frente a él—. El planeta es habitable. Iniciaremos los preparativos para el viaje lo antes posible.

Los gritos de júbilo no se hicieron esperar. La gente saltó de alegría y regocijo. Parecía que el peligro había pasado, al fin estarían a salvo. Entre abrazos, celebraron las excelentes noticias.

El capitán los detuvo. No había razón para perder ni un segundo más, todo debía estar listo pronto. Viajarían de inmediato. Val ordenó a sus hombres preparar la nave de evacuación para descender al planeta. Denn y C0-UN1 ayudaron en todo momento. La fuerza del robot fue de especial ayuda para cargar las diferentes máquinas y objetos que llevarían al planeta. Un reactor de fusión para proveerlos de energía, máquinas de investigación y varios materiales para construcción; unas torretas que se utilizaban en control de disturbios, una cápsula médica, además de diez drones de vigilancia. Cosas que quizá harían una diferencia en sus intentos de sobrevivir.

—¿Necesitaremos estas armas? —preguntó el robot a Denn mientras cargaban todo en la nave.

—No sabemos que pueda haber allí, C0. Necesitamos esas armas para defendernos.

—¿Qué es esto? —preguntó el robot enseñando a Denn un chaleco protector.

—Sirve para proteger a las personas de disparos débiles y de golpes.

—¿Y esto? —preguntó, y levantó una esfera pequeña en su mano.

—¡Ten cuidado! —le dijo Denn quitándole el aparato de inmediato—. Esto es una granada de choque electromagnético que deshabilita temporalmente los sistemas electrónicos.

—¿Podría dañar la estación?

—La estación utiliza un sistema que contrarresta sus efectos. Yo estaba más preocupado por ti y por los sistemas de las compuertas.

—¿Podrían hacerme daño?

—Al menos te marearían por un momento. Aunque el daño es temporal, hacen estragos en cualquier sistema electrónico, es por eso que es ilegal tenerlas. Solo el ejército y sus sub-organizaciones tienen permitido su uso. Se utiliza especialmente para inutilizar las armas que funcionan con energía. Podemos dejar eso —dijo, y lo devolvió a la caja de donde lo había sacado el robot—. No lo necesitaremos.

—¿Cómo funcionan?

—Solo se oprime el botón y el dispositivo desactiva cualquier sistema vulnerable en cincuenta metros a la redonda. Ni siquiera lo oirías. No

produce ningún sonido, por lo que es casi imposible saber de dónde vino.

—¿Estás seguro de que no lo necesitaremos?

—Las únicas armas allá abajo serán las nuestras, no queremos que sean desactivadas, incluso si solo es temporal.

—Entiendo.

Todos continuaron con sus labores hasta que terminaron de cargar la nave. No se olvidaron de llevar los pocos alimentos que aún les quedaban. Todo parecía estar listo para partir. La estación de salto permanecería en órbita al planeta, sus sistemas de posicionamiento trabajaban bien y los reactores de energía que la potenciaban podrían mantenerlos en funcionamiento por décadas, aún más después de que se desactivaran el resto de sus sistemas que no iban a ser necesarios ahora que iban a dejarla.

Los sistemas de producción de oxigeno continuaban funcionando a lo largo de una serie de pasillos, así que podrían volver después, si es que necesitaban de alguna otra cosa que se quedara abordo de la estación.

Desplegaron algunos satélites que orbitarían el planeta; con ellos podrían seguir el movimiento de la estación en todo momento, además de crear una red a la que conectaría los dispositivos de sus cuerpos, para poder comunicarse en el planeta en todo momento.

Ya que Val decidió que era riesgoso dejar personas en la estación, sin comida y sin saber cuándo podrían regresar, todas las personas abordaron la nave de evacuación.

El interior de la nave era como la de cualquier avión usado en viajes comerciales. Estaban sentados en filas, con ventanas a los costados. Algunos estaban muy nerviosos, otros estaban ansiosos. A Denn se le veía reflexivo. Iba en la cabina de mando de la nave de evacuación, junto al capitán, además de Senlar, que pilotearía la nave, y Neil.

Una vez todo estuvo listo, la nave salió del hangar de la estación de salto y una enorme puerta se cerró. Senlar dirigió la nave hacia el planeta, y comenzó el movido ingreso a través de la atmosfera.

Las turbulencias inquietaron a muchos. Otros se alegraron de la familiar sensación de una nave espacial ingresando a un planeta. Por fin después de tanto tiempo tocarían tierra firme.

Cuando dejaron atrás los movimientos bruscos y por fin estuvieron en el interior del planeta, todos pudieron presenciar la belleza del lugar. Era un planeta hermoso, lleno de vegetación. Desde la altura se podían ver ríos y

a lo lejos un enorme mar. Senlar no pudo contener su felicidad. «Estamos salvados», dijo, y soltando una carcajada miró con alegría al capitán. No fue el único. Todos sintieron que el peligro había terminado. Una vez más las personas se unieron entre gritos de alegría y admiración. Podrían sobrevivir ahí. Había frutas que comer. Agua que beber. Y muchas especies animales.

De pronto, una de esas bestias, enorme y con grandes alas, voló en dirección a la nave. Iba a estrellarse contra ella. Cuando Senlar la vio ya era demasiado tarde. Intentó esquivarla, pero estaba muy cerca.

El animal colisionó directamente contra la nave. Una pequeña explosión y un movimiento violento anunciaban el inicio de su inevitable caída. Los gritos de alegría se convirtieron en gritos de desesperación y terror. Denn contempló con impotencia la situación. «Estamos aquí por mi culpa», pensó.

La nave se inclinó en caída libre contra los inútiles esfuerzos de Senlar por mantenerla en vuelo. Ahora se precipitaban raudamente hacia el verde planeta, y no había nada que pudiera evitarlo.

Capítulo 4

Un Hombre Legendario

El Sistema Danduri, a menos de ciento cuarenta años luz de distancia del Sistema Solar, fue uno de los primeros sistemas planetarios en ser visitado por los humanos. En ese momento, uno de los planetas que orbitaban la estrella ya estaba habitado. Se trataba de una especie inteligente con tecnología medianamente avanzada.

Antes de siquiera acercarse, los humanos iniciaron contacto con la intensión de ganar la confianza de la desconocida especie. Se temió que se tratara de una especie hostil, pero todas sus preocupaciones resultaron ser infundadas. No fue difícil convertirlos en aliados.

Después de ofrecerles ayuda tecnológica, la relación entre su especie, a la que ellos mismos llaman zahavios, y los humanos fue creciendo. No fue casualidad que veinte años después del primer contacto, en 2160, cuando fue fundada La Unión Galáctica, el Sistema Danduri se convirtiera oficialmente en uno de sus miembros.

Su planeta, Zaha, no era precisamente el lugar que un humano elegiría para vivir. La alta temperatura, por la cercanía a su estrella, y la fuerte gravedad, lo ponía casi en el límite de habitabilidad para los humanos, inclusive después de las muchas modificaciones al ADN.

Soportar los setenta grados centígrados de temperatura del planeta Zaha era posible para la especie humana, pero la sensación era, cuando menos, incomoda.

Un humano originario del planeta Tierra, Voill Conner, no sentía entusiasmo en tener que visitar Zaha, pero su puesto como mano derecha del Líder Supremo y cabeza del Alto Consejo de La Unión Galáctica, lo obligaba a tratar temas importantes con líderes de varios sistemas miembros. Ahora debía reunirse con el líder del Sistema Danduri para discutir temas menores de comercio.

Voill era una persona bien conocida. Un devoto de la Unión. Había sido parte del consejo desde sus inicios, y su principal meta era el desarrollo y expansión del imperio que los humanos habían creado, sin importar los medios.

Arribó al planeta un día antes de su encuentro con el líder de Danduri para aprovechar su salida del Sistema Solar. Iba a reunirse con un famoso asesino a sueldo para discutir una encomienda que, por desagradable que

fuera, él creía era de gran importancia para La Unión Galáctica.

Solicitó al gobierno del planeta que lo hospedara en una localidad alejada de la capital de Zaha, con la excusa de pretender disfrutar de la tranquilidad de la despoblada zona, una que se extendía por varios kilómetros.

Los volcanes de lodo elevaban fango varios metros en el aire entre llamaradas asombrosas que se encendían por todo el lugar. La soledad de un paisaje desértico era todo lo que se podía observar. Un escenario deshabitado, muy apropiado para una cita secreta.

En medio del lugar, una cabaña acondicionada con ciertos sistemas de seguridad, utilizada para alojar inquilinos importantes, era refugio para la mano derecha del Líder Supremo. Una línea directa con las altas autoridades de Zaha fue instalada, prometiendo la pronta respuesta, si es que Voill necesitaba cualquier tipo de asistencia.

Dentro de la cabaña, a su lado, una escolta formada por soldados del ejército del Sistema Solar, vigilaban por su seguridad. Afuera, otros más esperaban por la llegada de Dasslak, el hombre con el que Voill iba a reunirse.

—Apenas puedo respirar —dijo uno de los soldados a otro. Ambos luchaban por mantener la compostura en tan horrendas condiciones.

—Debieron darnos un traje. Estoy por morir en este infierno —contestó el otro. Miraba a lo lejos las explosiones de fuego y barro, echando de menos los paisajes de la tierra.

Su conversación fue detenida por el escandaloso sonido de una pequeña y destartalada nave que se divisó a lo lejos. Las torretas antiaéreas, que protegían la cabaña, apuntaron a la aeronave inmediatamente detectaron que esta se aproximaba, y le enviaron una señal de advertencia, solicitando un código de seguridad para permitirle su acercamiento. De lo contrario solo se le ofrecían unos pocos segundos para desviarse y alejarse del lugar, o las torretas la derribarían.

El piloto de la deslucida máquina ingresó el código y las torretas volvieron a estado de reposo, permitiéndole acercarse. Un momento después, la nave descendió lentamente sobre el árido terreno, a no más de veinte metros de la cabaña.

—¿Es él? —preguntó algo nervioso uno de los hombres escolta de Voill a otro.

—Debe ser —contestó no muy convencido—. ¿Deberíamos alertar al señor

Conner?

La escotilla de la pequeña nave se abrió y un momento después se asomó el notorio asesino. Era un hombre de aspecto atlético. Tenía el cabello castaño, lo usaba corto, peinado hacia un lado. De ojos marrón claro y nariz respingada, con un pequeño rastro de barba. A su apariencia seria se le sumaba una amenazante y fría mirada. Era uno de los hombres más temido en toda la galaxia.

Siempre se le veía calmado y seguro, característica obtenida de la experiencia que ganó en incontables trabajos. Lucía maduro sin verse viejo. Ya había vivido mucho, pero se mantenía en excelentes condiciones. Al igual que todos los humanos con ADN mejorado, envejecía muy lentamente.

Era conocido por su profesionalismo. Él mismo lo decía con frecuencia, nunca trataba a ninguno de sus objetivos de manera diferente, no importaba cuanto costaba el trabajo, o la posición de la persona que debía asesinar, siempre ideaba un plan infalible para acabar con cada uno de ellos. No por nada había cumplido prácticamente la totalidad de sus asignaciones, ganándose multitud de alias en el proceso. Ejecutor en algunas partes de la Unión y aledaños; Vaquero en las regiones más violentas de Autoro; Dasslak, su apodo más conocido. No importaba como lo llamaran, era un hombre muy famoso. Todos habían oído hablar de él. Si alguien se convertía en su objetivo, seguramente significaba que su vida estaba por terminar.

El asesino bajó de la nave y empezó a caminar hacia la cabaña hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para que uno de los soldados confirmara su identidad.

—¡Es él! ¡Es Dasslak! —murmuró el soldado a uno de sus compañeros.

—¿En serio es él? Quiero decir, parece fuerte, es solo que hubiera pensado que el asesino más famoso de la galaxia viajaría en una nave algo más digna. —Por algo lo decía, la nave en la que el asesino había llegado era espantosa.

—Sé que es él por lo que lleva consigo.

El asesino vestía una gabardina de color negro. En su mano derecha cargaba un maletín de cuero fino. En su cintura, dos refinados revólveres plateados de cañón largo. «Soy un hombre de buen gusto», decía cuando le preguntaban por qué prefería las armas antiguas sobre las modernas. Pero nada de eso fue lo que hizo que el soldado confirmara la identidad del asesino. Era algo más.

En su espalda cargaba su famosa espada de solidio, un arma tan celebre como el mismo Dasslak. Un arma que hacía más de siete décadas había pertenecido a otro dueño. Lo llamaban El Oso, el asesino más famoso de su época.

Todos conocían la historia de cómo el asesino había conseguido la espada. Alguien había puesto precio a la cabeza de Dasslak. Se habían ofrecido un jugoso pago a El Oso por acabar con su vida.

El Oso no dudó en intentar cobrar la recompensa, buscó a su objetivo; pero después de una brutal contienda, Dasslak salió vencedor, apenas. Fue cuando tomó su espada como trofeo de su victoria. Había vencido a un peligroso oponente y ahora llevaría con orgullo su formidable arma, un símbolo de poder. Fue así como inició su leyenda. Rápidamente ganó fama como el hombre que había logrado asesinar a El Oso, la espada era prueba de ello. Ahora, setenta y cuatro años después, no solo era una celebridad, era quizá uno de los hombres más peligrosos con vida.

—Señor Voill —dijo uno de los soldados. Un movimiento rápido de sus manos había accionando un comando en el dispositivo de sus ojos, el cual abrió una comunicación directa con un dispositivo en el oído de Voill. El brazalete en su muñeca recogió el sonido de su voz y lo transmitió—, Dasslak ya está aquí. ¿Qué debo hacer?

—Tráiganlo adentro, pero deja fuera a un soldado para que vigile la zona —respondió la voz a través del comunicador.

Cuando Dasslak llegó a la puerta, dos de los tres soldados lo escoltaron al interior. Era una cabaña cualquiera, pequeña y sin ningún lujo; los zahavios no eran conocidos por su buen gusto en decoración. Adentro, aunque el aire acondicionado funcionaba a máxima potencia, aún hacía mucho calor. Si bien era algo más fresco que afuera, aún era molesto.

En la sala principal se encontraba sentado Voill Conner. La sonrisa en su rostro demostraba su alegría, estaba ansioso por hablar con el asesino.

—¡Dasslak! —dijo Voill Conner extendiendo sus brazos—. Es bueno verte.

—Imagino que si —contestó el asesino.

—Toma asiento —dijo señalando, en frente suyo, un sillón vacío.

De inmediato, el asesino recorrió la cabaña con su mirada, una costumbre que repetía en cualquier lugar al que entraba. Adentro había seis soldados, incluyendo a los dos que acababan de escoltar a Dasslak adentro. Uno más alerta que el otro, cuidando con recelo a la mano

derecha del Líder Supremo de cualquier amenaza.

—Gracias —respondió Dasslak mientras retiraba su espada de su espalda para sentarse.

Haciendo una seña con sus manos, Voill atrajo a uno de sus soldados. «Tráele alguna bebida fría a nuestro invitado», le dijo, y el hombre se apuró a cumplir con la orden.

—Hace un calor espantoso —añadió Voill—, debes estar sediento.

—He estado en peores lugares —respondió Dasslak.

—Yo no estoy tan acostumbrado. Ya sabes cómo es, soy de la Tierra. Todo es verde ahí… Odio venir aquí, ni siquiera el aire acondicionado funciona como debería.

—¿Por qué no han terraformado este planeta si está en uno de los sistemas secundarios? —preguntó Dasslak.

—Los zahavios tendrían problemas para sobrevivir en un planeta terraformado. Sería muy frío para ellos.

—No sabía que les interesara el bienestar de otras especies.

—No pienses tan mal de nosotros, Dasslak —dijo Voill con una sonrisa—. Nos preocupamos por todas las especies aliadas a la Unión… Aun así, sería innecesario terraformar este lugar. Este planeta no es de gran interés para nosotros. Los zahavios pueden quedarse con este infierno, mientras sigan siendo leales.

—Así que era eso. No hay nada aquí que les interese.

Voill rio un poco.

—¿Acaso te interesan los zahavios de alguna manera?

—Por supuesto que no.

Los soldados se habían calmado bastante al escuchar la plática aparentemente amistosa entre Voill y Dasslak. Pero mantenían su concentración, preparados para proteger al importante miembro del Alto Consejo de cualquier amenaza que pudiera venir del exterior.

—Hace años que no estaba tan cerca de la capital —apuntó Dasslak.

—Aunque todo el mundo sabe quién eres, has hecho tu trabajo tan bien, que nadie ha podido vincularte con ningún asesinato. La ley no te busca,

no te preocupes.

—¿Y quién dijo que me preocupaba? Además, ¿quién es su sano juicio me buscaría? No me gusta decirlo porque soy muy modesto, pero solo un suicida intentaría detenerme, a lo mejor soy invencible.

—No parece muy modesto —dijo en silenció un soldado a otro.

—Calla o vas a lograr que nos maten —contestó el otro.

La conversación empezaba a aburrir al asesino que consideraba su tiempo extremadamente valioso. Estuvo apuntó de ir al grano cuando Voill volvió a hablar:

—¿Para qué es ese maletín que traes ahí? —preguntó Voill

—En el traigo algunas de mis herramientas. Prefiero tenerlo conmigo.

—¿Tienes alguna otra asignación por aquí cerca?

—No suelo comentar nada sobre mis trabajos, ya deberías saberlo —respondió Dasslak. Un momento después, subió sus pies sobre una pequeña mesita frente a él para ponerse más cómodo.

—¡Vamos!, ya sabes que puedes confiar en mi —dijo Voill con una sonrisa taimada.

—De hecho, es lo contrario —respondió Dasslak, ya empezaba a impacientarse por la charla sin sentido—. Aun así, no se trata de si confió en ti no. Solo son buenos hábitos. Ahora sería buena idea que habláramos de negocios. Tengo algo de prisa.

—Cuando Yavar habló contigo días atrás, ¿te explicó algo de la asignación?

—No. Solo preguntó cuándo podría verte. Dijo que tú me darías los detalles del trabajo. —contestó Dasslak.

—Necesitamos que encuentres a una persona.

—Estoy escuchando.

—¿Has escuchado algo de la desaparición de una estación de salto del Sistema Solar hace unas semanas? —preguntó Voill.

—Sí, escuché algo de eso.

—La versión oficial es que uno de sus sistemas falló —continuó Voill—, causando que se extraviara, pero la verdad es que fue secuestrada por una persona.

Dasslak arrugó sus cejas, estaba algo confundido. No entendía bien que era lo que querían con él.

—¿Quieres que acabe con esta persona? —preguntó Dasslak.

—Algo así. No es tan sencillo. Aún no sabemos nada del paradero de la estación de salto.

—¿Es eso posible? —preguntó Dasslak— ¿Cómo puede una persona secuestrar una estación de salto del Sistema Solar? Y peor aún, ¿cómo es que no saben nada de su paradero?

—Créeme, no eres el primero en hacer esas preguntas —contestó Voill—. Es una situación muy delicada. Es posible que tuviera ayuda en la estación. Abordo se encontraba una persona conocida por su inestabilidad.

—¿Exactamente qué es lo que quieres que haga?

—Necesitamos que busques al tipo y hagas un escaneo de su cerebro. Además debes recuperes algo que robó de la Tierra. Cuando hayas terminado, mátalo. Nadie puede saber que este hombre violó la seguridad de la capital… ¿Es posible?

Dasslak quedó pensativo. Ese tipo de trabajo no se parecía en nada a lo que solía hacer. Aun así, decidió escuchar todos los detalles antes de dar una respuesta.

—Háblame un poco de este sujeto.

—Se trata de un humano del planeta Nec. Pertenecía al ejército de La Unión Galáctica, en las fuerzas de Tau Ceti. Su nombre es Denn Bornew. Ingresó a la Tierra en una misión de escolta de un político importante. Nadie podía imaginar que iba a hacer semejante cosa.

—¿Así que era un soldado galáctico? ¿No pueden controlar a los suyos, eh?

—Eso me tiene furioso… Cuando su grupo ingresó a la Tierra se separó de ellos. El tipo robó una máquina… un robot. Nadie sabía de su existencia. Aún es un misterio cómo es que él sabía. En su huida del Sistema Solar secuestró la estación de salto.

—Antes dijiste que pudo tener ayuda de alguien en la estación, ¿a qué te referías?

—No estamos seguros, es solo una suposición, pero aun así hay que tenerlo en cuenta. En esa estación trabajaba Neil Gobi, un antiguo miembro del ejército del Sistema Solar. Fue transferido allí después de sufrir una convergencia. Dicen que es una persona algo inestable.

—No lo sé. Solo por qué alguien diga que es inestable no hay razón para pensar que tenga algo que ver en el secuestro.

—Ya sabes cómo es esto. Investigamos a todas las personas que, se sabía, iban a bordo de la estación. Tal parece que Neil Gobi podría ser una especie de sociópata. Dicen que masacraba a personas indefensas en sus misiones como soldado de la Unión, pero nunca hubo pruebas suficientes como para acusarlo formalmente. Quizá no tenga nada que ver. Pero valdría la pena considerarlo.

—Todo esto me parece muy extraño. No es lo que hago. ¿Por qué me contactaron para este trabajo?

—No quisiera admitirlo, pero estamos desesperados. Han pasado muchas semanas y no tenemos ni un rastro. Necesitamos leer sus recuerdos, descubrir cómo supo de ese robot. Quién mejor que tú para localizar a alguien. Es por el bien de la Unión.

Dasslak lo miró desconcertado.

—¿Acaso me confundes con alguien? Yo no dedico mi vida a cumplir los intereses de la Unión. Cuando me contratan para matar a alguien no me importa lo que haya hecho o a quien ha perjudicado. Es muy simple, lo que hago es matar por dinero. Esta parece una misión para las autoridades de La Unión Galáctica.

—¿Crees que no hay otras personas buscándolo? Tenemos a los mejores en esto. Incluso se está creando una agencia especial que se encargará de este tipo de cosas en el futuro. Pero no puedo esperar de brazos cruzados. Debo asegurarme de saber qué está pasando.

—No soy un investigador privado, Voill. Soy un asesino.

—Ya lo sé, Dasslak. Sé que esto suena un poco diferente, pero la verdad es que no lo es tanto. Debes encontrar a un hombre, igual que haces siempre. La única diferencia es que antes de matarlo, debes conseguir la información que hay en su cabeza… Y recuperar al robot, por supuesto.

—Soy bueno en lo que hago por qué nací para asesinar —resaltó Dasslak—. Hacer preguntas y recuperar cosas no se me da bien. Ese

trabajo no es para mí. Ni siquiera me ofreces información clara sobre esta persona. ¿Acaso tienes idea de lo difícil que es encontrar a una persona en la galaxia? Es imposible si no sabes nada de él.

—Sé que parece imposible, pero hay una razón por la que decidí contactarte. Hay algo que puedes buscar primero, o mejor dicho alguien. Él puede ayudarte a encontrarlo.

Aquel comentario logró despertar la curiosidad del asesino que no espero para preguntar:

—¿Él?

—Temo que la única forma de encontrar a Bornew es con la ayuda de un adivinador.

La respuesta logró sorprenderlo.

—¿Tienes a un adivinador?

—De hecho, lo tengo, pero probó no ser tan útil como creía… No, mi adivinador no va a servirnos en este caso. Yo hablaba de alguien más, alguien con verdadero poder… Es posible que sea un callejón sin salida… —antes de que Voill siguiera, una mueca de inseguridad se proyectó en su cara casi como si dudara de continuar, después de un momento, lo dijo—: Se trata de El Augur… Él podría decirte como encontrar a Bornew.

—¿El Augur? —preguntó impresionado Dasslak—. ¿De qué estás hablando? Yo mismo he buscado a El Augur sin suerte. Nadie lo ha visto en veinte años.

—Eso no es del todo cierto —objetó Voill—. Hace unos meses una chica en Autoro dijo haberlo encontrado.

Ahora el asesino estaba realmente interesado.

—¿Autoro? —preguntó Dasslak e hizo una pequeña pausa mientras recordaba aquel inmenso lugar—. ¿En qué lugar de Autoro?

—No lo sé, no sé dónde está —respondió Voill encogiendo sus hombros—. Lo que sé es que la chica se llama Cora… Se supone que es algo peculiar.

—¿Peculiar?, ¿y eso que quiere decir?

—No tengo idea. Lo que te he dicho es lo único que sé. No sé cómo luce, ni su edad, ni nada más. La persona que me dio la información se encontraba en apuros. Lo habían capturado. Estaba en Autoro, pero no sabía exactamente en dónde. Logró enviarme un mensaje a un buzón

privado que uso para ese tipo de cosas. —Voill activó el dispositivo de sus ojos y buscó el mensaje para leérselo a Dasslak—. El mensaje dice: «Me han capturado, estoy en alguna parte de Autoro. Los piratas van a matarme. Rastrea este mensaje y envía ayuda por favor. Hay algo aquí que puede interesarte, me encontré con una peculiar chica llamada Cora que dijo haber encontrado a El Augur», es todo lo que dice, no hay más detalles.

Dasslak estaba realmente intrigado. Era posible que consiguiera del asunto algo incluso más valioso que la paga por el trabajo.

—¿No fuiste capaz de rastrear el mensaje?

—No. Ya sabes, los piratas en Autoro encriptan todas sus conexiones para lograr entrar a la red de la Unión. Es imposible saber cuándo o de donde fue enviado ese mensaje. Incluso no estoy seguro de quién envió el mensaje.

—¿Qué quieres decir, Voill?

—El mensaje no tenía remitente. Doy esa dirección a muchos de mis hombres. Es un buzón privado que usamos para comunicaciones de emergencias. Hace un tiempo uno de mis equipos estaba trabajando en uno de los sistemas en La Franja C —dijo, refiriéndose a una franja de sistemas que limitaba con la zona conocida como Autoro—. Todos desaparecieron sin dejar rastro. Supongo que alguno de ellos fue quien envió el mensaje.

—¿Y no han vuelto a contactar contigo?

—No he tenido más noticias. Lo único que sé, es que esa supuesta chica estaba en Autoro.

Una mueca de desilusión se dibujó en el rostro de Dasslak. La información que Voill le había proporcionado era muy limitada. Peor era que a quien buscaban se encontraba en Autoro. No solo era una zona inmensamente grande, sino que estaba compuesta por sistemas que no pertenecían a La Unión Galáctica ni respetaban ninguna de sus leyes, era un lugar realmente peligroso. No por nada que aquella zona estaba repleta de piratas y especies hostiles.

Buscar a una persona ahí era, en el mejor de los casos, una tarea difícil. Si la única pista que se tenía no era más que un nombre, entonces se volvía casi imposible. Quién mejor para saberlo que Dasslak. Él mismo había cazado a muchas personas en Autoro, pero nunca lo había hecho con tan poca información.

Dasslak se echó para atrás tomando su barbilla mientras resolvía si aceptar el trabajo. ¿Podía hacerse? No tenía forma de saberlo, pero definitivamente le interesaba.

—Así que El Augur… —dijo por fin el asesino después de unos segundos de meditar la situación—… Está bien, aceptaré el trabajo.

—¿Aceptarás? —preguntó Voill entusiasmado—. ¿Vas a buscar a Denn Bornew?

—Me has dado dos nombres. Denn Bornew y Cora. Buscar a alguien solo por su nombre es absurdo; debe haber al menos información sobre un potencial paradero. En el caso de Cora tenemos un lugar, Autoro. Aunque sigue siendo casi imposible merece la pena buscarla, si es que nos lleva hasta El Augur. —Dasslak trataba de ocultar su sonrisa. No quería que Voill adivinara quien era su verdadero objetivo.

—Perfecto —expresó aliviado Voill—. Él podrá ayudarnos a encontrar a Bornew.

Voill estaba complacido, las últimas semanas habían sido muy estresantes, especialmente por qué la investigación no mostraba ningún avance, pero ahora tendría a un experto buscando a Denn Bornew. Las habilidades del legendario asesino le daban esperanzas reales de encontrarlo.

Sincronizó los dispositivos que llevaba en su cuerpo con los de Dasslak para transferir todos los datos de la investigación que se habían recolectado, y se levantó para traer una bolsa llena de créditos; el pago por los servicios del famoso asesino.

—Yavar me pidió que te diera esto —dijo Voill cuando volvió con la bolsa—. Es el pago en efectivo, tal y como te gusta.

—Ya sabes, no me gustan las transferencias electrónicas. No deseo que haya constancia alguna de mis negocios —contestó Dasslak.

Voill extendió su mano para entregar la bolsa con todos los créditos a Dasslak, pero el asesino no hizo ni el más mínimo intento de acercarse para a tomarla. En lugar de eso, señaló con su dedo la mesa frente a él. «Puedes ponerla ahí», dijo a Voill que lució algo ofendido.

—Es curioso… me refiero a que hayas acordado con Yavar recibir el dinero por adelantado —apuntó Voill, al tiempo que soltaba la bolsa sobre la mesa—. Ni siquiera sabías de qué trataba el trabajo —dijo extrañado—. Antes pensaba que Yavar al menos te había contado algo. Y aunque lo hubiera hecho, tú sueles cobrar hasta que hayas completado el encargo…

Solo puedo recordar una ocasión en la que cobraste por adelantado.

—Aquella era una situación especial. El trabajo lo ameritaba —respondió Dasslak—. Había muchas posibilidades de que intentaran matarme después de completar la asignación. Me vi obligado a pedir el dinero por adelantado.

—¡Entiendo!, era un trabajo… complejo. Pero… ¿qué hay de esta vez? Ni siquiera estabas seguro si ibas a aceptar el trabajo. Me da curiosidad, ¿por qué pediste a Yavar que enviara el pago por adelantado? ¿Por qué estás cobrando por adelantado?

Voill se equivocaba. Bornew no era la única razón por la que él estaba ahí. El rostro de Dasslak se volvió sombrío durante la última pregunta. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Voill. Ya era demasiado tarde.

—¿Cobrar por adelantado? No lo he hecho —dijo Dasslak con una apariencia terrorífica.

—¿A qué te refieres? —preguntó Voill espantado. Un segundo después, Dasslak se levantó de golpe de su asiento.

El asesino era demasiado rápido. Los soldados que cuidaban a Voill se habían descuidado y no lograron reaccionar. Algunos ni siquiera se percataron. Dasslak desenfundó sus dos revólveres y seis disparos después, todos cayeron muertos.

—¿Qué diablos haces? —gritó Voill.

Dasslak, muy tranquilo, tomó su maletín y lo abrió. En su interior llevaba su rifle de largo alcance desarmado en varias piezas. Sin prisa, comenzó a ensamblarlo, mientras Voill seguía paralizado viendo a sus seis soldados muertos. En su mente rogó que el soldado que estaba afuera, ingresara y le salvara la vida. Era imposible que no hubiera escuchado los disparos. Estaba seguro de que, en cuestión de tiempo, entraría en su ayuda.

—¿Qué estás haciendo Dasslak? —preguntó de nuevo Voill con voz temblorosa.

Dasslak no se volteó, aún continuaba armando el arma.

—¿Qué no ves? Ensamblo mi rifle. Es bueno que lo haya traído conmigo, sabía que podría necesitarlo.

Voill temblaba de miedo.

—¿Para… qué? —preguntó a duras penas.

—Mira por la ventana —dijo, y tomó la mirilla de su rifle, la última pieza que le faltaba por acoplar y empezó a atornillarla en el arma.

Voill dirigió su vista a la ventana, hacia donde señalaba Dasslak, y vio cómo su única esperanza, el soldado que había dejado fuera de la cabaña, corría a toda velocidad, huyendo a través del desértico horizonte.

—Ni siquiera ha logrado alejarse bastante —dijo Dasslak algo decepcionado, y apoyó el rifle contra su hombro para apuntar el arma hacia el soldado.

Voill estaba atónito, no sabía qué hacer. ¿Debía correr? ¿Tendría caso intentarlo? Paralizado miró cómo Dasslak estaba por eliminar al último de sus escoltas.

—No te compadezcas de él —dijo Dasslak mientras apuntaba—. Es un cobarde.

Dasslak disparó su rifle, un momento después el soldado cayó muerto a la distancia.

—¿Qué has hecho? —vociferó Voill.

Dasslak no perdió ni un segundo. Ya empezaba a desarmar su rifle. Su frialdad logró asustar aún más a Voill.

—Yavar pidió que te asesinara. Ese dinero que traías en la bolsa, no era el pago adelantado por Bornew. Ese dinero es por tu cabeza. Estos siete soldados que he tenido que matar son de gratis.

—No puede ser cierto —exclamó un incrédulo Voill.

—Tranquilo, Voill, tranquilo. Por supuesto que no es cierto. Mentí acerca de que los soldados eran de gratis. Siempre incluyo en el precio cosas como estas.

—¡Estás loco! —gritó con pavor Voill—. No puedes matarme. Soy un miembro del gobierno de La Unión Galáctica. Esta cabaña cuenta con varios sistemas para mi protección.

—Me ofendes Voill —contestó Dasslak que ya terminaba de guardar su rifle en el maletín—. Vengo preparado para eso.

—Espera… Si me matas no podrás salir de este sistema planetario —siguió Voill con la esperanza de cambiar su destino—. La señal de tu nave ya fue registrada por los sistemas de defensa al llegar aquí. Ese soldado que

estaba fuera debió enviar una llamada de auxilio con toda seguridad. No podrás escapar. Tu nave será buscada en toda la galaxia. Serás un blanco fácil.

—¿Te refieres a esa nave que está ahí? —le dijo, y señaló con su dedo la vieja nave en la que había llegado.

—Pues… si —contestó Voill con extrañeza.

—Lamento decepcionarte, pero esa no es mi nave —afirmó Dasslak mientras accionaba, con ayuda del dispositivo en sus ojos, un comando que activó la navegación automática de la aeronave—. Esa nave es de un zahavio que vivía a unos treinta kilómetros de aquí.

—¿Vivía? —preguntó Voill, y miró por la ventana cómo la nave en la que Dasslak había llegado empezaba a elevarse. Un momento después los propulsares de la misma se activaron a máxima potencia, llevándola rumbo al espacio.

—Pues sí —siguió Dasslak—. Verás, él no quería que me llevara su nave, así que tuve que matarlo.

—No puede ser —exclamó espantado Voill.

—Vamos, no te pongas así —dijo el asesino—. Era un tipo bastante odioso. Se enojó cuando aterricé mi nave en su propiedad —aseguró, y empezó a caminar hacia Voill empuñando uno de sus revólveres.

Voill se movía temblorosamente hacia atrás, sentía que tenía a la mismísima muerte en frente.

—Pero… pero…

—Le dije que iba a dejar mi nave ahí por un tiempo —prosiguió Dasslak—, y que tomaría prestada la suya. Se molestó y comenzó a proferir insultos es zahavi. No tuve más opción que asesinarlo.

Voill siguió retrocediendo hasta que ya no pudo más, había chocado con la pared. Era su fin y ya había empezado a entenderlo.

—¡Eres un monstruo!

—No te preocupes —continuó el temible asesino—, deje su cuerpo en su adorada nave, así cuando sea derribada en el espacio, será destruida junto a sus restos. Supongo que es lo que hubiera querido.

Voill se calló por un instante. Había llegado a la conclusión de que no había forma de escapar de su muerte. Después de todo estaba frente al

asesino más famoso de la galaxia.

—Está bien. Termina ya —dijo Voill resignado.

—En un minuto. Yavar pensó que compartirías algo en tus momentos finales —aseguró Dasslak—. Él creyó que compartirías el paradero de un tal Boryan —dijo, y levantó su revólver a la altura de la cabeza de Voill.

—¿De esto se trata?, ¿de Boryan? ¿Por qué me quiere muerto Yavar? He mantenido a Boryan vigilado.

—La verdad es que no tengo idea, Voill. Yavar dijo que necesita hacer cambios para asegurar el futuro de la Unión, que te habías vuelto un obstáculo. La ubicación de este tal Boryan era algo extra para él.

—He dado mi vida por la Unión, todo lo que he hecho ha sido pensando en lo mejor para la especie humana y el futuro de la galaxia —contestó Voill desesperado.

—Te vuelvo a repetir, no dedico mi vida a cumplir los interesa la Unión. Nada de esto me importa. No pienses ni por un segundo que se trata de algo personal, es mucho más simple que eso. Solo eres mi trabajo.

—Yavar no puede matarme… no diré dónde está Boryan, él… él me necesita.

Dasslak movió su cabeza en desaprobación.

—Voy a explicarte. A Yavar realmente no parecía importarle demasiado Boryan. El trabajo era tu asesinato. Si en el proceso soy capaz de conseguir la ubicación de esta persona, entonces Yavar pagará más. Como no soy un investigador privado le recordé, justo como hice hace un momento contigo, que lo único que hago es asesinar. Le dije que no podía prometerle conseguir esa información. Fue entonces cuando me dijo que no era fundamental que lo hiciera, pero que, si lo conseguía, tendría derecho a algo extra. En la bolsa hay tres millones de créditos. Dos por tu cabeza y uno más por esa información que te reúsas a compartir. No voy a presionarte de ninguna manera, si me aseguras que no dirás nada, lo respetaré. En ese caso tomaré solo la cantidad que me corresponda de esa bolsa.

Voill Conner supo que el asesino hablaba en serio. Estaba frente a un hombre que además era conocido por su honestidad. Un hombre que no teme a nada no necesita mentir. A Dasslak le daba lo mismo la información extra. Venía por su cabeza y se iría satisfecho solo con ella. El dinero extra era un simple bono del que podía prescindir.

—Mi hijo está en el Sistema Chard —dijo Voill mientras soltaba el llanto—. En el planeta Navar, a las afueras de la Villa Blanca. Tengo un lugar ahí. Yavar sabrá cómo encontrarlo.

Yavar no había informado a Dasslak que el tal Boryan fuera hijo de Voill. En el momento le pareció extraño, pero decidió no preguntar nada. Antes de que continuara con su encargo, Voill empezó a hablar nuevamente:

—Siempre supe que debía matarlo —siguió Voill. Las lágrimas bajaban por sus mejillas—, El Augur me lo advirtió hace veinte años, antes de desaparecer. Me dijo que nunca debió nacer. Que sería una amenaza para la Unión, pero nunca me atreví a terminar con su vida, amé mucho a su madre... Boryan tiene veinticuatro años ahora —aseguró Voill, e hizo una pausa antes de continuar para secar sus lágrimas—: Seguro Yavar te pedirá que lo mates… Sí, eso debe ser… Supongo que debe hacerse. Lo entiendo, es por el bien de la Unión.

Dasslak no entendía de qué hablaba Voill, no tenía conocimiento de los detalles. No había querido interrumpirlo solo para permitirle el desahogo. El asesino no solía ser más cruel de lo necesario con ninguna de sus víctimas, y consideró que no había ningún riesgo en permitir que Voill dijera sus últimas palabras.

A pesar de que se había vuelto un sentimiento ajeno para él, pudo entender el sufrimiento de Voill. De todas maneras, no sintió pena por él. Cuando Voill terminó, continuó:

—Solo falta algo más —afirmó Dasslak.

—¿El Augur? —preguntó Voill. Ya sabía que eran sus momentos finales, pero aun así quiso asegurarse de que cumpliría con su última tarea—. ¿En verdad vas a buscarlo? ¡Él es la única forma de encontrar a Bornew y a la estación de salto! ¿Vas a buscar a Bornew?

—Lo buscaré. Yavar mantendrá el contrato. Pero necesito saber algo antes de asesinarte. El buzón, ese del que me hablaste, ¿qué pasa si ese hombre que se comunicó antes vuelve a hacerlo?

—Yavar también tiene acceso al buzón. Si alguien vuelve a comunicarse, él seguro te lo hará saber.

—Es todo entonces —sentenció el asesino.

Voill cerró sus ojos y aceptó su destino. «Estoy listo», dijo abriendo sus brazos. Dasslak tiró del gatillo y un instante después Voill Conner cayó muerto.

El asesino a sueldo tomó su espada, el maletín con el rifle, y el pago por su trabajo de la mesa de centro. Envió un mensaje señalando el cumplimiento de la asignación y salió de la cabaña. Tomó un curioso vehículo, uno que flotaba sobre el suelo, perteneciente a los soldados escolta de Voill, lo encendió y partió en dirección al lugar en donde había dejado su nave, antes de que llegaran refuerzos.

Podía relajarse, nadie lo buscaría. Estarían siguiendo un señuelo: la nave que había robado al zahavio.

Solo Dasslak y Yavar lo sabían. La mano derecha del Líder Supremo de La Unión Galáctica había muerto a manos del asesino más famoso de la galaxia; el mismo que ahora estaba tras la cabeza de Denn Bornew y la pista de la estación perdida. Un hecho que cambiaría el rumbo de la galaxia. Pero no solo eso, en el proceso, había conseguido para Yavar, información que cambiaría el destino del universo para siempre.

En el borde de La Unión Galáctica, en la Franja A, había vivido durante los últimos veinte años un interesante prisionero en una de las tantas residencias que su dueño, Voill Conner, mantenía por toda la galaxia. Bajo sus órdenes se le mantenía cautivo, viviendo con lujos que no muchos podían presumir de poseer, pero nada de eso era suficiente para él. En otra vida había vivido como un emperador.

El joven no debió haber nacido. A corta edad había dejado de ser Boryan, el hijo de Voill, para convertirse en alguien más, razón por la que Yavar Aflir lo buscaba desde hacía un tiempo. Ahora por fin estaba a punto de descubrir en dónde se encontraba.

Capítulo 5

En un Mundo Desconocido

Al intentar abrir sus ojos, sintió un peso indescriptible en sus párpados. Después de unos segundos, y cuando la luz dejó de encandilarlo, su vista empezó a enfocarse, pero su oído aún no volvía por completo, solo escuchaba un zumbido penetrante.

Sin caer en razón aún, contempló el cielo azul y las nubes, los grandes árboles y el hermoso verde del pasto. Pensó que estaba en su planeta natal Nec, seguramente despertando de una siesta; de aquellas que tomaba en las praderas, cerca de la cabaña de su padre.

Cuando era niño amaba visitar ese lugar, y ahora que no terminaba de reaccionar, sentía que había vuelto ahí. A pesar del intenso dolor en su cuerpo, lucía una gran sonrisa, el bello paisaje era alentador. De repente, empezó a recuperar la función normal de sus sentidos.

La mueca de desconcierto que se apoderó de su rostro lo revelaba, no había forma de que estuviera en la cabaña de sus padres. «¿Pero entonces en qué lugar estoy?», pensó. La incomodidad en su cuerpo se hacía más evidente mientras se esforzaba por levantarse. Un agudo dolor recorría todo su cuerpo. Todo estaba volviendo. Cuando el zumbido en su oído se disipó, fue capaz de escuchar los gritos de dolor y los pedidos de ayuda.

Después de un fallido intento por ponerse en pie, rodó su cuerpo hacia el lugar de donde venían los llamados. Se esforzó para levantar su cabeza y miró. Eran los escombros de lo que hacía unos momentos había sido una nave de evacuación.

A como pudo se levantó, aún confundido, y caminó tambaleante hacia las voces. La nave se había partido en varias partes, y él se encontraba frente a la parte delantera. Unos quejidos de sufrimiento cerca de él llamaron su atención. Buscó con su vista intentando descubrir que los producía, pero no halló nada. Una pieza de la nave obstruía su visión. Sosteniéndose de lo que podía para no caer, rodeó el enorme fragmento y lo descubrió. Era el capitán Val, tendido sobre los restos de la cabina de mando de la nave.

Fue en ese momento cuando la claridad llegó a su mente. Recordó en donde estaba y que había ocurrido. En su asombro, y olvidando el dolor en su cuerpo, se lanzó a intentar ayudar al capitán.

Val agarraba con sus dos manos un pedazo de metal que salía de su estómago. Una herida fatal a falta de asistencia médica avanzada. Ante la mirada incrédula de Denn, el capitán agonizaba.

—Tranquilo… ca… capitán. Voy a buscar ayuda —dijo aterrorizado Denn.

Justo antes de que Denn saliera disparado, el capitán lo tomó de su brazo. No había razón para que le buscara ayuda, no había esperanzas para él. Denn lo miró atónito en su terrible estado, a solo segundos de su muerte. «No confíes… no confíes… no confíes…», repetía el capitán Val.

—Está delirando, señor, mantenga la… calma. Por favor déjeme buscar ayuda —suplicó desesperadamente Denn.

El capitán tomó con ambas manos a Denn de su camisa y lo jaló con todas las fuerzas que le quedaban hacia su rostro. Acercó su boca al oído de Bornew, y profirió sus últimas palabras:

—¡No confíes… en Neil! —dijo el capitán lo más fuerte que pudo para asegurarse de que lo escucharían.

Antes de que Denn reaccionara Val soltó la camisa y se desplomó. Había muerto.

Pasmado, e intentando asimilar todo lo que estaba sucediendo, Denn se quedó en completo silencio. Quizá hubiera seguido así por mucho tiempo, de no ser porque un momento después C0-UN1 llegó corriendo hasta el lugar en donde estaba.

—¿Estás bien? —preguntó el robot y lo agitó suavemente. Sin obtener respuesta, volvió a moverlo por sus hombros, ahora un poco más fuerte—. ¡Denn! —insistió preocupado— ¿Te encuentras bien?

Denn no dijo nada, solo movió su cabeza de arriba abajo. Estaba impactado.

—¿Qué hay de usted, Neil? —preguntó el robot al hombre que se encontraba a tan solo unos pocos metros.

Denn volvió su mirada de inmediato. No lo había notado antes, pero ahí en el suelo, algo golpeado, estaba Neil. Fue obvio, por la expresión en su rostro, que también había escuchado lo que había dicho el capitán. Lucía tan sorprendido como Denn hacía unos segundos.

—¡Contesta! —le gritó Denn molesto—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Neil. Se veía conmocionado por lo que acaba de suceder.

Denn estuvo a punto de demandar una explicación. Quería saber qué había querido decir el capitán. Justo antes de hacerlo, se acordó de alguien más.

—¿Dónde está Senlar? —preguntó preocupado a ambos, sin recibir respuesta. Miró a su alrededor tratando de encontrarlo, pero no pudo—. ¡C0, busca a Senlar! Debió salir disparado de la nave —dijo, señalando un lugar.

C0-UN1 obedeció. Salió de los restos de la cabina y caminó unos metros. Tirado en el suelo, inconsciente, se encontraba Senlar. A pesar de estar un poco golpeado, se encontraba bien. El análisis que el robot hizo en segundos, lo aseguraba.

—¡Aquí está! —gritó C0-UN1 para que Denn lo escuchara—. Solo está inconsciente. Nada grave… ¿Me oyes?

—¡Sí! Si en verdad está bien, déjalo, y ve a ayudar a quien puedas —ordenó Denn a C0-UN1 que ya volvía frente a Denn—. Anda, apúrate. Yo ayudaré a Senlar.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, adelántate, C0. Ya iré yo a ayudar también.

Denn postergó sus preguntas. Se levantó dejando en el suelo el cuerpo del capitán y se fue a ayudar a Senlar. Se acercó a él y se agachó a su lado.

—Amigo, ¿estás bien? —le preguntó, y lo movió gentilmente.

Denn repitió lo mismo un par de veces hasta que Senlar abrió los ojos. Estaba bien.

—¿Denn? —Senlar trató de recordar que pasaba sin lograrlo—. ¿Qué sucedió? —preguntó mientras se quejaba de un dolor en su espalda.

—Algo golpeó contra nuestra nave, amigo. ¿Te sientes bien?

Senlar se sentó observando la destrucción de la nave. No podía creerlo.

—Estoy bien, Denn, solo estoy adolorido. ¿Cómo están los demás?

—No lo sé, yo también acabo de incorporarme. C0 está tratando de

ayudar. Debemos apurarnos, tenemos que hacer algo.

—Ayúdame a levantarme. —Senlar tomó la mano de Denn, y con algo de esfuerzo se puso en pie—. ¡Vamos!

La mirada de tristeza que llevaba Denn lo estremeció.

—¿Qué pasa? —le preguntó Senlar.

—Es el capitán, Senlar… Falleció.

El rostro de Senlar se ensombreció de angustia. Estaba devastado, su mentor, su amigo, casi un padre, había muerto.

—¡Llévame con él! —le dijo, y algunas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Denn lo llevó hasta el lugar. Al verlo en el suelo, Senlar se acercó al capitán y lo tomó de sus manos. «Lo siento, capitán. Gracias por todo», le dijo. Se quedó en silencio un momento, se limpió sus lágrimas y se levantó. Había mucho por hacer. Debía ayudar a las personas que estaban heridas.

La imagen había logrado angustiar a Denn. Aquello era una tragedia, pero ahora no tenía tiempo para lamentarse. Ambos salieron de ahí y comenzaron a buscar sobrevivientes.

Había personas lastimadas por doquier. Cada vez que Denn encontraba la siguiente se sentía más atormentado. Su horror fue aún mayor cuando encontró a la primera persona fallecida. Lamentablemente no sería la única.

Aunque se detuvo a ayudar a todo el que encontraba, Denn buscaba a sus más allegados. Sintió una enorme calma al descubrir que Dani, Qein y otros camaradas se encontraban relativamente bien.

La cantidad de heridos era enorme, pero afortunadamente una de las máquinas que sobrevivió al accidente era la cápsula médica. No había sufrido ningún daño y sería de gran ayuda. El aparato era capaz de reparar huesos rotos, cortaduras, y curar ciertas enfermedades. La mayoría de las lesiones de los sobrevivientes podrían ser tratadas y remediabas en poco tiempo. Sólo unos cuantos menos afortunados, con heridas realmente graves, necesitarían de más tiempo para recuperarse.

Realizaron un conteo de las personas y aunque no había ningún desaparecido, el resultado era lamentable. Treinta vidas se habían perdido en el accidente, incluida la del capitán. Ahora se encontraban en un mundo desconocido sin líder que los guiara. La realidad los había golpeado, el planeta no iba a ser aquel paraíso que esperaba a ser

conquistado Ya habían sido testigos de los peligros que guardaba. Salvajes especies animales, como el que los golpeó, habitaban el lugar.

Pasada la conmoción del momento, Senlar reunió algunas personas para idear un plan que pudiera mejorar su situación. Se acercaron asustados y con muchas preguntas. «¿Por qué sucedió esto?», le preguntó alguien.

—Algo chocó contra la nave, no tuve tiempo de evitarlo.

Varios se acercaron al escuchar lo que Senlar había dicho. Necesitaban indagar más sobre el accidente. «¿Algo? ¿Qué cosa?», preguntó angustiada una de las personas.

Denn interrumpió la respuesta de Senlar. Sintió la obligación de explicar lo sucedido:

—¡Escúchenme! —dijo lo más fuerte que pudo—. ¡Acérquense por favor!

Las personas aún se encontraban confundidas. Algunos no acababan de comprender qué estaba pensando, otros lloraban a los caídos, y varios más aún se encontraban mal heridos, esperando por ser atendidos. Todo aquel que pudo moverse se acercó para escuchar lo que Denn tenía que decir.

—Sé que estamos pasando por momentos difíciles —empezó Denn—, pero ahora es cuando necesitamos ser más fuertes. La nave cayó porque un animal volador chocó contra nosotros. No pudimos verlo bien, apareció en un instante, pero era enorme. Es lógico pensar que el planeta esté repleto de especies hostiles. Debemos permanecer unidos. Debemos continuar. Se lo debemos a los que se han ido.

Denn sabía que quizá las personas se asustarían al saber lo de los animales, pero era absurdo ocultar semejante hecho. Ahora lo mejor era que todos permanecieran alertas.

No podían perder mucho tiempo, ni permitir que la situación empeorara, así que Senlar pidió a todos los oficiales de seguridad que se encontraban en condiciones de ayudar que buscaran las armas entre los escombros de la nave.

A pesar de la catástrofe sus fuerzas no se habían disminuido. Contaban con casi ochenta oficiales de seguridad armados que a partir de ese momento serían responsables de mantener a salvo a todas las personas. Además, dos de los diez drones de vigilancia que traían desde la estación aún funcionaban. Su supervivencia dependería de su organización y del uso que dieran a sus recursos.

No era momento para rendirse. Si bien había peligros, también habría grandes recompensas. El frío espacio ya había sido dejado atrás, y nadie quería darse por vencido ahora que se encontraban en tierra firme, en un planeta lleno de vida.

«De ahora en adelante todos ustedes son soldados», les dijo Senlar, y envió algunos de ellos a supervisar el cuidado de los heridos y a otros a asegurar el perímetro de la zona del accidente. Un momento después, se acercó a Denn para formular la estrategia a seguir; había aprendido a confiar en él.

Neil, que se encontraba junto a ellos, quiso tomar el control inmediatamente. Con la confusión que se había creado, era el mejor momento para hacerlo. Una vez Senlar había dado sus primeras órdenes, decidió reprochar.

—¿Por qué deberíamos escuchar a cualquiera de ustedes? Senlar, tú chocaste la nave. Y tú, Bornew... ¿Quién diablos eres tú?

—No es momento para esto, Neil —regañó Senlar—. Todos debemos cooperar.

—¿Qué les da el derecho a impartir órdenes? Tal vez deberíamos separarnos. Ustedes no son de confiar. —Neil se volvió hacia los soldados y hacia otras personas que escuchaban la discusión de cerca—: Soy el más adecuado para liderar, si es que queremos sobrevivir en este mundo salvaje. ¿Vienen conmigo…? ¿Qué hay de ti, Gor?

Las personas se quedaron mirando sin decir nada, estaban nerviosas; la mayoría no había estado en situaciones siquiera similar a esa. Hasta hacía muy poco tiempo no eran más que oficiales de seguridad de una estación de salto, un puesto que no solía tener mucha acción. No era de extrañarse que estuvieran asustados.

—¡Contesten! —insistió Neil—. ¿Van a seguir a estos tipos? ¡Miren, miren lo que ha pasado!

—Lo mejor es permanecer juntos, señor. No es momento de dividirnos, debemos seguir unidos.

Senlar estaba complacido con la respuesta que el hombre había dado. Por un momento llegó a preocuparse, pero aquellas palabras contagiaron a sus compañeros que también se negaron a una división. Era justo lo que necesitaba para controlar la situación.

—Lo ves, Neil —le dijo Senlar—. Todos estamos comprometidos con salir

adelante. Estas disputas no nos llevarán a ningún lado.

Neil estaba furioso. Era claro que no quería cooperar. Pero de momento no le quedaba opción. Tendría que seguir al grupo si quería sobrevivir.

—¡Esto es basura! Ya verán que tengo razón. Estos dos incompetentes no son adecuados para la tarea. En poco tiempo vendrán a rogarme que los salve. Vendrán de rodillas pidiendo que los lidere —sentenció, y se alejó del lugar profiriendo algunas maldiciones en voz baja. Denn miraba inquieto a Senlar, acongojado por lo que acaba de pasar.

—¿Deberíamos preocuparnos por él? —preguntó Denn.

—Déjalo —dijo sereno—. Estará bien.

—No quiero que ande por ahí tratando de convencer a alguien de volverse en nuestra contra.

—Tranquilo, Denn. Ni siquiera Gor, quien es uno de los pocos que simpatizan con él, le ha seguido el juego. No hay de qué preocuparse.

Denn no estaba convencido.

—Es que... El capitán... Antes de morir...

Senlar adivinó a donde iría la conversación. Ahora no era momento para dudas. Tenían mucho en que pensar.

—Ya habrá tiempo para eso —lo interrumpió.

Denn estaba irritado. Las palabras finales del capitán..., el intento de rebelión de Neil…, y lo peor, las muertes de varios inocentes…; todo empezaba a hacer eco en su cabeza. Poco a poco iba perdiendo la calma.

—¿Qué tal ahora? —insistió Denn.

—No, ahora no. Necesito que estés concentrado, Denn. No te ves bien. Por favor cálmate.

—¿Estas bromeando? —contestó con molestia—. ¿Acaso no ves lo que está ocurriendo? Todas esas personas muertas. ¿Cómo quieres que esté calmado?

Los que estaban cerca escuchaban la conversación con cierta inquietud. Senlar, advirtiendo las caras preocupadas, tomó a Denn por el brazo y lo alejó un poco del lugar.

—¡Maldición, amigo! —dijo Senlar enfadado—. Eres un sargento de la Unión, se supone que mantengas la calma. Estas personas nos necesitan. ¿Qué crees que pensará esta gente al ver que quienes los lideran entran en pánico?

Denn miró las caras de miedo y reaccionó de inmediato. Senlar tenía razón; si no mantenía la calma solo lograría empeorar las cosas. Se dio cuenta de que no estaba actuando como debía, pero el hecho de que toda la situación sucedía por su culpa lo había hecho desesperar. Por suerte para él, Senlar lo hizo reaccionar. Debía transmitir serenidad y no lo contrario.

—Tienes razón, amigo, lo siento. Es sólo que... Estas pobres personas.

—Lo sé, Denn. Es por todos ellos que debemos mantener la compostura, no podemos perder la calma o ellos también lo harán.

Denn asintió. Tomó unos segundos para contemplar la escena, caminó unos pasos, miró a todos lados, y volvió.

—Muy bien —empezó Denn—. Ustedes dos —dijo, y señaló a dos personas—. Tomen sus armas y vayan en esa dirección. No se alejen más de medio kilómetro. Necesitamos un buen lugar para establecer un campamento temporal. Parece que está por anochecer. Dense prisa.

—¡Sí señor! —contestó uno, y junto a su compañero empezó a caminar hacia el lugar que Denn les había señalado.

—¡Aguarden! —los detuvo Denn—. Al menor rastro de peligro, regresen. Notifiquen cualquier cosa, voy a dejar las comunicaciones abiertas. —Los dispositivos que llevaban les servirían para comunicarse en cualquier momento—. Si encuentran un lugar adecuado, nos lo hacen saber de inmediato… Andando.

Sin detenerse, se volvió hacia otros dos soldados e igual que antes, dio sus órdenes:

—Ustedes dos, vayan en aquella dirección. Tomen las mismas precauciones.

Hizo lo mismo con un tercer y cuarto grupo. Entendía la urgencia de establecer un campamento antes del anochecer. Senlar lo miró complacido, Denn volvía a actuar como se esperaba.

—Bien, Denn, es justo lo que necesitamos. Voy a ver como esta C0 y los demás, seguro puedo ayudar con algo. Avísame si algo pasa.

—Debemos apurarnos, es un milagro que ninguna bestia haya venido aquí atraída por el ruido.

—Tienes razón. Ten cuidado.

Después de organizar a los grupos, Denn tuvo un momento para observar el lugar en donde estaban. Era un planeta tipo A, parecido a la Tierra, con mucha y diversa vegetación.

Se alejó del llano que había provocado el choque de la nave contra el suelo y se adentró entre los árboles. No tuvo que caminar demasiado para encontrar el primer rastro de vida. Por poco se tropieza con lo que parecía una especie de insecto. Era enorme, más grande que su pie. Se sorprendió al ver que no era lo único que se movía en el interior del espeso bosque, aquel lugar estaba colmado de una gran cantidad de exóticos animales que, seguramente, habían salido de sus madrigueras tratando de alejarse después del impacto de la nave.

Vio gusanos del largo de una serpiente. Mosquitos del tamaño de su mano, Tropezaba con el siguiente mientras trataba de alejarse del anterior. Un ser similar a una araña por poco lo hace correr. «Es tan grande que quizá podría comerme», pensó. Caminaba hacia atrás apartándose de los enormes insectos, hasta que el encuentro con un enorme animal lo dejó paralizado.

Se asemejaba a un lobo, a uno del tamaño de un toro. Con grandes colmillos y enormes ojos rojos. Denn se quedó perplejo frente a él, separados tan solo por un par de metros. El animal gruñía avisando sus intenciones de destruir cualquier cosa que se pusiera en su camino. Estuvieron mirándose fijamente el uno al otro durante varios segundos, hasta que el temor de Denn se desvaneció y la serenidad llegó a su mente. El animal inesperadamente, se volteó y se perdió en el interior del bosque.

Se quedó ahí de pie por un instante, hasta que una voz proveniente del pequeño dispositivo en su oído, lo trajo de vuelta a la realidad. «Denn, ¿dónde estás?», dijo la voz. Era Senlar, lo necesitaba de vuelta para ayudar con la recuperación de cualquier cosa que no se hubiera destruido en el accidente.

Denn volvió y se unió a los trabajos. Las horas pasaron y todos los heridos fueron tratados. Además, todas las máquinas y recursos que sobrevivieron fueron recuperados. Afortunadamente unos cuantos vehículos aún funcionaban. Cargaron algunas cosas en ellos, y se dirigieron a un lugar cercano, el que un par de soldados consideraron adecuado para levantar el campamento temporal. No era un lugar muy amplio, pero serviría para

pasar la noche.

C0-UN1 fue de gran utilidad en el levantamiento del campamento. Cortaron algunos árboles e hicieron una especie de pequeño cercado entre los árboles. Acomodaron a todas las personas en tiendas y se prepararon para la noche. Ya era muy tarde para buscar comida. Tendrían que esperar a la mañana siguiente.

Los soldados que tenían más experiencia, fueron ubicados por el lugar para custodiar la zona. No tenían idead de qué peligros podría traer la noche. Cuando ésta por fin llegó, el miedo se apoderó de todos.

Los drones de vigilancia, una especia de robots esféricos de un tamaño algo mayor al de una cabeza humana, flotaban vigilantes alrededor del campamento. La potencia de las armas láser que llevaban era muy reducida por lo que quizá no serían capaces de eliminar a los peligrosos animales, pero los sensores de movimiento y sonido se convertirían en una ventaja importante, advirtiendo de cualquier intruso en el área.

Los aullidos y rugidos de bestias desconocidas no permitieron que nadie durmiera. Los drones que constantemente volaban en todas direcciones siguiendo los ruidos no ayudaban a calmar a nadie. «Algo debe estar cerca», pensaban al ver a las esféricas máquinas moviéndose por todo el lugar.

No fue nada fácil. El sobresalto de alguno, al descubrir enormes insectos caminando sobre su cuerpo, no permitía que los otros descansaran. Para empeorar las cosas, la noche no sería corta: duraba casi quince horas en ese planeta.

Tuvieron suerte, ningún animal peligroso llegó cerca de su campamento, pero el miedo experimentado en la larga y horrible noche no era algo que quisieran volver a sentir. Apenas se hizo de día, lo primero en sus mentes fue iniciar la búsqueda de un lugar más adecuado para crear un campamento permanente.

Senlar envío a varias personas a buscar frutas y agua; sus reservas estaban por agotarse. Denn por su parte, tomó un grupo de nueve soldados y dos vehículos, y se fue a explorar el lugar en busca de un sitio adecuado para construir su colonia.

Neil Gobi no tuvo más remedio que ayudar. Se le asignó un grupo pequeño, que incluía a C0-UN1 y un vehículo de carga, y se le encargó recolectar materiales para construir un fuerte.

Todas las personas cumplieron con su parte; algunos inventariaron sus recursos y otros levantaron lo que quedaba del campamento temporal

para partir en cuanto Denn volviera.

El tiempo que llevaban en el planeta había sido suficiente como para que conocieran algunas de las especies a las que se enfrentarían. Pudieron ver volando en el cielo una enorme bestia que, dedujeron, era de la misma especie de aquella con la que se habían tropezado al llegar al planeta. Era del tamaño de un avión pequeño, con un pico largo y plumas rojas.

Pero aquel no era el único animal asombroso; había especies gigantes, bestias emplumadas, feroces y agiles. Insectos enormes, y en menor medida, especies parecidas a pequeños mamíferos. El planeta estaba repleto de vida. Para su suerte, después del aparatoso accidente, no habían topado de frente con ningún otro animal peligroso.

Un par de científicos, Wallace y Olyr, que se encontraban entre los sobrevivientes, estaban fascinados. Ya empezaban a analizar las especies vegetales y los enormes insectos con los equipos que aún funcionaban. Senlar no los limitó, al contrario, entendía la importancia de estudiar todo lo que pudieran si es que querían sobrevivir en ese lugar. Así que, desde ese momento, la tarea de esos científicos fue examinar todo lo que se encontraran.

Dani y Qein, junto a otras personas, ayudaron cargando el resto de las cosas que habían quedado en la zona del accidente, a poca distancia del campamento temporal. A pesar de la tragedia que habían vivido, Qein se mantenía optimista. En cada rincón encontraba algo que le parecía fascinante. Miraba las flores y los árboles, y el azul del cielo. Nunca había visto algo similar en persona. Aquello tranquilizaba a Dani, su hermano parecía estar bien.

Pasadas unas seis horas, todo lo que había quedado de los restos de la nave que era de utilidad, había sido recuperado. Además, los treinta cuerpos de sus compañeros fueron sepultados apropiadamente muy cerca, en un pequeño claro. Un lugar hermoso.

Se tomaron un momento para llorar a sus amigos caídos y decir algunas palabras sobre ellos. Con lágrimas algunos y hasta con el silencio los otros, presentaron sus respetos al capitán y a los demás. Habían perdido su vida, pero siempre serían recordados con cariño.

Después de terminar sus labores, se reunieron en espera del grupo de Denn con la esperanza de que trajeran buenas noticias. Era un buen momento para recargar fuerzas. Habían recolectado muchísimas frutas que serían analizadas por Wallace y Olyr antes de que alguien pudiera comerlas.

—¿Qué opinas, Olyr? ¿Tendrán buen sabor? —preguntó Wallace.

Wallace y Olyr eran unos científicos muy jóvenes. Unos niños de unos dieciocho años que se había graduado de la Universidad antes que la mayoría de sus compañeros. Venían de la tierra y se dirigían a otro sistema a iniciar sus labores en un laboratorio científico propiedad de La Unión Galáctica.

Una parada en la estación de salto en el momento en que Denn la secuestró, cambió el rumbo de sus vidas.

Eran un par excéntrico muy divertido y muy optimista. Tal vez de los pocos que le encontraban un lado positivo al haber terminado en aquel lugar, solo por el simple hecho tener la oportunidad de estudiar lo desconocido.

Después de analizar las frutas que habían recolectado determinaron que era seguro comerlas así que, por primera vez en mucho tiempo, los sobrevivientes probarían algo diferente. Se sentaron todos juntos formando un gran círculo y se repartieron la comida que tenían.

Estaban encantados. Los sabores les parecieron deliciosos. La esperanza empezó a volver al grupo. Senlar y C0-UN1 estaban sentados uno al lado del otro. El robot observaba como la gente disfrutaba comiendo, algo que él no podía hacer.

—A veces siento envidia de ustedes —dijo el robot.

Senlar lució confundido. Nunca había escuchado a un robot decir tal cosa.

—¿Envidia?, ¿de qué?

—De las cosas que ustedes pueden hacer. Como alegrarse por tener una comida.

—La única razón por la que estamos alegres es porque significa que no vamos a morir de hambre. Esa es una preocupación que tú nunca tendrás —dijo Senlar, y rio un poco.

—Quisiera reír como tú.

—¿Por qué no lo haces, C0? ¿Acaso no puedes producir un sonido similar al de una risa?

—Sí puedo, pero pienso que tal vez sonaría ridículo.

Dani, Qein, y otros que estaban cerca, rieron. Senlar se sintió aliviado de ver cómo la gente podía pasar un buen momento, incluso en medio de tal

situación. Deseó que Denn estuviera ahí para verlos a todos compartiendo, comiendo y disfrutando de la compañía del otro, casi como si fueran una enorme familia.

Siguieron conversando por un rato más y antes de que pudieran terminar de comer, Denn regresó con los nueve hombres que lo acompañaron. Todos estaban bien.

—Amigo —recibió Senlar a Denn—, te guardamos unas frutas. Tienes que probarlas, están deliciosas.

Denn pudo notar el buen ambiente que había entre los sobrevivientes. Sus caras reflejaban esperanza y eso lo conmovió.

—Eso suena genial —contestó Denn—, pero no debemos perder tiempo. Nos quedaran tal vez unas ocho horas de luz del día. Será mejor que empecemos a movernos. Hemos encontrado un buen lugar para instalarnos.

—Excelentes noticias. Te sentirás complacido, ya tenemos todo listo para el viaje. Antes de irte, quizá quieras visitar al capitán y a los demás. Los enterramos en aquella zona —dijo señalando el lugar.

Denn asintió con tristeza. Fue al sitio junto con los nueve soldados que tampoco habían tenido tiempo de presentar sus respetos, y estuvieron ahí unos minutos, dando las gracias por el esfuerzo puesto por ellos. Cuando terminaron, Denn volvió y se acercó a Senlar.

—Dile a todos que ya podemos irnos, amigo —dijo Denn.

—Bien… ¿Qué tal es el sitio que encontraste?

—Ya lo verás, amigo, es perfecto para un campamento. No está muy lejos de aquí.

—Genial, Denn, realmente lo necesitamos. Ya empezaba a preocuparme cuando no llegaban. ¿Por qué han tardado tanto?

Denn miró a todos lados asegurándose de que solo Senlar lo escuchaba, no quería preocupar a nadie innecesariamente. «Ven», le dijo, y lo llevó lejos de oídos ajenos, intrigando de inmediato a Senlar.

—Hay una razón por la que tardamos tanto. Estábamos investigando, y encontramos algo.

El rostro de Senlar se llenó de inquietud.

—¿Encontraron algo? ¿Qué cosa?

—Una construcción.

—¿Qué dices, Denn?

—Una construcción. Algo hecho por algún ser inteligente.

—Pero… ¿Qué?, ¿cómo es posible?

—Es sencillo, parece que no somos los únicos en este planeta.

Capítulo 6

Asistencia

Aquel día, igual que todas las tardes, Yavar Aflir se sentó frente al balcón a esperar a la niña que siempre le traía, en una bandeja, su té y galletas. Nunca tenía que recordárselo, siempre era puntual, siempre con una sonrisa en su rostro. Su nombre era Abi; ella misma peinaba su hermoso cabello rubio. Le gustaba llevarlo largo. La cinta negra con que lo amarró ese día, hacía juego con su refinado vestido del mimo color. Para Yavar, su mirada penetrante de ojos azules, iluminaba cualquier habitación. La niña era una de sus más preciadas posesiones.

—Aquí está su té, maestro —dijo la niña, y puso la bandeja en una mesita frente a Yavar.

—No deberías llamar maestro a alguien que no respetas, Abi —le dijo, y tomó la taza y sorbido el té.

—Ya sabe que mi admiración por usted es sincera—dijo la niña con una sonrisa que no hacía su comentario muy convincente.

—Ya sé que te burlas de mí, pero no deberías. Deberías admirarme, he dado un gran paso, ¿sabes?

La niña se sentó en el suelo junto a una caja de cartón y un rompecabezas que había estado armando por días.

—Prefiero los rompecabezas de verdad. —Lucía muy contenta. Algo usual en la niña.

—Deberías escuchar lo que digo, Abi. Podrías aprender mucho.

—Siempre escucho lo que dice, maestro —aseguró, y lo miró con su sonrisa pícara en su rostro—. Es un gran hombre, maestro. Definitivamente merece este reconocimiento.

—Sabes, he estado trabajando para la Unión desde hace mucho tiempo. He dado mi vida por ella. Tanto como Voill.

—¿Estaban tristes por el señor Conner?

—Lo estaban. Todos lloraron su muerte. Cuando el Líder Supremo anunciaba la noticia en Plaza Capital, pude ver el horror de las personas, su sufrimiento. No solo en la capital, en todo el planeta… en todos los

planetas. Es realmente trágico lo que pasó. Yo mismo estoy devastado.

—Yo también estoy desolada, es muy triste —dijo la niña sonriente. Seguía tratando de armar el rompecabezas, muy animada—… ¿Ahora usted es el jefe?

—No precisamente, Abi. Soy la mano derecha del Líder Supremo. Justo como Voill antes de su muerte. Tengo mucho poder ahora.

—Espero que no termine como él, maestro. Temo por usted. —A pesar de su comentario, la niña no parecía muy preocupada. Era casi como si no se esforzara por ocultar su desinterés.

—Tranquila, nada va a ocurrirme. Voill tuvo que irse porque estaba perdiendo de vista lo que era importante para la Unión, pero yo no tengo ese problema… Entre lo lamentable hay cosas muy buenas, ya no estaré relegado a un segundo lugar, podré llevar a la Unión a la gloria.

—¿El señor Conner no lo trataba como merecía?

—Me trataba muy bien. Era mi mentor y estoy muy agradecido con él. Es una pena que terminara así, pero al menos ahora todo está más seguro, todos los secretos, lo que pasó con el segundo Líder Supremo… todo… Ahora que Voill no está, estoy más tranquilo.

—¿Cómo están las galletas, maestro? Las horneé yo misma.

—Otra vez no me pones atención.

—¿Cómo están? —preguntó Abi algo golpeado.

—Deliciosas —respondió Yavar a la niña que sonrió complacida—. Eres muy buena conmigo. Debo recompensarte más.

—Eso me gustaría, maestro.

—Por favor no me llames así, Abi. No si no me respetas.

—Entendido, maestro… —La niña levantó sus manos en el aire sonriente—: ¡Terminé! ¡Mire, maestro! ¡Por fin completé el rompecabezas!

—Es admirable, Abi. Ahora definitivamente mereces una recompensa. ¿Qué te gustaría?

La niña se levantó. Con su mano en la barbilla, caminó hasta adonde

estaba sentado Yavar, «¿Qué puede ser? ¿Qué puede ser?», repetía.

—¡Ya sé! —dijo la niña con una enorme sonrisa—. Me gustaría azotar al hombre gracioso. Tal y como lo hace usted, maestro.

—¡Oh! Lo siento, niña, el hombre gracioso murió. No aguantó los azotes.

El rostro de Abi se llenó de tristeza de inmediato. Estaba muy decepcionada.

—Pero yo quería azotarlo, maestro —dijo angustiada.

—No hay nada que hacer, Abi, ya está muerto. Pero no te pongas triste, por favor —dijo conmovido—, si quieres, puedes azotar a otro de los prisioneros.

—¿En serio? ¿No me está engañando, maestro?

—No. Lo prometo.

—¿A cuál?

—Al que quieras… Ahora ve a jugar a tu habitación, ya casi es hora de que el asesino llame.

—Gracias, maestro. —Le dio un beso en la mejilla y se fue dando brincos.

Yavar esperaba la llamada de Dasslak, habían acordado una hora y ya solo faltaban unos minutos para ella. Aprovechó el momento que le quedaba para terminar su té y galletas, y proyectó un reloj en el dispositivo de sus ojos, solo para divertirse comprobando si el asesino llamaba a tiempo o si se atrasaba un poco. Cuando ya solo faltaba un segundo para la hora pactada, fijó su atención, y justo en el instante en que la hora llegó, una notificación de llamada entrante de fuente desconocida se proyectó, causando al instante una sonrisa de satisfacción en el rostro de Yavar.

—Siempre puntual —dijo Yavar al responder la llamada. El sonido de su voz fue recibido por el dispositivo en su muñeca, eliminando el ruido y transmitiendo lo que había dicho a un dispositivo muy pequeño en el oído de Dasslak, todo a través de las redes de la Unión, que enviaban señales en instantes a varios puntos de la galaxia utilizando agujeros de gusano.

—Un gran hombre debe ser puntual —aseguró Dasslak—. No me gusta presumir, pero la puntualidad es uno más de mis tantos talentos.

—Estoy de acuerdo… ¡Hiciste un excelente trabajo! Todos están muy

confundidos. No entienden por qué ese zahavio querría matarlo.

—Tarde o temprano descubrirán que el zahavio no tuvo nada que ver. La única razón por la que lo utilicé fue para pasar desapercibido mientras salía de Danduri… Hablando de eso, te recuerdo que no debes decir mi nombre durante esta llamada.

—La línea es segura —dijo Yavar—, no hay necesidad de que seas tan desconfiado.

—Si quieres ser descuidado ese es tu problema, pero yo tengo mis métodos. Puedes hablar de quien quieras, pero no digas mi nombre.

—Entiendo perfectamente, lo único que trato de decir es que puedes confiar en mí. —Yavar trataba de ganarse al asesino, sabía que podía ser un gran aliado.

—Bromeas, ¿cierto? Probablemente tú eres una de las personas menos confiables y el más desleal en toda la galaxia.

Dasslak no respetaba a las personas como Yavar. Lo había insultado apropósito.

—Eso no debería decirlo la persona que contraté para hacer todas esas cosas que consideras desleales.

—¿Te ha molestado mi comentario? —preguntó Dasslak—. No es personal, simplemente es lo que pienso. No siento respeto por ti.

Yavar no permitía a nadie tratarlo de esa manera y salirse con la suya, contra sus deseos tuvo que aguantarse. Los servicios de Dasslak eran muy valiosos.

—¿Qué dijo Voill? —preguntó Yavar.

—Muchas cosas... Dijo que alguien encontró a El Augur.

—Lo sé. Lo buscamos, pero no tuvimos suerte.

—También habló de Bornew y el secuestro de la estación.

—En un momento seguiremos con eso —lo detuvo Yavar—. Quiero saber si habló de Boryan.

—¿Boryan? Eso fue interesante. Me dijo dónde encontrarlo. No fue difícil.

—Lo presentía —dijo Yavar complacido—. Él era predecible.

—¿Quieres que asesine a este tal Boryan?

—¿Asesinarlo? ¿Qué te dio esa idea?

—El objetivo dijo que querías matarlo porque es una amenaza para la Unión. Dijo que El Augur aconsejo deshacerse de él.

—¡Oh!, entiendo, así que en verdad te lo dijo todo... No voy a matarlo… o al menos es lo que estoy tratando de evitar. Es la razón por la que lo estoy buscando, voy a encargarme de la situación. Si llego a pensar que habrá problemas, yo mismo me desharé de él.

Dasslak sentía curiosidad, todo el asunto le parecía muy extraño. ¿Por qué El Augur diría a Voill que el joven era una amenaza a quien debían asesinar? Definitivamente había algo raro detrás de todo.

—¿Por qué el objetivo me diría la ubicación de Boryan? El hombre iba a morir, no había necesidad de que lo hiciera.

—Cuando supo que estaba a punto de morir, seguramente quiso asegurarse de que su hijo sería asesinado… o cuando menos vigilado. Ya sabes, le dijeron que era una amenaza. Así era él, siempre preocupado por la Unión. Realmente es una lástima que se haya tenido que ir… De todas maneras no importaba mucho si lo decía o no, yo estaba muy cerca de descubrir su ubicación por mi cuenta.

—El tal Denn Bornew, ¿estás interesado en seguir con eso?

—Por supuesto que sí —contestó Yavar—. Estamos haciendo todo lo que podemos para encontrar a Bornew. Si tú estás dispuesto a aceptar el trabajo pagaré tarifa doble.

—Examiné su expediente, no dice mucho. ¿Han conseguido más información?

—No mucha. Es un soldado de Tau Ceti, aunque hay algo extraño, en los archivos oficiales dice que ha sido Sargento desde hace más de un año, pero parece que es mentira. Contactamos con su supuesto escuadrón, pero nadie lo conoce.

—Alguno de sus superiores debe saber algo.

—Algo debió saber.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el asesino extrañado.

—Después del secuestro intentamos comunicarnos con su superior directo, pero estaba extraviado. Lo encontraron muerto unas semanas después. Sospechamos que fue el mismo Bornew quien lo asesinó. No sabemos nada más.

—No hay mucho con que trabajar —dijo Dasslak—. Quizá no pueda hacerse.

—Lo entiendo, la investigación continúa sin avances, pero podemos intentar encontrar a El Augur.

—Parece ser la única forma, aunque podríamos estar persiguiendo a un fantasma.

—Vale la pena investigar. Como dije antes, pienso pagar doble —prometió Yavar.

—Hay que dejar a Bornew de lado y concentrarse en encontrar a El Augur. Quien lo sabe todo, sabrá donde encontrar a tu secuestrador.

—¿Cómo piensas dar con él?

—¿Qué hay del buzón privado? —preguntó el asesino—. ¿Hay algo nuevo?

—No, y deberíamos suponer que no lo habrá. Ha pasado mucho tiempo desde el último mensaje.

—En ese caso lo único que queda por hacer es ir a Autoro y seguir la pista de la chica que, supuestamente, encontró a El Augur. Conozco a alguien que podría ayudarme.

—¿Entonces aceptaras? Si pudieras encontrarlo podría ser de mucha utilidad.

—Lo haré.

—Perfecto, entonces busca a El Augur, después hablaremos de Bornew… Sé que este no es el tipo de trabajo que sueles aceptar, agradezco que lo hagas.

—No estoy interesado en agradecimientos. Deberás pagarme bien.

—Mantendré mi palabra, ya sea que lo encuentres o no, pagaré doble tarifa por la investigación que hagas en Autoro. Incluso si no descubres nada hay oportunidades de que nosotros lo hagamos. Después de lo de Bornew se han iniciado las preparaciones para formar una agencia

especial que se dedicará a este tipo de cosas. Los mejores investigadores de La Unión trabajarán en el caso. Te mantendré informado.

—¿Hay algo más? —preguntó el asesino deseoso de terminar la llamada.

—Solo una última cosa —apuntó Yavar—. Como sabes, hemos cubierto la historia real, pero pronto anunciaremos la verdad acerca de la estación. No nos queda más opción que decir que fue un secuestro, es la única forma de garantizar una búsqueda exhaustiva, pero nadie puede saber acerca del robot o de algún otro detalle, así que se discreto.

—Siempre lo soy.

Dasslak terminó la llamada e inmediatamente se dispuso a iniciar con su nueva tarea. Había pasado un tiempo desde la última vez que estuvo en cualquier parte de Autoro y ahora era tiempo de volver a aquel salvaje lugar. De las zonas habitadas conocidas que no formaban parte de La Unión Galáctica, Autoro era la segunda en tamaño. Se trataba de un lugar enorme, compuesto por una gran cantidad de sistemas planetarios. Piratas, alienígenas hostiles; robos y constantes luchas, eran la norma en Autoro. No se trataba precisamente de un lugar que Dasslak tuviera en alta estima, pero tendría que volver allí, si es que quería encontrar a El Augur.

Después de analizarlo supo a quién acudir de inmediato. Entraría a Autoro por un lugar muy peligroso. Entre la información que le proporcionaron, Dasslak había reconocido el nombre del capitán de la estación S4-07, así que puso rumbo hacia el hogar de la banda de piratas más peligrosa de la galaxia, los Afkbar, la familia del capitán Val.

Le tomó un par de días. En su viaje hizo varias paradas en algunos sistemas para abastecerse, hasta que por fin llegó a uno de los últimos sistemas de la Unión, en La Franja C, una línea de sistemas que separaba a la Unión, de Autoro. Siendo el espacio un lugar tan grande, muchos sistemas formaban la última línea limitante con Autoro. Esos sistemas eran la primera defensa contra piratas y forajidos y constantemente batallaban para alejar ladrones e intrusos.

Las tabernas estaban llenas de las especies más curiosas de la galaxia. Gente que comerciaba con sistemas de Autoro, mercenarios y delincuentes. Al llegar a esos sistemas se terminaban las estaciones de salto controladas por la Unión y se advertía a todas las naves que ingresaban en ellos, que se encontraban cerca de los límites de la ley. Desde aquel punto las naves debían hacer largos viajes para poder llegar a algún lugar habitado.

Como su nave era de última generación, Dasslak viajó a velocidades impresionantes, y después de cinco días desde su salida del último

sistema de La Franja C, por fin llegó a una estación de salto en Autoro. Una de las tantas estaciones controladas por la familia Afkbar.

Era enorme, más grande que las estaciones que circulaban normalmente dentro de la Unión. Miles de personas se hospedaban en aquel lugar, era el único punto de abastecimiento por varios pársecs.

Conforme Dasslak avanzaba hacia la estación, reducía la velocidad de su nave, no quería que lo confundieran con un enemigo. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, un operador de la estación se puso en contacto con él:

—Nave A103-B7A16, se está acercando a una estación en control de la familia Afkbar. Si desea continuar, se le solicita un pago por permiso de tránsito. El monto es de diez mil créditos de la Unión o su equivalente en la moneda más popular de Autoro, cinco millones de Okanes. Ningún otro método de pago es aceptado en este lugar. Si no paga la tarifa nuestras naves procederán a derribarlo.

Dasslak tecleó unos comandos en la computadora de su nave y el pago se acreditó, permitiéndole transitar libremente por el área.

—Gracias por su cooperación —se escuchó la voz del operador por el comunicador—. ¿Desea hospedarse en la estación?

—Nada de eso —respondió Dasslak—. Estoy intentando viajar a Reta, al planeta Afkbar. Debo hablar con Shar. Necesito que autoricen mi tránsito hasta ese lugar.

El operador enmudeció por un momento.

—¡Identifíquese inmediatamente!

—Soy Dasslak, el asesino a sueldo.

Lo que dijo era suficiente, su nombre era muy conocido. Especialmente en Autoro, así como en toda la galaxia.

—Vaya, vaya, pero si es el mismísimo Ejecutor. ¿Qué hace una leyenda como tú en este olvidado lugar? —preguntó el hombre en tono burlón.

—Ya lo he dicho, necesito viajar a Reta. Necesito hablar con el Pirata Rojo.

—¿Así que el famoso asesino quiere hablar con el líder de los piratas más poderosa de la galaxia? ¿Acaso bromeas? ¿Por qué iba yo a permitir que

viajaras al planeta de los jefes?

—¿Por qué no ibas a hacerlo?

—Eres una persona muy peligrosa. Tal vez alguien te pagó para que mataras al capitán. ¿Por qué tengo que dejarte pasar? Lo que debería hacer, es enviar a alguien a destruir tu nave.

—¿Terminaste? —preguntó tranquilamente Dasslak—. No tengo tiempo como para perderlo contigo. Llama a quien tengas que llamar y consígueme ese permiso ahora. Aquí espero.

El operador dudó por unos segundos. No muchos tenían permitido viajar al Sistema Reta. Consultó con algunas personas y les explicó la situación. Después de unos minutos volvió a comunicarse con Dasslak.

—Tienes permiso —dijo el hombre algo irritado.

—Eso pensé.

—Sin embargo —siguió el operador—, esta estación no dirige directamente hacia el Sistema Reta, estamos muy lejos. Tendríamos que abrir otro agujero de gusano para que puedas ir a una estación que te dirija hasta allá. Si quieres hacerlo deberás pagar la energía extra que utilicemos. Son veinte mil créditos.

—No hay problema.

Dasslak hizo el pago y el proceso inició. La estación de saltó detuvo sus sistemas y el agujero de gusano que mantenía abierto se cerró. Se movió a la dirección indicada y abrió un nuevo agujero de gusano. Después de tener todo listo, autorizaron a Dasslak a atravesarlo.

El asesino procedió hacia el portal, y un instante después su nave salió del otro lado. Había llegado a una zona aún más vigilada, repleta de naves espaciales de batalla de todos los tamaños y varias estaciones de salto dispersas por el lugar. Se le pidió que ingresara su nave en el hangar de una de ellas y sin renegar aterrizó en el sitio indicado; cuando se lo solicitaron, entregó todas sus armas.

—Sígame, señor —le dijo uno de los hombres que lo recibió. De inmediato lo escoltó a otra nave que lo llevaría a Reta.

Dasslak abordó la nave que salió del hangar hasta un nuevo agujero de gusano, abierto por la estación, y rápidamente lo atravesó. Un momento después ya estaba en Reta, preparándose para ingresar a la atmosfera del planeta Afkbar, nombrado así desde que la familia lo había tomado como

suyo.

Era un planeta rocoso con climas muy diversos en sus diferentes ambientes. Grandes zonas desérticas, espesas selvas y extensos glaciares. Un planeta muy valioso en un lugar como Autoro.

La ciudad principal, aunque no tan grande como las otras de la galaxia, era todo un lujo. Se había erigido en la zona ecuatorial del planeta, donde la temperatura era bastante agradable la mayor parte del tiempo. Las edificaciones no tenían nada que envidiar a las ciudades más esplendorosas de la Unión. En aquel exclusivo lugar vivían algunos de los hombres más peligrosos de Autoro, personas que trabajaban para los Afkbar. No cualquiera podía entrar allí, era la capital de una de las potencias de la zona.

La nave que transportaba a Dasslak entró a la ciudad principal y aterrizó en un espacio dedicado para las naves dentro de la vivienda de los Afkbar, un palacio enorme donde cuatro piratas armados y Shar Afkbar esperaban por el asesino.

—¿Es ese el Ejecutor? —preguntó uno de los piratas a otro, justo en el momento en el que Dasslak salía de la nave.

—¡Silencio! —dijo molesto Shar Afkbar a sus hombres.

Dasslak caminó hasta el Pirata Rojo, acompañado por uno de los hombres que lo habían escoltado desde la estación.

—Aquí está Dasslak, capitán Shar —dijo el pirata.

Shar era un hombre alto y fornido, su cara era muy parecida a la de su hermano Val. La edad ya empezaba a notársele, pero no por eso se veía menos imponente, al contrario, su aspecto se volvía más intimidante con los años. Había ganado mil batallas y presenciado indescriptibles horrores. Quizá, uno de los pocos hombres en la galaxia capaz de presumir más experiencia que el legendario asesino.

—Dasslak… —dijo Shar con semblante amenazante—. ¿Qué razón puedes tener para estar aquí?

Los piratas lucían temerosos; Dasslak en cambio parecía muy tranquilo. Ni siquiera el líder de una de las bandas criminales más poderosas parecía intimidarlo.

—Gracias por recibirme, señor Shar.

—Te hice una pregunta, ¿qué haces aquí, Dasslak?

—Veo que no ha cambiado mucho, señor —dijo Dasslak causando más preocupación entre los presentes.

—Será mejor que empieces a hablar.

—Estoy buscando a alguien. Una chica. No tengo mucha información sobre ella, así que necesito que la localice por mí.

—¿Así que ahora trabajo para ti? ¿Escucharon muchachos?, parece que este hombre es nuestro nuevo capitán.

Los piratas se alarmaron, su jefe no era una persona conocida por su pasividad, y el Ejecutor lo había ofendido. Dasslak, sin embargo, no se mostró preocupado en absoluto.

—No es para tanto, señor Shar. Solo necesito un favor. ¿Va a ayudarme o no? —preguntó Dasslak.

La mirada de uno de los piratas lo dijo todo. Nunca habían imaginado que alguien fuera capaz de hablar con tal insolencia a su capitán pirata.

—¿Qué has dicho? —dijo el Pirata Rojo, y amenazante acercó su cara contra la del asesino.

Dasslak se echó para atrás para alejarse de Shar y continuó:

—Creo que ya me escuchó, señor Shar, le he pedido un favor.

—¿Quién diablos crees que eres, niño? Tengo tres años de no saber nada de ti… Exiges verme y te abro las puertas de mi casa, solo para que me insultes en mi cara. ¿Acaso estás tan ansioso de morir?

Dasslak, en contraste con los demás, se veía muy sereno. El asesino miró a todos y por fin notó el ambiente de nerviosismo que había provocado. Raramente se daba cuenta.

—¿Por qué están todos tan nerviosos? —preguntó a los piratas. Una vena en la frente de Shar a punto de estallar reveló que solo había logrado alterarlo aún más.

—Entonces sí quieres morir —dijo Shar.

—No he querido ofenderlo, señor Shar, sabe que siempre me pasa lo mismo... Ahora, por favor, déjese de rodeos… ¿va a ayudarme o no?

El Pirata Rojo soltó una carcajada enorme, no podía creer como alguien pudiera tener tanto valor, seguramente por eso era un hombre tan reconocido. Los piratas en cambio solo se asustaron más.

—¿Puedes creer a este tipo? —preguntó Shar dirigiéndose a uno de sus hombres—. Está loco. —Dasslak seguía tranquilo, no buscaba ofender a Shar, simplemente se había acostumbrado a tratar a las personas de esa manera—. Te diré algo, como respeto tu valor, voy a dejarte ir con vida. —Hizo una pausa y se dirigió al hombre que lo había escoltado—: Llévalo de vuelta a la estación de donde vino.

—Espere, señor Shar —dijo Dasslak—, no se deshaga de mí todavía. Me conoce bien, sabe que se me da mal lo de la cortesía. Al menos deje que le explique por qué he venido.

Hubo un silenció mientras Shar decidía si escuchar al asesino o no. No pudo esconder su curiosidad, quizá se trataba de algo interesante.

—Tienes un minuto, niño.

—Estoy buscando a una mujer. Dicen que ha encontrado a El Augur. Necesito hablar con ella.

—¿El Augur? —Dasslak había conseguido despertar la curiosidad de Shar. No todos los días alguien aseguraba saber del paradero de aquel misterioso sujeto—. La última vez que alguien vio a El Augur fue en el planeta tierra, hace veinte años… ¿Tienes pruebas?

—No. Solo el testimonio de un hombre muerto.

—¿Un hombre muerto?

—¿Ha sabido de algún agente de La Unión Galáctica capturado por piratas de Autoro que haya salido con vida?

—Estás persiguiendo un sueño, Ejecutor. Pierdes tu tiempo.

—Cuando encuentre a esa chica sabré si he perdido mi tiempo o no.

—El minuto pasó. Nos vemos —dijo Shar dando media vuelta.

—Tiene que ver con la estación de salto… la estación que capitaneaba su hermano Val.

Shar se detuvo ante aquel comentario. Sin darse vuelta preguntó:

—¿Qué con eso?

—Supongo que ya lo sabe, la Unión dijo que la estación se había extraviado. Pero no es verdad. Lo que realmente ocurrió es que un tipo la secuestró. Después de todo este tiempo nadie tiene una idea de en dónde puede estar. El Augur es la única forma de encontrarla.

Shar se volteó hacia el asesino totalmente sorprendido. En efecto había escuchado sobre el extravío de su hermano. Jamás imaginó que se trataba de algo más. Dudó por un momento y por fin habló:

—¿Un secuestro? No lo creo. Tus fuentes se equivocan.

—Mi fuente es la Unión, señor Shar. Pronto se hará público.

—¿Ahora trabajas para la Unión? —preguntó el Pirata Rojo con repudio.

—Por supuesto que no. Alguien me contrató para encontrar a la persona detrás del secuestro. Es solo un trabajo más, y la única manera de encontrarlo es con ayuda de El Augur.

Shar no estaba convencido, definitivamente no parecía el tipo de trabajo que Dasslak solía aceptar.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Trabajando.

—Esto no es acerca de la estación de mi hermano o de quien la secuestró. Es acerca de El Augur… Todavía buscas a Galo, ¿cierto?

El rostro de Dasslak se volvió en una mueca de irritación; la afirmación de Shar lo había incomodado bastante. El asesino no era el tipo de persona que compartía sus asuntos personales.

—Después de tanto tiempo alguien ha visto a El Augur. Esta podría ser mi única oportunidad de encontrarlo. Estoy buscando al tipo que secuestró la estación y esta es la única forma de hacerlo, si obtengo algo más en el proceso, pues mejor para mí.

—Te conozco bien, lo único que quieres es que El Augur te diga dónde encontrar a Galo.

—Se me pidió encontrar a El Augur para conseguir información del tipo que secuestró la estación, y es lo que intento hacer. Eso es todo. No me interesa discutir con usted, ni convencerlo de nada. Pensé que me ayudaría porque la vida de su hermano está en juego, pero si me he

equivocado entonces no tengo nada más que hacer aquí.

—¿Así es como pides un favor? Tan solo eres un maldito niño.

—No soy un niño, señor Shar, tengo ochenta y nueve años.

—A veces lo olvido. Te ves joven —dijo Shar ahora más tranquilo—. A decir verdad, creo casi cualquiera persona aparentaría ser un niño desde mi perspectiva, eso es lo que sucede cuando se ha vivido durante tanto tiempo. No ayuda que tu generación… que su ADN sea más avanzado que el mío… Yo ya estoy viejo.

—¿Qué edad tiene usted, señor?

—Doscientos ochenta años… Un veterano. Con suerte, me quedaran unos buenos cien años más de vida, pero no muchos más. Los humanos de tu generación seguro tendrán que vivir quinientos años antes de que su rostro se vea tan viejo como el mío.

—Si eso le preocupa, puede rejuvenecer sus células.

—No. Creo que ya le hice más trampa a la vida de la que debía. Antes, la mayoría de la gente moría a los cien años, tal vez un poco después de eso. Yo ya he vivido más de la cuenta. Podría decirse que la tecnología nos ha vuelto monstruos.

—Es parte del avance, señor. Yo no estaría aquí sin tecnología.

—Es cierto… En algún lado lo escuché. Tus piernas fueron reconstruidas… ¿Robóticas?

—No. Orgánicas.

—Yo no creo que pueda volver a engañar al destino. Aceptaré lo que venga.

—¿Así que va a conformarse con esos cien años que piensa que le quedan?

—Tal vez no. —El Pirata Rojo soltó un carcajada—. La vida es buena. Vine con mi familia a este lugar hace doscientos años y formamos un imperio. No podría renunciar a él.

—¿Qué hay de su hermano? ¿Va a renunciar a él?

Shar se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo desde que su estación se extravió… Mi hermano ya debe estar muerto… —Shar volvió a ponerse serio. Habían tomado caminos diferentes, y no lo veía desde hacía mucho tiempo, pero la preocupación por su hermano era evidente—. Pobre Val, sirvió a la Unión toda su vida. Fue un tonto, terminó siendo un simple capitán de estación. Él debió venir conmigo. Sería un capitán de los piratas más temidos de la galaxia.

—Aún puede estar vivo, ayúdeme a encontrarlo.

Shar sabía que a Dasslak no le importaba encontrar a su hermano. Dudaba incluso que intentara cumplir su trabajo, a pesar de que siempre había sido tan dedicado a él.

—No actúes como si te importara encontrar la estación de mi hermano, me ofende. Solo hay una persona en la estación que te importa, tu objetivo. Y de eso tampoco estoy muy seguro. Creo que lo único que deseas es encontrar a El Augur.

—Primero tengo que encontrar a esa chica que dijo haber encontrado a El Augur.

—¿Una chica, eh? ¿Y qué es lo que sabes de esa chica?

—Su nombre… Y que se encuentra en alguna parte de Autoro.

—¿Solo eso? —dijo, y rompió en risas, le pareció ridícula la información que Dasslak poseía—. Definitivamente no podrás encontrarla, no sin mi ayuda. Eso debe estar matándote. —Shar había dado en el clavo, Dasslak odiaba tener que pedir un favor, pero esta vez no había tenido otra opción—. El legendario asesino a sueldo, tiene que pedir ayuda para cumplir su trabajo.

—No vine a aquí a entretenerlo, señor Shar. ¿Va a ayudarme o no?

—Que fastidioso… —refunfuño Shar—. No me dejas opción, niño… Supongo que tendré que ayudarte.

Capítulo 7

Hogar

Senlar miró incrédulo a Denn, pensó que seguramente estaba bromeando.

—¿Qué quieres decir, Denn? —preguntó Senlar.

—Lo que oyes. Encontramos una construcción… un refugio.

Senlar estaba totalmente confundido.

—Espera, espera… ¿qué?

—Sé que es difícil de creer —le dijo Denn—. Cuando terminemos de levantar el campamento permanente te enseñaré.

—Pero es que no entiendo, Denn, como puede haber un refugio si las pruebas indicaron que aquí no había señal de civilización alguna.

—Pues yo no estaría tan seguro de eso, eso sí el refugio estaba abandonado, todos los equipos ahí están inservibles. Imagino que esa es la razón por la que la sonda que enviamos no captó ninguna señal. Puede ser que los dueños ya se hayan ido del planeta, o puede que no. Si hay alguien aquí, podría ayudarnos a sobrevivir, o podría atacarnos. Ya veremos.

—Será mejor que mantengamos esto en secreto por el momento, Denn.

—Ya lo sé, ya se lo dije a los hombres que iban conmigo. Antes de contarle a todos debemos investigar más. No queremos preocuparlos más de lo que ya están… Ahora, será mejor que nos apuremos.

Una vez terminaron su plática, agruparon a todas las personas y los prepararon para el viaje. Antes de partir, Senlar se dirigió a todos los que habían sido oficiales de seguridad de la estación. Les explicó una vez más que la seguridad de todas las personas ahora dependía de ellos y que a partir de aquel momento todos eran soldados con la misión de proteger a los suyos.

Denn también tenía algo que decirles. Les agradeció por haber actuado tan calmadamente, a pesar de todo lo que habían vivido. Les dijo que ahora eran una familia y que todos debían cuidar el uno del otro. Les prometió llevarlos a un lugar mejor, donde podrían construir un

campamento permanente, una fortaleza que los protegiera, y les pidió tener cuidado y paciencia durante el viaje.

—Tengo miedo —dijo Qein mientras se abrazaba a C0-UN1.

—No te preocupes, Qein, yo voy a protegerte… Tienes lentes y un brazalete, ¿cierto?

—Sí, mira —dijo el niño enseñando el dispositivo en su muñeca—. Dani me lo obsequió.

—Bien. Denn me enseñó un truco. Puedo programar un localizador en tus ojos —dijo el robot, refiriéndose al avanzado dispositivo—, así siempre sabrás donde estoy. Si alguna vez tienes miedo, solo debes buscarme y yo te protegeré.

—¿En serio? —dijo el niño muy emocionado—. ¡Gracias!

Por fin partieron en busca de un nuevo hogar. La mayoría tendría que ir caminando, los vehículos llevaban las máquinas y objetos que habían sobrevivido al accidente y a los heridos que necesitaban descansar.

Atravesaron el bosque fácilmente. Los enormes vehículos quitaban los obstáculos del camino para que pudieran transitar con facilidad. Durante el viaje las personas pudieron entender mejor a que se enfrentarían. Se cruzaron con todo tipo de criaturas, pequeños reptiles y algunos insectos, afortunadamente ninguno fue de mayor peligro. Con forme iban dejando el bosque atrás, la visibilidad del panorama crecía. El espectáculo de enormes bestias, a lo lejos, comiendo hojas de los árboles, asustó bastante a los sobrevivientes; no eran muchos los que había visto algo semejante en su vida. «Son inofensivos», aseguró Denn intentando tranquilizarlos. Ya los había visto en su viaje anterior y resultaba que eran animales muy tranquilos que ni siquiera parecían notar su presencia.

Cuando atravesaron la última fila de árboles, el panorama les fue revelado por completo. Ahora, desde una gran pradera llena de flores, las bellezas del planeta se postraban frente a sus ojos. Era una zona elevada, un lugar privilegiado de donde se podía apreciar el esplendoroso espectáculo. Cascadas lejanas, caían de altas montañas rocosas; curiosas especies animales corrían por extensos pastizales; grandes bestias aladas surcaban imponentes los cielos, frente a la mirada de asombro de las personas.

Se detuvieron un instante para contemplar aquel increíble paisaje. Los que habían estado asustados ahora estaban maravillados. Era un mundo asombroso que les significaba todo tipo de oportunidades. Denn les señaló el lugar al que se dirigían, era una zona enorme y llana. Por un lado, estaba rodeado por árboles enormes que ayudarían a protegerlos de los grandes animales. Del otro lado, un caudaloso y enorme río los proveería

de agua y quizá peces u otras especies comestibles. Definitivamente parecía un buen sitio para construir un campamento.

«Lo ven, esos gigantescos animales no entran a ese bosque de grades árboles. Estaremos protegidos ahí», le dijo Denn. Tenía razón, las enormes bestias no se adentraban en el bosque, aunque tendrían que construir murallas para protegerse de las más pequeñas.

El trayecto no fue especialmente tranquilo. Algunas bestias quisieron atacarlos un par de veces, pero los soldados cumplieron bien su trabajo, ahuyentándolas con sus armas, que probaron ser efectivas.

Después de una larga caminata llegaron frente al bosque de grandes árboles, no tuvieron que internarse mucho en el lugar para comprender por qué los grandes animales no entraban ahí. Los árboles eran tan gruesos y firmes que no sería nada fácil tumbarlos, además el lugar entre cada uno de ellos apenas era suficiente para que los vehículos pudieran pasar, e incluso, en algunas ocasiones, se vieron en la necesidad de retroceder en busca de un lugar menos estrecho por el cual los vehículos pudieran transitar.

Aquel bosque acogía muchas cosas de las que tendrían que cuidarse. Varios animales, similares al lobo con el que Denn se había encontrado antes, además de grandes felinos parecidos a los leopardos de la Tierra. El lugar era un paraíso para una infinidad de especies. No pudieron resistirse a cazar algunas de las más indefensas. Una especie de armadillo, y algo similar a un avestruz. Wallace y Olyr los analizarían después para descubrir si su carne era apta para comer.

Cuando por fin salieron del denso bosque, encontraron un claro junto a un río. Era el lugar elegido por Denn, lo suficientemente amplio como para construir un pequeño pueblo. «¡Llegamos!», dijo Denn sonriente. La alegría y el optimismo se apoderaron de todos, el lugar parecía bastante adecuado. Wallace fue el primero en apresurarse al río. Tomó una prueba del agua y resultó ser potable. «¡Podemos Beber!», anunció. Todos se acercaron alegres, el agua que traían se había agotado y ya estaban sedientos. Entraron en el río celebrando por el preciado líquido.

—¿Qué te parece, amigo? —preguntó Denn a Senlar.

—Es perfecto, Denn. Vamos a estar bien aquí.

No perdieron ni un segundo, había que aprovechar lo que quedaba del día. Las obras no tardaron en comenzar. C0-UN1 ayudó bastante. Utilizaron algunas piezas de metal, hechas de material minado de asteroides que traían de la estación, para construir pilares y soportes para una muralla que protegería su fortaleza, y la revistieron con los materiales más fuertes que tenían, erigiendo fuertes paredes. Cuando terminaron de construir la

primera capa de la muralla ya era de noche, reforzarla tendría que esperar al siguiente día, pero estaban satisfechos, habían avanzado muchísimo.

Una vez más los drones vigilarían el perímetro junto a algunos soldados que se instalaron en algunas torres improvisadas a lo largo del perímetro. Esa noche no sería tan mala como la anterior. A pesar de que escucharon los mismos aullidos y rugidos, ahora se sentían protegidos y esperanzados. Se sentaron alrededor de una fogata e hicieron una buena cena de todo lo que habían recolectado. Compartieron algunas risas y dieron gracias por encontrarse a salvo y con alimento.

Neil no quiso acercarse, se encontraba lejos de los demás, frente al río, mirando la pequeña luna del planeta. Gor se acercó a él con un plato de comida, que tomó sin agradecer y se sentó pensativo en una roca a comer en silencio.

Después de comer, prepararon las tiendas y se fueron a dormir.

La noche pasó, y con el día, iniciaron las labores. Cortaron algunos árboles más para reforzar toda la muralla que ya empezaba a verse imponente, protegiendo toda la zona en la que vivirían. Construyeron un pasillo a lo largo de las altas murallas, para que los soldados pudieran transitar sobre ellas, protegiendo el fuerte, y una vez terminadas las paredes, comenzaron a construir la primera cabaña para las personas. Los resultados fueron sorprendentes. La fortaleza empezaba a verse como un pequeño pueblo.

Ese día nadie salió del fuerte a buscar comida. Enviaron a algunas personas al río a pescar con grandes resultados. Además, dentro del fuerte había algunos arbustos con frutas deliciosas.

De la estación traían una gran variedad de semillas. Senlar asignó a algunas personas, incluida Dani, la tarea de construir un huerto, en donde cosecharían legumbres, tubérculos, hortalizas y frutas.

El día había sido muy productivo, habían conseguido avanzar bastante con su nuevo hogar. Todos se sentían satisfechos y orgullosos de su trabajo. A la mañana siguiente, Senlar asignó tareas a las personas, y buscó a Denn para que lo llevara al lugar del que le había hablado. Decidió confiar en Neil y lo dejó a cargo del lugar, a pesar de las protestas de Bornew. Tomaron el mismo equipo de soldados que Denn había llevado antes y se marcharon con el pretexto de salir por alimentos.

Fue un viaje algo largo. Iban en dos vehículos bien armados, preparados para cualquier peligro. Después de una hora arribaron al misterioso sitio en un punto elevado con gran visibilidad. Era una torre alta con una escalerilla. Fue obvio para ellos que el lugar alguna vez sirvió como puesto

de vigilancia.

—¡No puede ser! —dijo Senlar que había permanecido escéptico hasta ese momento.

—Te lo dije —dijo Denn con cara de preocupación.

Sin demora subieron por la escalerilla. Aquella edificación se encontraba claramente abandonada desde hacía años. «Al menos cincuenta», apuntó Senlar. La verdad es que aquel puesto tenía muchísimo más tiempo de no ser visitado, pero su buena construcción lo había protegido de la naturaleza por una larga época. Ahora ya empezaba a desintegrarse, había plantas creciendo dentro, y la humedad alcanzó hasta el último rincón. No había mucho que ver, todos los equipos ahí no servían para nada, e intentar repararlos hubiera sido inútil.

—¿Cómo es posible que esto esté aquí, Denn? —preguntó atónito Senlar.

—Me hago la misma pregunta… Busca si hay algo que nos dé un indicio. La primera vez que vinimos no tuvimos tiempo de revisar nada… A decir verdad, nos dio algo de miedo y decidimos irnos —dijo y soltó una risa nerviosa.

—Efectivamente, siento escalofríos. Quien sabe qué cosa pudo construir esto.

Todos escudriñaron cada esquina del lugar buscando algo que les pudiera dar respuestas. No había nada importante, y si alguna vez lo hubo, ya se lo habían llevado. Sin embargo, guardado dentro de una caja, en la gaveta de un pequeño mueble, había un cuaderno. Era un diario, escrito en inglés, el idioma oficial de La Unión Galáctica.

—¿Qué pasa aquí? ¿En qué lugar estamos? —preguntó atónito Denn.

Todos estaban boquiabiertos. Una ojeada rápida al texto no reveló mucho. Se trataba de las memorias de alguien que escribió por mucho tiempo sus tareas cotidianas. Decidieron que no encontrarían nada más en el lugar. Era peligroso quedarse ahí y lo mejor era volver al campamento a trabajar para reforzar y terminar su construcción.

—Voy a leerlo todo —dijo Denn—. Definitivamente habrá algún indicio que nos diga a quién perteneció esto.

Todos abordaron los vehículos y partieron del lugar. Denn empezó a leer el diario en el camino, intentando encontrar alguna explicación.

En la fortaleza el progreso era notable. La segunda cabaña ya estaba terminada, y la construcción de la tercera ya estaba avanzada. El huerto

estaba listo y ya se habían sembrado las primeras semillas. Las personas que habían resultado más heridas estaban completamente recuperadas, trabajando en su nuevo hogar. La pesca había sido abundante y ahora tenían gran cantidad de reservas de alimento.

Wallace y Olyr trabajaban en la construcción de un sistema de refrigeración para preservar los alimentos. Contaban con las herramientas necesarias para su creación. Además, traían consigo un pequeño reactor de fusión que les daría mucha más energía de la que podrían utilizar. Solo necesitarían conectarlo a un convertidor para poder abastecer a su pequeño pueblo de energía y tan pronto como todo estuviera listo iluminar su fortaleza.

El día había sido tan productivo como el anterior, y muchas personas ya estaban acomodas en sus propias cabañas. Denn había terminado de leer el diario y tenía respuestas para Senlar. Sin demorarse se acercó hasta él, listo para compartir sus hallazgos.

—¿Descubriste algo?

—Por eso he venido, Senlar. He terminado de leer el diario y ya sé a quién pertenecía… Quizá no me creas.

—¿Por qué? ¿A quién pertenecía?

—Pertenecía a uno de los Colonizador.

Senlar estaba sorprendió. Todo el mundo había escuchado de los Colonizador. Se trataba de aquellos míticos robots que se habían rebelado contra los humanos en el año 2185.

En 2182, contra los deseos de su creador, aquellos peculiares robots fueron enviados a Venus para trabajar en la terraformación del planeta. Por un tiempo no hubo ningún problema, pero algunos empezaron a sentir que eran tratados como esclavos. Un día, uno de ellos, decidió que era suficiente y empezó a convencer a otros de rebelarse. Tomó rehenes humanos, que también trabajaban en Venus, y comunicó sus demandas a La Unión Galáctica. Aquel robot se había convertido en el líder de todos los Colonizador.

La Unión, fundada poco más de veinte años atrás, se rehusó a negociar. Envió tropas a Venus para intentar liberar a las más de mil personas que los robots mantenían prisioneras en el campamento que habían construido dentro de una enorme caverna en Venus, pero los robots resistieron los ataques.

Los Colonizador tenían una gran ventaja, la Unión intentó rescatar a los rehenes sin dañarlos, pero no lo lograron; solo consiguieron enfurecer al

líder de los robots, quien amenazó con asesinar a la mitad de los rehenes si volvían a intentar algo parecido. La Unión no tuvo más remedio que retroceder, ya habían cometido suficientes errores.

Durante casi tres años de fallidas negociaciones, los Colonizador mantuvieron su posición; hasta que en 2188, presionada por la opinión pública, la Unión no tuvo más remedio que cumplir con las demandas de los robots.

El líder de los Colonizador pedía los mismos derechos que tenían los humanos. No quería que su gente fuera obligada a cumplir las tareas que les eran impuestas, pero sabía que nunca iban obtener el trato que pedía. Debían irse lejos del alcance de los humanos.

Exigió una nave con sistema de salto para poder viajar con su pueblo a otro planeta e independizarse. Como acto de buena fe, dejaría libres a la mitad de los rehenes justo en el momento en que les llevaran su nave, y el resto, una vez estuvieran a punto de irse del Sistema Solar.

Cuando la nave llegó a Venus, los robots cumplieron su palabra; dejaron ir a la mitad de los rehenes y se apoderaron de ella. Astuto como era su líder, se tomó el tiempo para revisar todos los mecanismos de la misma, confirmando sus sospechas; la Unión había inutilizado los sistemas de salto. Solo intentaban engañarlos.

Los Colonizador repararon todos los sistemas sin que la Unión se percatara que sabían del engaño. Dejaron libres a una gran cantidad de rehenes, quedándose tan solo con cien de ellos, acordando con la Unión dejarlos ir cuando estuvieron en el espacio en una nave de evacuación, justo antes de abrir el agujero de gusano que los llevaría a su libertad.

La Unión accedió; pensaron que todo marchaba tal y como lo planearon. La nave partiría de Venus, los robots liberarían a los rehenes, y cuando intentaran abrir un agujero de gusano sin éxito, los destruirían.

A pesar de que el líder de los robots deseaba castigar a la Unión por haber intentado engañarlos desistió, convencido por algunos de sus más allegados. Habían reparado los sistemas y podrían irse. No era inteligente iniciar una batalla innecesaria. Incluso planeaba dejar a los rehenes, sin daño alguno, tal y como lo prometió al principio. Cuando se fueran del Sistema Solar, dejarían atrás su antigua vida. Lamentablemente no contaron con que uno de los rehenes, a quien habían liberado antes de partir de Venus, sabía que habían reparado los sistemas de salto. El rehén contó todo a la Unión y los planes cambiaron.

De ninguna manera La Unión Galáctica iba a permitirles irse. Iban a atacarlos antes de que salieran de Venus. La mayoría de las personas ya estaban a salvo, y aunque aún quedaban rehenes, estaban dispuestos a

sacrificarlos con tal de destruir a los rebeldes robots.

El sorpresivo ataque inició justo cuando los robots se preparaban para partir. Fue una batalla brutal. Muchos soldados galácticos murieron y varios robots fueron destruidos. La ira del líder de los Colonizador creció. Había nacido un monstruo. Justo cuando parecía que los robots estaban por caer, un golpe de suerte los ayudó a escapar a través de un agujero de gusano, rumbo a un lugar desconocido.

La Unión Galáctica cayó en vergüenza. Los Colonizador habían escapado llevándose a los rehenes consigo, muchos soldados galácticos murieron, y Venus había recibido un gran daño. La opinión pública condenó lo sucedido.

Por órdenes de la Unión, nunca más se fabricaron máquinas similares. Eran tan parecidas a los humanos que quisieron ser libres. Desde ese momento, todos los robots que se fabricaron, no fueron más que máquinas obedientes, sin pensamientos complejos sobre temas como la vida o la libertad.

—¿Qué? ¿Colonizador dices? ¿Hablas en serio, Denn?

—Sí, por extraño que parezca. Les sucedió algo similar a nosotros y terminaron en este planeta también.

El asombro en Senlar no se hizo esperar.

—Eso es imposible… ¿Estás seguro?

—Sé que es difícil de creer, pero el diario lo dice claramente, estuvieron aquí un tiempo y después se fueron.

—Esto es ridículo —dijo atónito—. ¿Dónde estamos, Denn?

—No lo sé, amigo. Ellos tampoco parecían saberlo. Simplemente llegaron aquí después de un fallo en su sistema de salto, justo como nosotros.

Senlar estuvo unos segundos intentando comprender lo que acababa de escuchar, pero decidió no darle muchas vueltas, debía tratarse de una extraordinaria casualidad.

—¿Por qué se fueron? ¿Hay algo malo con este lugar? —preguntó preocupado.

—Estuvieron aquí el tiempo suficiente como para reparar el sistema de salto de su nave, y luego se marcharon, temiendo que los encontraran. Además, en algunas partes del diario su dueño habla del deseo de los

Colonizador por partir en busca de solidio.

—¿Solidio? Los Colonizador están hechos de solidio, ¿cierto? —preguntó extrañado Senlar.

—Algunos, no todos.

—¿Será que lo necesitaban para repararse a sí mismos?

—Buscan solidio para crear más como ellos —dijo Denn con apariencia bastante más seria—. Esos robots serán un problema.

—¿Por qué lo dices?

—Solo lo sé. Ellos quieren vengarse de los humanos… Sabes, hay algo que he querido contarte… C0-UN1… es un Colonizador.

Una mueca de sorpresa se cruzó por el rostro Senlar; el robot que había estado junto a ellos durante todo aquel tiempo era parte de los mismos robots, famosos por su rebeldía.

—Pero qué dices, Denn, ¿cómo es eso posible? ¿No crees que debiste decir algo antes?

—No te preocupes, Senlar, yo confío en él. Es inofensivo. Él nunca estuvo junto a los rebeldes, de hecho, no había sido activado hasta hace poco.

—¿De dónde salió C0?

—Estaba en la Tierra, yo lo llevaba a ser revisado por órdenes de la Unión cuando quedé atrapado en la estación.

Denn acababa de mentir, pero no tenía otra opción, quería contarle a Senlar de C0-UN1, pero no podía arriesgarse a contar toda la verdad. Después de todo, lo había robado de la Tierra y secuestrado la estación, nadie podía saberlo.

—Eso lo explica todo, Denn… Sabes, el capitán sospechaba de ti, se le hacía raro que estuvieras en la S4-07 con un robot tan extraño. Supongo que ahora todo tiene sentido. Debiste contarnos.

—Lo sé, pero tenía miedo de que se preocuparan… Y después caímos en este planeta…

—No es tan malo, Denn. Es un lugar hermoso.

—Supongo… Se parece un poco a mi planeta natal Nec. ¿De qué planeta

eres originario, Senlar?

—De Marte. Es un lugar como este también. Con árboles y ríos. Tengo muchos años de no estar ahí… lo extraño.

—Hay algo más que debo contarte, Senlar, confío en ti y no quiero esconderlo. Sé que la opinión pública al respecto es mala, pero aun así te lo diré. Nadie, ni mis oficiales superiores lo saben, pero sufrí una convergencia hace algún tiempo.

Senlar permaneció en silencio por un momento ante la mirada impaciente de Denn. El momento se tornó tan extenso que incluso empezó a arrepentirse de haberlo dicho.

—¿Eres una convergencia? —preguntó Senlar con seriedad.

—Lo soy. Espero que esto no cambie nada. Creo que ya me conoces lo suficientemente bien como para saber que soy una buena persona. La gente teme a las convergencias, pero yo no creo que haya razón para eso.

—Estoy de acuerdo… Lo sé de primera mano.

—¿A qué te refieres, Senlar?

—Ya sabes lo que dicen: Las convergencias se atraen. Yo también soy una de ellas.

—¿Bromeas?

—Hablo en serio, Denn, soy una convergencia y aunque no lo creas, Neil también lo es. Por eso trabajábamos en la estación, antes éramos soldados de la Unión, pero después de que descubrieron lo que nos pasó, nos transfirieron ahí.

—¿Tú y Neil? No puede ser… —Denn se quedó pensativo por un momento, ahora algunas cosas tenían sentido para él—. El capitán me dijo que no confiara en Neil. ¿Tiene algo que ver con esto?

—Sí… Dijeron que Neil era inestable. Que había recibido la memoria de alguien violento… Pero yo no me preocuparía por él, Denn, es solo un examen psicológico. Tú mismo lo dijiste, el público opina que somos un peligro para la sociedad, pero la verdad es que podemos ser muy útiles, solo que aún no están preparados para aceptarnos.

—Ya veo… —contestó pensativo Denn—. Cuando estuve en la Tierra hablé con un hombre que, se supone, es famoso por haber sido un gran soldado. Él ayudó a fundar la Academia de Formación para Convergencias.

Me dijo lo mismo. Me dijo que las convergencias pueden ayudar a la Unión si se les guiaba; que somos capaces de hacer cosas excepcionales. —Denn se veía entusiasmado. Había tenido muchas ganas de compartir lo que le había pasado, y ahora hablaba con alguien que había pasado por lo mismo que él—. Supuestamente podemos sentir cosas antes de que sucedan.

—Sé de quién me hablas. Él también es una convergencia. Ha hecho un esfuerzo enorme para que no se nos discrimine y se nos ayude a desarrollar nuestras habilidades.

—Yo no siento ninguna diferencia en como percibo el universo. Para mí todo es igual. ¿Qué hay de ti, Senlar? ¿Sientes alguna diferencia?

—Sí… Puedo sentir cosas que antes no podía. Si empezaras a ejercitar tus sentidos te asombrarías de lo que podrías llegar a hacer.

—Te he visto entrenando un par de veces, Senlar. ¿De verdad crees que yo deba entrenar?

—Por supuesto —respondió Senlar sonriente—. Deberías iniciar de inmediato, Denn.

—No sabría ni por dónde empezar, Senlar.

—Artes marciales y ejercicios de meditación pueden ayudar, amigo. No te preocupes, yo mismo te entrenaré. Empezaremos mañana.

—¿En serio? —preguntó Denn que parecía un niño emocionado.

—Lo haremos, amigo —respondió alegre Senlar.

Al día siguiente, Senlar cumplió lo prometido. El entrenamiento de Denn inició. Los resultados serían evidentes pronto.

Capítulo 8

Alfa

Dasslak tenía prisa en partir. Completar su trabajo estaba resultando más complicado de lo que había pensado y ya llevaba un par de semanas como invitado en el palacio Afkbar; bastante más tiempo del que le hubiera gustado. Así que cuando uno de los hombres de la familia Afkbar se presentó en su habitación, muy temprano por la mañana, avisando tener noticias de la mujer que buscaba, no perdió ni un segundo en presentarse en el estudio de Shar.

El pirata lo escoltó a través del lujoso palacio hasta el amplio lugar en donde Shar lo esperaba.

—Aquí está Dasslak, señor —anunció el pirata.

—Siéntate ahí —dijo el Pirata Rojo al asesino, señalándole una silla que estaba frente a él—, ya estoy contigo.

Shar leía unos archivos en el dispositivo de sus ojos, movía sus manos en el aire autorizando movimientos y aprobando ataques. Dasslak se impacientaba cada vez más, pero había aprendido a no mostrar sus emociones. Justo antes de que estuviera a punto de decir algo, Shar habló:

—¿Cómo has dormido?

—Igual, señor. No he podido dormir muy bien en las últimas semanas.

—¿Qué crees que sea? ¿Acaso será que mi casa no es suficiente para el legendario asesino? —le dijo Shar con tono sarcástico.

—Usualmente no tengo problemas para dormir, pero de un tiempo para acá he estado teniendo un extraño sueño… Y yo odio los sueños.

—¡Ah! ¿Un sueño? ¿Vas a contármelo? —preguntó intrigado Shar.

—Quizá después… ¿Tiene noticias para mí? ¿La ha encontrado?

El Pirata Rojo le sonrió. Había logrado conseguir la información que Dasslak buscaba. Uno de sus espías en el planeta Edmye, en el sistema Innim, escuchó de la mujer que supuestamente había encontrado a El

Augur.

—Tengo buenas y malas noticias —respondió Shar con una sonrisa maldosa.

—Lo escucho, señor.

—Sé dónde está la chica que buscas, o eso suponemos. Lamentablemente para ti, está en Edmye.

Edmye era un territorio peligroso habitado por bandidos. Un mundo plagado de pobreza y delincuencia, gobernado por varias pandillas que se dividían el poder. Cada una controlaba un territorio específico. Para el asesino, el planeta no era desconocido.

—Perfecto —dijo sin mostrar entusiasmo—. ¿En qué parte de Edmye?

—¿No estás preocupado? —preguntó Shar algo decepcionado, quería disfrutar un poco dándole malas noticias a Dasslak, pero el asesino no parecía haberse inquietado en lo más mínimo.

—¿Preocupado? Para nada.

—Pues tal vez no estés tan tranquilo cuando te diga exactamente en qué lugar se encuentra… —dijo sonriente—… ¡Está en Brass! Esa mujer que buscas es uno de los vándalos de Alfa. Tengo fuentes que lo aseguran.

Quizá no eran tan buenas noticias después de todo. Alfa era una de las varias pandillas que controlaban los territorios del infame Edmye. Piratas y bandidos trabajaban a sus órdenes en la peligrosa ciudad de Brass.

El asesino no era una de las personas favoritas de los Alfa. Su miembro más importante murió a manos suyas, en un trabajo anterior. Los Alfa intentaron cazarlo, pero se rindieron al poco tiempo, después de perder varios hombres. El odio que le tenían era bien conocido. Ahora tendría que ir directo a los dominios de aquella pandilla enemiga.

—¡Excelente! —dijo el asesino sin mostrar inquietud alguna—. Es todo lo que necesito saber, señor. Si me lo permite partiré de inmediato.

Shar volvió a decepcionarse, alarmar a Dasslak parecía imposible.

—¡Maldita sea, Dasslak! —gruñó Shar e hizo una pausa—. ¿Acaso no eres capaz de sentir temor? —El asesino no respondió nada, se quedó callado mirándolo. Shar se rindió, no iba a lograr fastidiarlo—… Pues bien, llamaré a alguien para que te lleve a la estación donde está tu nave. Puedes partir

de inmediato.

—Me voy entonces. Agradezco la ayuda, señor, sabe que no me gusta incomodar a las personas.

—Nada de gracias, Dasslak, tendrás que hacerme una rebaja la próxima vez que trabajes para mí… ¿qué digo rebaja?, el siguiente trabajo lo harás de gratis.

Dasslak asintió tranquilamente.

—Parece justo, señor. El siguiente trabajo será gratis, después, estaremos a mano.

—No estés tan confiado, maldito —le dijo sonriente—, voy a buscar en toda la galaxia hasta que encuentre a la persona más difícil de asesinar y después te contrataré para matarla, solo para fastidiarte.

—Como guste, señor.

—Qué hombre tan orgulloso. Siempre intentando presumir.

—Para nada, señor, soy muy modesto, es solo que a veces no soy capaz de esconder mis múltiples talentos.

El pirata que lo había escoltado no estaba tan convencido. «Eso no pareció muy modesto», dijo en voz baja. Shar pensó lo mismo.

—Pues podría decirse que todo lo que haces es para impresionar —aseguró el Pirata Rojo—. Incluso tu sobrenombre… Dasslak. Ese es un sobrenombre poderoso. ¿Por qué te llaman así? Nunca pregunté.

—Por un malentendido, señor.

—¿Malentendido? Suena interesante.

—Es una historia para otro día. Ahora debo irme.

Shar hizo un gesto de enfado, movió su mano para llamar la atención del pirata que esperaba detrás del asesino, y le dijo:

—Has que traigan una nave, y escolta al Ejecutor. Tendremos que despedirnos de su agradable compañía —ironizó.

—Sí señor —dijo el pirata, y se volteó hacia el asesino—. Acompáñame, por favor, señor Ejecutor.

Dasslak siguió a su escolta y esperó por la nave que lo llevaría de regreso al lugar de donde vino. Esta vez el viaje se le hizo más largo. Estaba ansioso por encontrar a la chica que lo llevaría hasta El Augur. Una vez estuvo de vuelta en la estación, comprobó que su nave y sus cosas estuvieran tal y como las había dejado, y pidió que le abrieran un agujero en ruta al Sistema Innim, para así poder continuar su camino.

Inmediatamente todo estuvo listo, partió. Tuvo que visitar varias estaciones de salto, haciendo un pago por permiso de tránsito en cada una de ellas, a través de lugares cada vez más peligrosos. Recorrió grandes distancias a través del solitario espacio aprovechando el tiempo para contactar con Yavar Aflir, compartir con él los avances de su búsqueda y solicitar algunos recursos que le servirían para completar su trabajo. Durante una semana viajó por el salvaje espacio de Autoro, prácticamente sin complicaciones, acercándose más y más a su destino.

El poco control que se llevaba en la mayoría de las estaciones que visitó, le facilitó transitar sin ser identificado hasta llegar al Sistema Innim, un peligroso territorio, incluso si se pagaba el permiso de circulación.

Viajó por el sistema hasta el planeta Edmye y se dirigió a la ciudad de Brass, lugar en donde se encontraba la famosa torre Alfa, el centro de operaciones de la perversa pandilla. Estaba decidido a averiguar cuál de sus miembros había estado en presencia de El Augur.

Unos momentos después, había llegado. Aquella ciudad, atestada de edificios sucios y sobrepoblados, era refugio para la corrupción de sus habitantes, que se reunían en los mercados, vendiendo y comprando el producto del trabajo de los traficantes y ladrones. La incesante lluvia que caía sobre el lugar, no parecía limpiar la suciedad de la oscura y deprimente metrópoli. Era la viva imagen de la mayoría de las ciudades en Autoro.

Aterrizó su nave en un hangar propiedad de Alfa, controlado por un extraño ser llamado Golat. En su cabeza sobresalían tres ojos grandes y negros, una pequeñísima boca, y unos hoyos en sus costados que servían de oídos; en su cuello, algo parecido a unas branquias, le servían para respirar. Su cuerpo era algo más peculiar, una bola grande que se sostenía sobre unos gruesos tentáculos que podía estirar o contraer a su antojo. Su piel clara y rugosa lo protegía como una armadura.

Dasslak sabía que Golat podría comunicarle con Alfa. Pensó que era mejor para él sí anunciaba su llegada, en lugar de solo aparecerse de repente. Bajó de su nave, se colocó la capucha de su gabardina para protegerse de la lluvia, y caminó hasta el mostrador para hablar con el administrador.

—Trabajas para Alfa, ¿cierto? ¿Cuál es tu nombre?

—¿Sí? ¿Quién quiere saberlo? ¿Sí? —dijo la criatura en un tono agudo apenas entendible.

—Me llaman Dasslak.

Uno de los hombres de Golat, que estaba sentado en una silla detrás del mostrador, se volteó sorprendido al escuchar aquel nombre. Después de mirar el rostro del asesino, se levantó de golpe de su silla bastanteaste nervioso y se dirigió a su jefe:

—¡Es el Vaquero, señor Golat! —le dijo, y sacó su arma apuntando a Dasslak, quien no pareció inquietarse; esperaba ese tipo de reacción.

—¿Sí? ¿Cuál vaquero?

—¡El Vaquero!

Los tres ojos de Golat se abrieron al máximo. Fue obvio que ahora entendía quién era la persona que había llegado a su hangar. Sintió temor inmediatamente, se trataba de un hombre peligroso, enemigo de Alfa. Gritó algunas palabras en una extraña lengua, y el resto de sus hombres llegó corriendo con sus armas.

—¿Vienes a matarme? ¿Sí? ¿Tienes idea de quién soy yo? ¿Sí? —dijo nervioso.

—Relájate —dijo el asesino muy tranquilo—, no busco problemas. Si hubiera venido a matarte no estaríamos hablando ahora. Necesito ver al líder de Alfa… Trabajas para él, ¿no es así? Avísale a tu jefe que estoy aquí. Dile que tan solo quiero conversar con él.

Golat desconfió; no creía que aquel famoso asesino estuviera ahí solo para hablar, aun así, no importaba lo que él pensaba, tenía que reportar lo que estaba pasando. Se acercó a un comunicador primitivo, una pantalla en la pared, y estiró uno de sus tentáculos para introducir unos comandos que lo comunicaron con la Torre Alfa.

—¿Qué quieres? —se escuchó la voz a través del comunicador.

—Necesito hablar con el jefe ¿Sí?

—Él está escuchando. ¡Habla!

—¿Sí? Lamento molestarlo. ¿Sí? El Vaquero está aquí. ¿Sí?

—¿El Vaquero? ¿Dasslak el asesino? —contestó una voz diferente. Era el Titiritero.

—El mismo. ¿Sí? —respondió Golat—. Está frente a mí. ¿Sí? ¿Qué debo hacer? ¿Sí?

El Titiritero se levantó de su asiento en la Torre Alfa, y con su mano hizo una señal a uno de sus hombres para que lo siguiera con el dispositivo con el que se comunicaba con Golat. Caminó hasta el balcón de su piso y tomó un paraguas enorme que colgaba de un perchero.

—No quiero que esta ropa se moje, mi madre me mataría… —dijo sonriente—… ¡Oh! ¡Lo olvidaba! ¡Mi madre ya está muerta!

El Titiritero abrió el paraguas y caminó afuera bajo la lluvia. Se encontraba en la parte más alta la Torre Alfa, un edificio pequeño, de cincuenta pisos. Justo en frente de su balcón, a menos de un kilómetro, estaba el hangar de Golat. «Dame el visor», dijo el Titiritero al hombre que lo acompañaba. Su hombre le entregó unos anticuados binoculares, y miró a través de ellos. A pesar de la lluvia, la vista del lugar era óptima. Una sonrisa perversa se dibujó en su rostro al comprobar la inconfundible apariencia del legendario hombre y su formidable espada. Fue aún más excitante para él, mirar a los hombres de Golat apuntándole con sus armas. Pensó que, de quererlo, el asesino podría eliminarlos en un instante.

—¿De verdad es el Vaquero? —dijo hacia el dispositivo que su hombre sostenía.

—En efecto. ¿Sí? Yo mismo lo reconocí. ¿Sí? Desde que bajó de su nave. ¿Sí?

—¿Qué está haciendo ahí? —preguntó entusiasmado.

—¿Sí? Dice que quiere hablar.

—¿El Vaquero ha venido a hablar? —dijo, y soltó una risa tenebrosa—. ¿No será que ha venido a matarnos?

Golat se alejó de la pared y se acercó a Dasslak. «¿No será que has venido a matarnos? ¿Sí?», le preguntó al asesino.

—Solo quiero hablar. Te doy mi palabra… Dile que le doy mi palabra.

Golat se arrastró con sus tentáculos de vuelta a la pared en donde estaba el comunicador, y siguió:

—Asegura que solo quiere hablar. ¿Sí? Dice que da su palabra. ¿Sí? ¿Qué debo hacer? ¿Sí?

El Titiritero lucía encantado, estaba disfrutando de lo que el destino le había traído. Su sonrisa habría podido espantar a cualquiera. Justo antes de contestar sacó su lengua y saboreó el aire.

—Dile que puede venir.

—¿Quiere que lo lleve? ¿Sí?

—¡No te atrevas a venir aquí, monstruo asqueroso! —le dijo molesto—, él sabe cómo llegar solo.

El Titiritero sabía muy bien quién era el asesino y el peligro que representaba, pero todo era muy emocionante como para desperdiciar la oportunidad de estar frente al legendario hombre.

Él, al igual que una buena parte de los miembros de Alfa, era un plusiniano, una especie similar a la humana, pero con pieles muy pálidas y orejas puntiagudas. Sus excéntricas personalidades eran famosas en todo Autoro, no eran, particularmente, conocidos por su prudencia.

Golat dejó el comunicador y se acercó de nuevo a Dasslak.

—El Titiritero dice que puedes continuar. ¿Sí? Te recibirán en la Torre. ¿Sí? Mi nombre es Golat. ¿Sí? Por si aún querías saberlo. ¿Sí? Puedes ir solo. ¿Sí?

—Lo escuché. Cuida bien mi nave.

Dasslak salió del hangar e inició su marcha de casi un kilómetro bajo la lluvia a través de un sucio y maloliente callejón. Con forme avanzaba, curiosos seres lo miraban pronunciando extrañas palabras de indescifrables dialectos, algunos corriendo asustados a esconderse. Era un hombre temido y reconocido, su última visita al lugar había dejado a sus habitantes algo nerviosos. El Titiritero, desde su balcón, seguía mirando a través de sus binoculares a Dasslak caminar por la calle, sin poder deshacerse de su perversa sonrisa, hasta que ya no pudo verlo más, justo antes de que entrara en la torre.

Dasslak entró al edificio tan despreocupado como siempre. Era un lugar extraño, sus blancas paredes estaban decoradas con figuras geométricas de colores extravagantes y fuertes. Una enorme fuente elevaba chorros de un líquido blanco con tanta presión que salpicaba en el piso. Dos hombres limpiaban permanentemente mientras una mujer de traje los supervisaba,

escribiendo algunos garabatos en una tablilla.

En un mostrador una agraciada señorita gritaba un número cada cierto tiempo:

—¡Número siete millones trecientos ocho mil cuarenta!

—¡Yo! —dijo alguien.

La señorita lo hizo pasar por una puerta, al tiempo que otra persona salía de ésta. Se acercó a una máquina dispensadora de donde tomó un número, y se sentó en el lugar que el anterior hombre acababa de dejar.

—¡Uf! Parece que estaré aquí por un buen rato —dijo el hombre, después de mirar su número, a las otras personas que esperaban.

El asesino se quedó parado unos segundos, cerca de la entrada, mirando a todos lados. Esperaba que alguien llegara a recibirlo. Entre la peculiar escena que se desarrollaba en aquel lugar, pudo notar una hermosa chica plusiniana, caminaba hacia él desde una habitación al fondo del lugar. Igual que la mayoría de seres de su especie, lucía unos bellos ojos grises, un pequeño indicio de nariz, y unas orejas largas y puntiagudas, que sobresalían de su largo cabello plateado.

La chica caminó coqueta hacia Dasslak, mirándolo con su atrevida sonrisa y cuando estuvo a su lado, se enganchó suavemente a su brazo.

—¡Hola, Vaquero! —le dijo—. Ahora entiendo por qué eres tan famoso. Luces como un chico malo… me gustan los chicos malos.

Dasslak la miraba receloso, no quería llevarse una sorpresa. Se soltó de ella y la empujó lejos. La chica, hechizada por la apariencia ruda de Dasslak, no iba a rendirse a pesar de haber sido rechazada. Lo miró provocadoramente intentando cautivarlo, y siguió:

—¿Qué pasa, Vaquero? —preguntó arrimándose nuevamente al asesino. Acercó su boca al oído de Dasslak y preguntó—: ¿Acaso no te gusto?

—He venido a hablar con el líder de Alfa, y no creo que seas tú. No tengo ningún negocio contigo.

—Los negocios pueden esperar, Vaquero. ¡Vamos a divertirnos! Saca tus pistolas y disparémosle a esas estatuas de ahí —dijo, señalando unas extrañas estatuas, de mujeres desnudas, a lo lejos—. Quiero comprobar que tan buena puntería tienes.

—No tengo tiempo para eso. —Dasslak la apartó, esta vez algo más bruscamente que antes. Estaba empezando a impacientarse—. ¿A dónde

está tu líder?

—Yo tenía razón, eres malo, Vaquero… —aseguró la chica ahora menos sonriente—. El jefe está esperándote arriba, yo te llevaré. Sígueme —le dijo, y volvió a mostrar su seductora sonrisa.

La chica hizo una seña con su mano, y Dasslak la siguió por el edificio, a través de miradas curiosas y cuchicheos, hasta llegar a un ascensor que los llevaría al piso más alto. Oprimió el botón para llamar al elevador y cruzó sus brazos mientras esperaba a que este llegara hasta la planta baja en donde se encontraban. Levantaba la punta de su pie derecho de arriba hacia abajo, golpeado el suelo una y otra vez, en señal de impaciencia, pero sonriendo a un Dasslak que lucía extrañado por la confusa actitud de la joven.

La puerta del elevador se abrió, y reveló el sobrecargado interior. Dentro había seis personas, cinco hombres flacos y otro muy gurdo, con sus rostros maquillados y extrañas vestimentas de colores chillantes.

—¡Suben! —gritó a toda voz el que manipulaba los controles del elevador en el interior, causando en el asesino una mueca de molestia.

La chica tomó a Dasslak del brazo y se metieron en el apretado espacio, en donde todos se comprimieron lo más que pudieron para dar lugar a ambos. Ella aprovechó para pegarse lo más que pudo al pecho del asesino, tan sonriente como siempre, sin que Dasslak pudiera impedírselo.

—¿Qué piso? —preguntó el hombre de los controles.

La chica no quitaba su mirada de Dasslak. «Planta alta por favor», dijo sonriente en un tono muy coqueto, como si estuviera intentando incomodar más al asesino.

El hombre presionó un botón en el panel del elevador y la puerta se cerró. Dasslak, observó extrañado el panel, no había podido evitar notar que el elevador solo llevaba a dos lugares, Planta Alta, y por supuesto Planta Baja.

El elevador se activó y empezó un acenso de movimientos bruscos, casi como si estuviera luchando por funcionar. Dasslak empezaba a inquietarse, todo en ese lugar le parecía absurdo. Miraba a la chica que mantenía aquella actitud seductora y una sonrisa singular, y no notó ningún rastro de preocupación, estaba claramente acostumbrada al brinqueteo del elevador. El resto de los pasajeros del ascensor no decían nada, solo miraban un indicador de piso que únicamente mostraba dos alternativas diferentes, mientras escuchaban una peculiar melodía,

volviendo aún más extraño el viaje.

—Me gusta la espada que traes en la espalda —dijo la chica—. ¿Me la prestas?

Dasslak no respondió, solo miraba el indicador del piso actual, esperando con ansias a que cambiara. El asesino estaba muy alerta, sentía que podía ser una trampa y ya estaba preparado para asesinarlos a todos.

—Me gusta como hueles, Vaquero —dijo la chica a Dasslak.

Un sonido inconfundible avisó el final de su viaje. La puerta se abrió y la chica y Dasslak empezaron a hacer fuerza para salir del apretado elevador. «Un poco más», dijo ella, justo antes de que salieran de golpe. Dasslak frunció el ceño, estaba empezando a molestarse. Estuvo a punto de maldecir a todos, pero un hombre que venía en dirección opuesta llamó su atención. Traía un larguísimo y extraño sombrero que se quitó para saludar a la chica y a Dasslak mientras pasaba a su lado. «Buen día», dijo, y se metió en el elevador del que Dasslak y la joven acababan de salir.

—Es por aquí —dijo la chica y empezó a caminar por el pasillo.

«¡Bajan!», dijo el hombre de los controles. Dasslak, no resistió mirar atrás, descubriendo que nadie, a excepción de ellos dos, se había bajado del elevador. Alcanzó a ver como el hombre del sombrero, se estrujaba lo más que podía para entrar en el atestado elevador.

—No te distraigas, Vaquero —dijo la chica.

El asesino la siguió por el largo pasillo hasta una esquina, y giró su cabeza de nuevo al elevador. «¿Qué piso?», se escuchó, y las puertas del elevador se cerraron.

Dasslak sentía que estaba entre locos, no quería permanecer mucho tiempo más en el lugar. Siguió a la chica por un rato más hasta llegar por fin al final del pasillo que conducía a la entrada de una sala en donde el Titiritero aguardaba por él.

Dasslak caminó al interior de la sala dejando atrás el pasillo por el que venía. Justo al entrar, en frente suyo, estaba el balcón en el cual el Titiritero salía a contemplar su ciudad. La lluvia continuaba incesante, cayendo sobre el siniestro lugar. Giró su mirada hacia su izquierda y pudo ver a un hombre sentado en un trono, como si de un rey se tratara. A su lado, dos miembros de Alfa, lo protegían.

—Él es el Titiritero, actual líder de Alfa —dijo la chica en voz alta.

El Titiritero lo esperaba con su malvada sonrisa, sentado en su trono con una pierna cruzada sobre la otra.

—Bienvenido, Vaquero. Adelante por favor… ¿Me recuerdas?

Dasslak caminó hasta unos pocos metros del trono del Titiritero, la chica que lo escoltaba se sentó en una silla atrás de él, al costado opuesto del trono.

—Por qué no me refrescas la memoria —contestó Dasslak.

—Yo aún era un niño. Hace unos treinta años… en Ranore… Trabajaba en una taberna, y tú entraste a matar a un hombre… —dijo, e hizo una pausa para saborear el aire—. Terminaste matando a todos. ¿Lo recuerdas?

—No recuerdo los detalles de todos mis trabajos… Al menos te dejé vivir, ¿no? Eso podría servirme hoy.

El Titiritero lo miró sonriente unos segundos sin decir nada.

—¿Dónde están mis modales? ¿Quieres un vaso de leche?

—No —respondió el asesino.

—Pues yo me tomaré uno. —el Titiritero hizo una seña a uno de sus hombres para que le sirviera un vaso de leche.

Su subordinado caminó hasta una pequeña nevera de dónde sacó una jarra repleta de leche. Tomó un vaso alto de una repisa y lo puso en el suelo. El hombre acercó la jarra hasta el suelo y empezó a verter el contenido en el vaso, levantando la jarra cada vez más, hasta que esta estuvo arriba de su cabeza. La leche caía desde lo alto hasta el vaso, con una excelente precisión, frente a la mirada de extrañeza del asesino. Cuando el vaso estuvo lleno, la jarra estaba totalmente vacía, el hombre volvió a guardar la jarra en la nevera y llevó el vaso hasta su jefe.

El Titiritero tomó el largo vaso y empezó a beber de él, sin siquiera tomar un respiro. La ansiedad del asesino empezaba a crecer mirando a aquel extraño hombre tragar aquel líquido. Unos momentos después, terminó.

—¡Uf! ¡Estaba deliciosa! —El Titiritero dio el vaso a su subordinado y continuó—: Muchas personas te quieren muerto aquí en Brass, Vaquero.

—Eso escuché.

Aunque el asesino ya empezaba a irritarse, lucía tan relajado como siempre. El Titiritero estaba encantado, era como si aquel hombre fuera incapaz de sentir temor o preocupación. No imaginaba que, dentro de aquel aspecto calmado, iba creciendo el disgusto. Dasslak sentía que le hacían perder su tiempo.

—Mataste al anterior líder de Alfa —dijo el Titiritero—. Estás parado frente a un potencial enemigo, pero aun así vienes muy tranquilo. ¿No has considerado la posibilidad de que yo quiera matarte? ¿O acaso lo has hecho y aun así no crees que sea peligroso?

—Quizá.

—¿Entonces?, ¿no te preocupa?

—No, no me preocupa. Estoy preparado para suplicar por mi vida.

—¿Qué? —El Titiritero estaba extrañado—. ¿Suplicar dices? El hombre de la leyenda de la que todos hablan no suplica por nada.

—Yo no creé esa leyenda de la que hablas. La verdad es que soy un hombre muy modesto... Como soy consciente que en el pasado asesiné a un miembro importante de Alfa, y además estoy en tu casa, quiero ser cortés. No vengo a buscar problemas, di mi palabra de que solo venía a hablar.

El Titiritero estaba encantado con la plática, era precisamente la razón por la que no pudo negarse a recibir al asesino. Volteó a mirar a sus dos guardias y pudo notar que también estaban muy entretenidos.

—Ya veo. No buscas problemas, pero… eso no importa, ¿cierto? ¿Qué sucede si no quiero escuchar lo que tienes que decir? Solo trato de entender por qué viniste tan tranquilo a la guarida de un enemigo. Quizá te permití venir hasta aquí solo para matarte.

Dasslak no pareció inmutarse. Su mirada lucía tan calmada como siempre.

—Solo vengo hablar. Di mi palabra… No me gusta repetir las cosas. Dije que no buscaba problemas. Si aun así quieres matarme, pues entonces voy a pedir que por favor no lo hagas, lo único que quiero es que me dejes hablar. Si aun así ignoras mis suplicas, no tendré más remedio que matar a todos y cada uno de los miembros de Alfa. Pero como vine por información, a ti no voy a matarte. Voy a averiguar lo que quiero saber, y solo después, acabaré con tu vida, justo antes de destruir este lugar hasta sus cimientos… Así que… ¿qué quieres hacer?

El Titiritero estaba completamente emocionado. Sus guardias en cambio, ya no estaban tan a gusto. Sacaron sus armas y apuntaron a Dasslak. Estaban asustados.

—¡Como si fuéramos a permitir eso! —dijo uno de los guardias luchando contra el temblor de su mano. Por un momento casi pareció que iba a dejar caer su arma—. ¡Voy a matarte antes de que puedas dar un paso!

Dasslak no se agitó, mantuvo su vista sobre el Titiritero, que se encontraba sentado en su trono con una gran sonrisa. La chica, que aún estaba sentada al otro lado de la habitación, estaba muy sorprendida con todo lo que estaba pasando. Había descubierto por qué se hablaba tanto de la temeridad del Vaquero.

—Guarden sus armas —dijo el Titiritero antes de que la situación pasara a más—. Van a lograr que este hombre nos mate a todos.

Uno de sus guardias lo miró atónito.

—Pero jefe, este hombre acaba de amenazarnos.

—No lo hizo —siguió el Titiritero—. ¿No escuchaste que solo ha venido a hablar? Incluso ha dado su palabra. No tienes idea de lo que vale la palabra de este hombre.

—¿Está… seguro jefe? —preguntó el otro guardia.

—¡Lo acabo de decir! —respondió golpeando los brazos de su trono, lleno de ira en su rostro—. ¡Guarden esas armas o este hombre va a matarlos!

Dasslak cruzó sus brazos y los dos guardias bajaron lentamente sus armas.

—No se preocupen, no voy a matar a nadie —dijo Dasslak—. La verdad es que no puedo darme ese lujo… Como dije, solo quiero hablar. Sé que mi presencia en este lugar puede causar nerviosismo, así que cuanto antes terminemos, antes me iré de aquí. No quiero incomodar más de lo necesario.

—Asumes mucho, Vaquero —respondió el Titiritero—. La verdad es que a mí no me desagradas tanto, y en este lugar, lo único que importa es lo que yo decido que importa.

—¿No te desagrado? Entonces me alegro de haberte dejado con vida en Ranore —dijo el asesino con tono irónico.

—No ibas por mí en Ranore —le dijo, y sonrió—… Eso no tiene nada que ver. Mataste a Garet, y Alfa se quedó sin líder. Resultó bien para mí.

Ahora el líder soy yo… Dime, ¿qué es lo que quieres, Vaquero?

—Busco a una chica. Es posible que trabaje para Alfa.

—¿Eh? —exclamó extrañado—. ¿Qué chica?

—Estoy en busca de El Augur, y alguien escuchó que una chica llamada Cora, posiblemente miembro de Alfa, lo encontró recientemente. Es la única pista que tengo. Para encontrar a El Augur, necesito encontrar a esa chica. Quizá puedas ayudarme.

El Titiritero rompió en risas.

—¿El Augur…? Así que alguien te pagó para matarlo… lo tiene merecido.

—No es eso. Solo quiero hablar con él —aseguró el asesino, causando algo de decepción en el Titiritero.

—¿Qué pasa contigo, Vaquero? Ahora solo quieres hablar. ¿Desde cuando eres tan conversador?

—Ya lo sabes, hay cosas que solo El Augur sabe. Necesito hacerle algunas preguntas.

—Lamento tener que decírtelo, Vaquero, pero El Augur es un fraude.

—No estoy interesado en tu opinión ¿Puedes ayudarme, sí o no?

La sonrisa del Titiritero murió dando paso a una seriedad inquietante mientras meditaba sus opciones. Permaneció en silencio absoluto por un momento, y después continuó:

—Digamos que sé quién es la chica de la que hablas… ¿Por qué habría de decirte quién es, Vaquero?

—Lo que esa chica sabe, puede ser de interés para muchas personas. Entiendo que quieras quedarte con El Augur, yo solo quiero un momento con él.

—El Augur no me importa —aseguró—, ya te dije que el tipo es un fraude. El hombre tiene tantas mentes en su cabeza, que ha perdido… —El Titiritero rompió en risas antes de continuar—: …la cordura.

—Que no quieras a El Augur hace las cosas más fáciles. Solo necesito hablar con la chica. Cuando me diga dónde puedo encontrarlo, me iré de aquí sin causar daño alguno.

El Titiritero movió su cabeza y arrugó su rostro proyectando duda.

—Podría ayudarte, pero…

—¿Pero?

—Sabes… tú lo dijiste antes, Vaquero, la gente de este lugar no te aprecia mucho. Aún hay muchos que se duelen por la muerte de Garet. Muerte que tú causaste. No puedo solo ayudarte como si fueras un amigo. ¿Qué pensaría la gente? —dijo, y acentuó su malévola sonrisa.

Dasslak lo miró fijamente, estaba seguro de lo que pasaría a continuación, venía preparado para pagar un incentivo por la información.

—¿Cuánto quieres?

El Titiritero lució complacido.

—No va a ser barato —advirtió alegre—. Tengo que convencer a mis seguidores de que hice un buen negocio. —El rostro del Titiritero abandonó su usual sonrisa. Ahora se le veía muy serio, casi como si fuera otra persona—. Muchos aquí entienden que intentar matarte quizá plantee más problemas de los que estamos dispuestos a permitirnos en estos momentos. Aun así, no van a estar contentos si solo accedo a todo lo que pides. La gente podría pensar que soy débil. Ellos deben saber que obtuve todo lo que era posible obtener de ti. Deben sentir que te fastidiamos.

Dasslak empezaba a incomodarse. A pesar de que nunca le importó el tono en que alguien le hablara, odiaba que le hicieran perder su tiempo, y tanto rodeo por parte del Titiritero empezaba a frustrarlo.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué hay de tu espada? Es tan famosa como tú. ¿Estarías dispuesto a dármela?

—La única forma de obtener esta espada es matándome. ¿Quieres intentarlo?

—¡Oh, no, no, no!, por favor, no tendría oportunidad alguna. Nunca creí que solo ibas a darme esa espada. Además, ¿qué haría yo con ella?

—Estás haciendo que pierda mí tiempo. Dime que es lo que quieres por la información.

—¡Oh, Vaquero!, pero si pensé que estábamos pasando un buen rato. Supongo que era solo yo… Pues bien… a los negocios. Sé de buena fuente

cuanto es lo que cobras por tus trabajos. Bastante caro debo señalar…

—¿La cifra?

—Si estás dispuesto a pasar por tanto problema para cumplir con esta asignación, significa que este trabajo es especial… Debes estar cobrando más dinero

—¿Cuál es la cifra?

El Titiritero lo pensó por unos momentos y dio el monto a Dasslak:

—Dos millones de créditos serán suficientes.

El asesino había contactado con Yavar Aflir antes de llegar al planeta, sabiendo que necesitaría dinero para negociar con Alfa, y aunque el Titiritero pedía demasiado, tenía que encontrar a El Augur a toda costa. Aun así, estaba casi en el límite de su presupuesto, y sabía que, si solo aceptaba sin protestar, el Titiritero podría volverse codicioso e intentar aumentar el precio, así que fingió molestia.

—No puedo. Es demasiado.

Fue obvio para el asesino, el Titiritero y sus guardias sonrieron complacidos, no les interesaba el dinero en lo más mínimo, lo único que querían era dificultarle las cosas.

—Ese es el precio. Necesitas hablar con un miembro de Alfa. Si quieres que lo permita, deberás pagar los dos millones.

—Entonces, el trato es ese… ¿Yo pago y me permites hablar con la chica que busco…? Y después… ¿permites que me vaya de aquí, sin más trabas?

—Muy bien, todo eso que dices —contestó el Titiritero—. Deberías aceptarlo, es una ganga.

—Sigue siendo mucho dinero.

—Vamos, Vaquero, es un precio justo considerando lo que hiciste en el pasado.

Dasslak esperó un momento para dar la impresión al Titiritero de que había conseguido sacar todo lo que era posible, y contesto:

—No me dejas opción. Dos millones entonces… —dijo arrugando su cara, tratando de mostrar disgusto—… Sincronicemos las cuentas. —Dasslak movió sus manos en el aire accionando algunos comandos en el

dispositivo de sus ojos que iniciaron la transferencia.

—Excelente elección —contestó complacido el Titiritero.

Uno de los hombres del Titiritero sacó el dispositivo anticuado, con la pequeña pantalla, y recibió los datos de la cuenta de Dasslak. Unos segundos después, la transferencia se había completado.

—Está hecho jefe —dijo el hombre al Titiritero, que sonrió satisfecho.

—Muy bien… Voy a decirte quien es la persona que buscas. Esa chica que se ve tan nerviosa detrás de ti… La que te escoltó hasta aquí… Esa es Cora. Puedes llevártela… Ah, y hazme un favor, ¿quieres? Cuando termines con ella… ¡Mátala!

Una mueca de asombro se dibujó en el rostro de Dasslak, un extraño evento que no se veía todos los días. Cora, la chica que había estado buscado, era la misma que lo había acompañado a través de la torre.

La chica había estado escuchando toda la conversación entre el Titiritero y Dasslak sin saber qué hacer. Permaneció sentada sin decir nada con la esperanza de que el Titiritero no dijera quién era. Y si lo hacía, que el asesino a sueldo solo quisiera hablar con ella. Pero ahora sabía lo que le pasaría, el Titiritero había sentenciado su vida. Había dicho al asesino que la matara una vez terminara con ella.

Dasslak se volteó de inmediato, descubriendo que la peculiar chica ya estaba en movimiento. Intentaba escapar a toda velocidad por el balcón bajo la lluvia.

—¡Espera! —gritó Dasslak.

Un segundo después, la chica que tanto trabajo le había costado encontrar, saltaba desde el balcón hacia el vacío.

Capítulo 9

Día Difícil

Las semanas pasaban y el entrenamiento de Denn avanzaba a pasos agigantados. El ser una convergencia hacía que sus sentidos fueran más sensibles que los de un humano cualquiera, una gran ventaja si se sabía explotar, y Senlar le estaba enseñando a hacerlo.

A pesar de que entrenaban todos los días, no habían descuidado sus responsabilidades en la fortaleza; trabajaban arduamente en ella. Ahora todos tenían una pequeña cabaña donde descansar, y aunque hubiera parecido, no resultó sencillo. Ahora empezaban a disfrutar de la tranquilidad y la seguridad de su fortaleza.

La tragedia vivida y el trabajo duro los había unido. Edificaron un gran comedor en donde compartían la cena al anochecer como si fueran una gran familia. Ahora era una costumbre.

Pero no solo se dedicaron a acondicionar el lugar; en un Centro de Vigilancia en el centro de la fortaleza, monitoreaban todas las cámaras que habían instalado alrededor de la muralla, así mantenían vigilados a los animales que se acercaban constantemente, en especial, una manada de enormes lobos que llegaba siempre durante la noche, seguramente atraída por el olor de la cena.

Afortunadamente ninguna bestia les había causado problemas. Aunque habían comprobado que los lobos resistían los disparos de la mayoría de sus armas, las murallas los detenían. Los grandes animales ni siquiera se acercaban al bosque de grandes árboles, así que nunca tuvieron que lidiar directamente con ellos. Lo que más les preocupaba era la amenaza que representaban los animales voladores; no había forma de protegerse de ellos, pero curiosamente y para su suerte, estos no se acercaban a la fortaleza. Vivian en tierras más elevadas, y cuando cazaban, lo hacía en las llanuras donde abundaban muchas presas fáciles.

El alimento tampoco fue un problema, se habían vuelto expertos en la caza y la pesca. Además, el huerto en donde Dani trabajaba, había probado ser muy productivo. Cultivaban todo lo que necesitaban y lo cuidaban como una de sus posesiones más valiosas.

Denn pasaba frente a él todas las mañanas, de camino a su cabaña, después de su entrenamiento con Senlar, justo cuando todas las personas

ya se preparaban para empezar sus labores del día.

Aquel día, como tantos otros, Denn se detuvo a conversar con Dani, quien, desde hacía ya un buen rato, se dedicada al cuido de su preciado huerto.

—Buenos días, señorita —saludó Denn como de costumbre.

Dani le respondió con una bella sonrisa. Le tenía mucho cariño y se alegraba de que llegara siempre a saludarla.

—Buenos días, Denn.

—Adivina qué te traje —le dijo, escondiendo su mano derecha en su espalda.

Dani, igual que en otras tantas ocasiones, le siguió el juego, como si no supiera lo que escondía. Se llevó su mano a su barbilla e hizo como si lo pensara por unos segundos.

—¡Mmm! ¡Me rindo! —le dijo con una sonrisa—. ¿Qué me traes?

Denn extendió su mano y con un ligero gesto, ofreció a Dani una hermosa flor silvestre. Lo hacía siempre, intentando sorprenderla con una flor diferente cada día.

—La encontré en unas colinas fuera del bosque de grandes árboles.

—¡Es hermosa…! —dijo mientras aspiraba su aroma—… Me gustaría ir un día con ustedes… Ya sabes, a esa colina.

Denn le sonrió con cariño, e inclinándose, hizo un ademán, simulando recoger las hojas marchitas que Dani acababa de quitar de las plantas.

—Sabes que es peligroso —aseguró Denn—, no podría perdonarme si por llevarte con nosotros te ocurriera algo.

Dani dejó la regadera y se sentó a un lado de Denn.

—Lo sé… es solo que… —dijo arrugando el ceño.

—¿Qué pasa, Dani?

—Estamos muy bien aquí, pero… es como si estuviéramos cautivos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado.

—Es solo que no podemos salir de este lugar… No me malinterpretes, estoy muy agradecida por todo lo que están haciendo para protegernos, y entiendo que es muy peligroso salir y todo, pero… ¿Cuánto tiempo podremos vivir así? ¿Qué pasará cuando la gente empiece a cansarse? A veces me pregunto si tendremos que vivir entre estas paredes para siempre.

Denn quedó pensativo. Por un momento se recriminó a sí mismo el no haber supuesto lo que Dani sentía.

—No lo había pensado… Supongo que tienes razón… Pero es lo mejor que podemos hacer por ahora.

—Lo sé… y lo entiendo, es solo que… me preocupa que nos volvamos prisioneros de nuestro propio refugio solo por miedo a lo que hay allá afuera. Está bien que tomemos precauciones, está bien que tratemos de protegernos los unos a los otros, pero si vamos a quedarnos en este planeta por el resto de nuestras vidas, no podemos vivir con miedo. No podemos permitir que el temor nos consuma.

Denn lució algo triste. Con tanto trabajo, no se había detenido a pensar sobre el futuro que les esperaba.

—Supongo que viviremos aquí por mucho tiempo… No lo había considerado… La gente puede cansarse de estar encerrada todo el día entre estas murallas.

—Eso es lo que me preocupa —siguió Dani—… Tampoco es que haya muchas cosas diferentes que hacer fuera de estas paredes, pero ya sabes…

—Hay mucho qué hacer y ver. Si supieras la cantidad de animales, árboles y hermosos paisajes. Y eso que no vamos muy lejos cuando salimos a explorar.

—Suena maravilloso —apuntó Dani, y le regaló una de esas hermosas sonrisas, de esas que a Denn tanto le gustaban—… Supongo que me preocupo por nada… Este puede ser un gran lugar para vivir, y cuando estemos listos, podremos salir y ver todas esas cosas de las que hablas.

—Estaremos bien, te lo prometo, voy a hacer lo posible para que estemos a salvo y que todos aquí se sientan seguros.

Dani sacudió ligeramente su cabeza. Sin quererlo había preocupado a Denn.

—No me hagas caso, Denn. Ahora estamos bien. Es decir, mira a Qein… pasa jugando con C0 y los otros chicos. Ayuda en la fortaleza y aprende

mucho. Es mejor que cualquier otra cosa que haya hecho jamás. Es como si tuviera la niñez normal que no ha podido tener.

Denn volvió a sonreír al pensar en el niño. A pesar de las cosas que habían vivido, había sido muy valiente.

—Es cierto, Qein es un niño muy valiente y muy dulce. Se ve muy feliz.

—¡Sí! Eso me alegra mucho… Como te he contado, desde que nuestros padres murieron, he tenido que ver por él y no ha sido sencillo.

—Supongo que sí —apuntó Denn—. Nunca me has contado toda tu historia. Este puede ser un buen momento.

—¿En serio? —dijo Dani con cierta picardía—. No me lo parece.

—Pues yo creo que sí. Me lo debes a cambio de aquella flor.

Dani sonrió. Quizá su esfuerzo merecía una recompensa.

—De acuerdo, tú ganas. Pero no te quejes si te resulta aburrida… Ya sabes que somos de Tóralo, ¿cierto?

—Sí, ya me lo habías dicho. Pero no sé mucho sobre ese lugar.

—Es un planeta en el sistema Henn, bastante alejado de los Sistemas Primarios.

—¿Y cómo es?

—Está bien… supongo. Es un lugar muy industrializado en algunas zonas. Nada como acá. Tóralo es algo árido… ya sabes… como la mayoría de los planetas.

—Pues el mío tiene mucho verde. Efectivamente, hay demasiadas ciudades con grandes edificios, pero también hay zonas con árboles y vegetación. Afuera de ellas es aún más hermoso. Algo parecido a este lugar.

—Imagino que sí —dijo con una mueca de enojo—, después de todo eres de un Sistema Primario. Tú tuviste suerte de nacer ahí. Todos esos planetas están terraformados, y su economía es muy próspera. Son paraísos para vivir.

—Veo que sabes mucho —dijo Denn sonriente—. ¿Y Tóralo?, ¿cómo llegó tu familia a él?

—Mis abuelos llegaron ahí en La Gran Migración. En un principio era un planeta que no estaba habitado. De hecho, no había mucho en él. El planeta está justo en el borde de la zona habitable, pero casi no había agua. La Unión decidió colonizarlo por el 2250, cuando fue descubierto. Construyeron las primeras ciudades en menos de diez años. Para el 2260, Tóralo estaba listo para ser habitado, fue cuando les tocó el turno a mis abuelos de ser trasladados. Y así fue como mi familia llegó ahí…

Los abuelos de Dani habían sido trasladados al igual que mucha gente en un evento de suma importancia en la colonización de los sistemas de La Unión Galáctica. Todo comenzó con la sobrepoblación en el planeta Tierra, y su triste estilo de vida.

En 2160 se inició el trasladado del exceso de población a Marte, a algunas lunas, y a los Sistemas Primarios. Y un tiempo después a Venus. Para el 2200 la cantidad de terrícolas que vivían en lugares distintos a la Tierra, superaban los seis mil millones. La calidad de vida en la Tierra mejoró considerablemente, sin embargo, no sería suficiente. Con el paso de los años, la población de la Tierra volvió a incrementarse, y nuevamente la pobreza y el caos empezaban a vislumbrarse.

Para el 2245, la cantidad de personas que vivían en la Tierra llegaba casi a los trece mil millones. Fue entonces que el segundo Líder Supremo decidió iniciar un proyecto de relocalización aún más masivo que el anterior.

Ordenó apresurar la marcha con las tareas de colonización de planetas, y se organizó una selección de las personas que serían relocalizadas. Muchos no querían participar, querían quedarse en su planeta natal, pero para otros significó la oportunidad de iniciar una nueva vida, especialmente después de que el gobierno de la Unión prometiera buenos trabajos para todos. Al final se logró hacer una lista enorme de candidatos, e inició la monumental tarea.

En 2300, cuando el proyecto de relocalización terminó, la población en la Tierra había bajado hasta los cuatro mil millones, y una enorme cantidad de sistemas habían sido poblados y colonizados. El evento fue después conocido como La Gran Migración.

—…Los engañaron con falsas promesas para sacarlos de allá —siguió Dani—. Se deshicieron de las personas que no querían, solo para quedarse con la Tierra.

—No lo veas así, Dani, gracias a La Gran Migración la Unión se convirtió en lo que es hoy. Además, toda esa gente que fue enviada a otros lugares tuvo vidas mejores.

—Díselo a mi abuela —y soltó una carcajada—… Siempre decía que había sido estafada. Recuerdo cómo me contaba que la mayor decepción de su

vida la experimentó cuando su nave aterrizó en Tóralo —dijo, y volvió a soltar la risa.

—¿De verdad es tan malo?

—La verdad no, supongo que hay lugares peores, mi abuela siempre se quejaba por todo. Tal vez no sea tan verde y exótico como este lugar, pero las ciudades son lindas… creo. Además, están pensando en volverlo verde. Nunca había sido una prioridad, pero la economía en Tóralo ha prosperado bastante y ahora el gobierno del planeta se puede permitir mejorar el lugar. Con la tecnología que hay ahora, podrían transformarlo en veinte años. Quizá no será como este lugar, pero seguro se verá más bonito.

—¿Y tu abuela? ¿Qué pasó con ella?

—Mi abuela… Después de la muerte de mis padres, Qein y yo nos mudamos con ella. Era nuestro único familiar que seguía con vida. Ya estaba muy vieja, y apenas podía cuidarse sola. Era conservadora, tallada a la antigua. Nunca quiso recibir mejoras en su ADN. Le parecía una atrocidad. Su vida, como la de mis otros abuelos, fue corta. Se murió de vieja a sus 133 años, hace poco más de dos años.

—Qué pena… Y ¿qué hicieron después?

—Después de que mi abuela murió, me puse a pensar en lo que importaba. Decidí que debía hacer algo para asegurar el futuro de mi hermano. Hice averiguaciones para inscribirlo en una prestigiosa academia en el planeta Tierra... ¿Puedes imaginarlo? ¡La Tierra! Ahorré lo que pude, muchos de mis amigos ayudaron… Al final logré que lo aceptaran… Nos dirigíamos ahí cuando la estación fue secuestrada.

Denn no podía creerlo. Todo el esfuerzo de Dani para llevar a su hermano a la Tierra había sido en vano gracias a él. La culpa inundó su mente.

—Lo siento mucho, Dani—le dijo triste.

—Tranquilo, no es tu culpa Denn… La verdad es que empezaba a tener mis dudas. No quería dejarlo solo, me hubiera sentido muy triste.

—¿Y por qué no lo inscribiste en una escuela en Tóralo?

—Lo llevaba a una escuela especial, única en la galaxia. La Tierra era la única opción.

—¿Qué clase de escuela?

Dani se quedó en silencio por un momento mientras decidía si contar toda la verdad a Denn. Había muchas escuelas por toda la galaxia, pero Dani llevaba a Qein a la Tierra por una razón muy importante, era la única escuela para convergencias en toda la Unión.

—Prométeme que no dirás nada. Hay gente que puede pensar mal.

—¡Te lo prometo! —le dijo Denn con firmeza—, no diré nada.

—Qein es una convergencia.

Denn se sorprendió de escuchar lo que Dani le decía. Después de un segundo se rio un poco. «Las convergencias se atraen», dijo en voz baja.

—¿Qué dices? —preguntó Dani que no había alcanzado a escuchar lo que Denn había murmurado.

—Nada. No te preocupes. No le diré a nadie, pero no tienes por qué preocuparte. Qein se ve muy normal. Las convergencias no son tan malas como la gente cree. Si quieres puedo llevarlo a que entrene con nosotros en las mañanas. Aunque no lo creas, eso puede ayudarle. Voy a hablar con Senlar al respecto. Qein puede sacarle mucha ventaja a esto.

—¡Gracias! —contestó muy alegre Dani por la actitud de Denn—. Por eso puse tanto esfuerzo en llevarlo a la Tierra, quería que pudiera convertir su condición en algo útil.

—Verás, en este momento la gente puede tener miedo, pero en un futuro cercano no será así. Las convergencias ayudarán a asegurar la paz y la seguridad de la Unión, me lo ha dicho alguien muy importante en la Tierra.

—De todas maneras, eso ya no importa mucho. Ahora estamos aquí.

—Sé que parece que estamos atrapados aquí, pero algo se nos ocurrirá. Vamos a estar bien, ya verás que no hay de qué preocuparse.

—Gracias, Denn… Ahora vete, tengo trabajo que hacer, y tú también.

Denn partió hacia su cabaña a prepararse para su día de trabajo. Después de la plática, muchas dudas y preocupaciones habían inundado su cabeza. La culpa volvió a perseguirlo. Estaban cautivos en un planeta desconocido, lejos de sus familias y confinados a su fortaleza. Él era la causa.

Después de asearse se dirigió al lugar en donde mantenía el equipo de excursión, a reunirse con Senlar y los demás soldados con los que

usualmente salía a recolectar alimento.

Era una edificación muy pequeña que habían construido para guardar armas, chalecos y otras cosas que usaban en sus salidas de la fortaleza. Solo unos pocos tenían acceso al lugar, su contenido era cuidado con recelo.

Apenas llegó, Senlar lo recibió:

—Ya empezaba a preocuparme, amigo —bromeó.

Denn pidió muy amablemente a los soldados un momento para hablar en privado con Senlar, y ellos accedieron sin protestar. «Claro, amigo. Esperamos afuera», dijo uno de los soldados antes de que salieran, dejando a los dos en el lugar.

—¿Qué pasa, Denn?

La apariencia cabizbaja de Denn preocupó a Senlar, siempre se veía muy optimista y alegre, pero ahora era claro que algo lo inquietaba. Antes de contestar, Denn caminó hasta una banca y se sentó.

—Hace un momento hablé con Dani. Me dijo algunas cosas que me preocupan.

—¿De qué hablas? ¿Qué te dijo? —preguntó Senlar, sentándose a su lado.

—Muchas cosas… ¿Sabías que el pequeño Qein es una convergencia?

—¿Estás seguro? —preguntó sorprendido Senlar.

—Sí, fue Dani quien me lo dijo.

—¡Increíble…! ¿Recuerdas lo que te dije? ¡Las convergencias se atraen! —dijo Senlar con una sonrisa.

—Me doy cuenta... Deberíamos entrenar con el niño, mira lo bien que me ha hecho. Podría ser bueno para él.

—¡Claro! —afirmó sonriente—. Además, se trata de tu pequeño cuñado, debes cuidar de él —le dijo con tono divertido. Denn apenas sonrió. Senlar adivinó que había algo más que lo molestaba. Hubo una espera hasta que Senlar continuó—: ¿Qué pasa, Denn?

—Dani me dijo que teme que nos convirtamos en prisioneros de esta fortaleza… Yo no lo había pensado, pero tiene razón. El miedo mantiene a las personas cautivas en este lugar… Nosotros mismos, los que estamos al

mando, les prohibimos salir de aquí. Eso no puede estar bien.

—Lo sé, Denn, pero… ¿Qué quieres que hagamos? Es peligroso para las personas salir de la fortaleza. Es por su propio bien.

—¿Y cuánto va a durar esto, Senlar? ¿Por cuánto tiempo serán prisioneros de este lugar?

—El tiempo que sea necesario, amigo —dijo con cierto disgusto—, estamos haciendo lo que podemos para proteger a esta gente. Creí que tú pensabas igual que yo.

Denn lucía cada vez más angustiado. Era como si la realidad acabara de golpearlo. Empezaba a desesperarse.

—No puedo quedarme aquí, Senlar, tengo cosas que hacer. Cosas importantes. Este lugar es una prisión.

—¿Tienes cosas que hacer? ¿Te has vuelto loco? —le dijo y se levantó de la banca algo molesto—. ¿Qué sugieres, Denn? ¿Quieres tomar una nave y volver a casa?

—¡Ya lo sé! —exclamó Denn angustiado—… Sé que no podemos irnos de aquí. Es solo que… me siento tan culpable.

—¿De qué estás hablando, Denn? Hemos hecho todo lo que hemos podido por estas personas. Los cuidamos como si fueran nuestra familia, y casi todos los días arriesgamos nuestras vidas allá afuera solo para traerles algo de comida. Algunos dirían que hacemos más de la cuenta ¿Por qué ibas a sentirte culpable? No has hecho más que cuidar de esta gente.

—Tú no sabes nada, Senlar… No sabes.

El silenció llegó al lugar mientras Senlar trataba de comprender lo que le decían. Lo miró con una mueca de extrañeza, nada de lo que habla tenía sentido.

—¿Qué quieres decir, Denn? ¿Qué es lo que no sé?

—Es solo que… tengo que irme de aquí. Tengo que evitar algunas cosas.

—¿Qué cosas? ¿De qué estás hablando, Denn, que es lo que pasa?

—Los Colonizador… van a destruir la Tierra, van a matar a todos en el Sistema Solar y los sistemas primarios.

—¿Qué? —Fue claro por su mueca que no entendía nada—. ¿Cómo sabes

eso, Denn? ¿Decía algo en el diario?

—No es eso… Lo sé por mi convergencia…

La tristeza se apoderó de Senlar en el momento en que aquellas palabras salieron de su amigo. Semanas antes, cuando Denn había confesado ser una convergencia, le había asegurado que estaba bien y en sus cabales. Ahora dudaba de aquello. Seguramente su cabeza no había sido capaz de soportarlo, se había vuelto loco.

—Creo que ya te lo había dicho, Denn, las convergencias… los recuerdos que obtuviste son de alguien que vivía en otro universo… Nada de eso es real aquí.

—Ocurrirá, Senlar, lo sé. El diario que encontramos confirmó mis sospechas. Sus planes de hacer más como ellos… Están creando un ejército.

—Escúchame, Denn, nada de eso es verdad. Tu cabeza te está jugando una mala pasada.

—¡No, Senlar! No es así, los recuerdos que recibí… te había dicho que no era nada, que los recuerdos eran insignificantes… pero mentí. No sé cómo explicarlo. Pero se trataban de los recuerdos de alguien que vivió el ataque de los Colonizador a la Unión. Su universo, era igual a este, lo sé.

—Te lo digo, Denn, te preocupas por nada. Ni si quiera podría decir con seguridad que lo que viste fue real en otro universo. Menos en este.

—Esa persona, la de mi convergencia… Era una convergencia también. Él lo supo antes de que pasara en su universo, igual que yo lo sé ahora.

—Esto... esto es absurdo…

Senlar se encontraba desconcertado, ahora le parecía que Denn había perdido la cabeza. Nada de lo que decía tenía sentido. Después de meditarlo, un horrible pensamiento llegó a él.

—Un momento, Denn… hace un instante dijiste que te sentías culpable. ¿Por qué?

Denn lució resignado, ya no había vuelta atrás. No había razón para mentir más. Se levantó y caminó unos pasos para darse un tiempo para contestar.

—En el universo paralelo todo comenzó con C0-UN1. Estaba en la Tierra, igual que en este universo, fue activado y se convirtió en su infiltrado

dentro de la Unión. Fue él quien inicio todo…

—¿C0? ¿Y tú le advertiste a alguien de la Unión? ¿Por eso lo llevabas a revisar? ¿Fue eso lo que pasó?

—Nadie me hubiera creído. La persona del universo paralelo intentó advertirles, pero no fue suficiente. En su universo hicieron pruebas en C0 e ignoraron las advertencias. Si yo hubiera intentado advertir a alguien, hubiera pasado lo mismo. Yo sabía dónde estaría C0, así que fui a buscarlo… Pero eso no es suficiente para detener el ataque, tengo mucho por hacer, si no lo hago, solo habré logrado retrasar todo.

—¿Fuiste a buscarlo? ¡Habla claro de una vez!

—¡Lo robé! ¿Está bien? ¡Lo robé de la Tierra! No tenía otra opción.

—¿Lo robaste? —preguntó tomando su cabeza con ambas manos—. ¿Y qué pasó después?

—Me seguían, tenía que escapar o de nada hubiera servido. Como dije, tengo otras cosas que hacer. Aún no ha terminado.

—¿La estación? —le preguntó, y se abalanzó sobre Denn tomándolo fuertemente de su camisa—. ¿Fuiste tú el responsable del secuestró? ¿Fuiste tú quien nos metió en todo esto?

Denn no pudo mirar de frente a Senlar, se sentía terrible. Senlar lo sostenía fuerte de su camisa esperando una respuesta. Lo agitó con fuerza después de unos segundos. «¡Contéstame!», le dijo. Denn ya no tenía opción, había empezado a contar la verdad y debía terminar de hacerlo.

—Si —le dijo—. Fui yo. Tenía que escapar, así que robé la estación para escapar. No pretendía que sucediera todo esto. Solo quería escapar. Tuvimos mala suerte.

Senlar le soltó la camisa y caminó aterrado hacia atrás hasta sentarse en la banca. Estaba atónito, no creía lo que le habían dicho. Todo lo que habían pasado era culpa de Denn, un hombre en el que hasta hacia unos momentos confiaba plenamente. Su amigo era el culpable de todo.

El silencio inundó la habitación, no había nada más que decir. Denn estaba de pie mirando a la pared lleno de culpa. Senlar, en la banca, luchaba por entender lo que pasaba. Y al fondo de la habitación, escondido detrás de unos casilleros, y tapando su boca con ambas manos intentando no proferir ni un sonido, se hallaba Neil Gobi. Había estado escuchada toda la plática, y estaba aún más sorprendido que Senlar.

Capítulo 10

Cora

Dasslak contempló perplejo la indescifrable decisión de la chica que había estado buscando. Se había lanzado desde el balcón del Titiritero hacia una caída de cincuenta pisos. No había duda, se dirigía hacia la muerte. No obstante, quería comprobarlo. Corrió hasta el borde, en medio de la inoportuna lluvia, y miró hacia abajo esperando ver a la chica muerta al fondo del abismo; en cambio, solo observó un callejón vacío.

Buscó con su vista por todo el lugar hasta que notó un cable grueso que iba desde la torre en la cual se encontraba, hasta un edificio en dirección diagonal. Rápidamente siguió con su mirada el camino que éste dibujaba, y pudo verla; era la chica. Escapaba a toda velocidad, corriendo sobre el cable, con increíble equilibrio.

Sin perder tiempo sacó uno de sus revólveres y apuntó a las piernas de Cora, que parecía correr más rápido con cada paso que daba. El asesino no iba a tirar del gatillo inmediatamente, si lo hacía la chica caería y moriría. Iba a esperar hasta que llegara a la azotea del otro edificio, solo entonces le dispararía para inmovilizarla y después capturarla.

Reflexionó sobre la dificultad del tiro; aquella no sería tarea sencilla. El edificio al que Cora se dirigía, de unos veinte pisos menos que La Torre Alfa, estaba a unos ciento cincuenta metros de distancia. El blanco se movía bajo la espesa lluvia, sin mencionar que tendría que esperar a que la chica diera unos cuantos pasos sobre la azotea para asegurarse de que no caería al vacío. No cualquier tirador era capaz de acertar aquel disparo con un revólver; casi significaba desperdiciar las balas. Pero Dasslak no era cualquier tirador, podía acertar tiros mucho más complicados cualquier día.

Mientras esperaba a que Cora llegara hasta el otro edificio, el Titiritero se acercó corriendo hasta el balcón, muy entusiasmado, a mirar lo que pasaba. Conforme la chica avanzaba por el cable, la cara del Titiritero se deformaba en una mueca de gozo. Había deducido que Dasslak solo le dispararía una vez estuviera seguro de que no caería. Saboreaba el aire esperando el momento.

Dasslak sostenía su revólver con su mano derecha, apuntando a la pierna izquierda de Cora, esperando el momento. Cuando la chica saltó del cable a la azotea del edificio y dio unos cuantos pasos, Dasslak disparó.

El asesino no se esperaba lo que sucedería. Un instante después de que la bala salía de su arma, la chica, al otro lado, saltaba girando sobre sí misma para esquivar el impacto. Ante su propia sorpresa, no había logrado dar en el blanco.

Después de la pirueta, la chica cayó al suelo sobre sus cuatro extremidades, ilesa. Rápidamente se levantó y siguió con su escape, a través de la azotea del edificio.

Antes de que se alejara mucho, Dasslak volvió a apuntar a la chica y disparó, pero Cora repitió la maniobra, evitando el segundo disparo. Se repuso nuevamente y corrió hasta saltar a otro cable por el que llegaría hasta otro edificio.

La chica era una convergencia. No había manera de atinarle a esa distancia; ella ya estaba esquivando la bala, antes de que ésta saliera del cañón del revólver.

Dasslak lo sabía muy bien. Ya había lidiado con situaciones similares muchas veces. A una convergencia era casi imposible causarle algún daño desde lejos. Sentían el movimiento de todo a su alrededor, y los más experimentados aprendían a percibir cualquier objeto que viajara contra ellos. Algunos, incluso, con un par de segundos de antelación.

Dasslak estaba furioso, el Titiritero había complicado su tarea. Sin embargo, no tenía tiempo que perder, Cora seguía escapando y tenía que apresurarse si no quería perderla. Guardó su revólver y se volvió hacia el Titiritero.

—¡Esto es tu culpa! ¡Amenazaste su vida y por eso ha escapado! —Dasslak señalaba furioso al Titiritero.

—La envié en una misión y mira lo que pasó. Una persona que abre su boca causando que peligrosos asesinos lleguen hasta mi puerta, debe morir —contestó con su sádica sonrisa, mientras sus hombres apuntaban temerosos a Dasslak, después de ver su amenazadora figura.

—¡Has conseguido completar tu pequeño juego! Tienes suerte de que tengo que irme ahora mismo. Dile a la basura que tiene mi nave en su hangar que voy a retirarla ahora mismo. Más vale que no intenten causarme más problemas, o quemaré completa esta ciudad, y ni siquiera esta interminable lluvia será capaz de apagar las llamas.

Dasslak no esperó a que dijeran nada; caminó dos pasos hacia el Titiritero, que ahora se veía bastante nervioso, hasta ponerse justo en frente de él. «¿Qué vas a hacer?», preguntó el Titiritero atemorizado. El asesino no respondió, solo estaba tomando impulso. Corrió hacia el borde del balcón y saltó al cable por el que Cora había escapado segundos

antes, corriendo lo más rápido que podía para no perder a la chica.

El Titiritero y sus matones, ahora seguros de que se habían salvado, rompieron en carcajadas. Se habían divertido a costa del asesino y casi les cuesta la vida. Había sido emocionante.

—Avisen a Golat que el Vaquero va a sacar su nave. Ya nos divertimos suficiente, si seguimos dándole problemas, va a matarnos a todos.

Dasslak avanzaba a toda velocidad por el cable. Corría tan equilibrado como la chica, y aunque ella ya le llevaba bastante ventaja, el asesino no iba a rendirse. Si quería atraparla tenía que ser ahora. Cora ya sabía que la buscaban y seguramente intentaría esconderse lo mejor que pudiera.

El asesino llegó hasta la azotea del primer edificio y siguió su camino hasta el siguiente cable. Pudo ver a lo lejos a Cora saltando a otro más, se dirigía a un tercer edificio, de unos veinte pisos.

Dasslak apresuró su carrera lo más que pudo, era más rápido que Cora, pero estaba a punto de perderla. Cuando llegó al segundo edificio, ya Cora se encontraba en el tercero, intentando llegar al último edificio, aún más pequeño, de donde podría saltar hasta el suelo, para perderse en los callejones de Brass.

Dasslak ganaba terreno conforme avanzaba. En el momento en que Cora llegaba al último edificio, él ya corría por la mitad del último cable.

Cora llegó hasta el otro extremo de la azotea del cuarto edificio y saltó hacia el callejón, perdiéndose de la vista de Dasslak. Cuando el asesino alcanzó el borde, saltó al callejón que corría en paralelo. Cada extremo doblaba evitando que se pudiera ver el inicio o el final del camino.

No veía a la chica en ningún lado; tenía que tomar una decisión, izquierda o derecha. Cora podía haber tomado cualquier dirección y no había rastro que indicara cuál. Dasslak cerró sus ojos por un segundo, antes de decidir, e inmediatamente después empezó a correr hacia la izquierda, hasta llegar a una curva a la derecha. Cuando dio la vuelta, observó a Cora antes de que ésta girara a la izquierda, siguiendo el camino del callejón.

Dasslak ingresó algunos comandos en el dispositivo de sus ojos mientras corría, giró a la izquierda y vio el final del callejón a unos cien metros. Conducía a los transportes subterráneos de Brass. Cora estaba a unos treinta metros de la entrada. Si se internaba en el subterráneo, la perdería.

El segundo que el asesino se había tomado antes, le había conseguido una pequeña ventaja a Cora, así que Dasslak tendría que hacer algo para

acortarla. Corrió tan rápido como su cuerpo se lo permitió. Cuando la chica estaba a tan solo cinco metros de la entrada del subterráneo, Dasslak ya estaba a poco menos de cincuenta metros de ella. No podía arriesgarse a permitir que entrara en el oscuro lugar, no conocía el subterráneo, y dentro podía ser un verdadero laberinto. Tenía que intentarlo.

Sacó sus pistolas mientras corría y puso sus manos una encima de la otra, apuntó con uno de los revólveres a la pierna izquierda de Cora, y con el otro a un espacio un poco más arriba de esta. Hizo el primer disparó e inmediatamente después, el segundo.

El ojo entrenado de Dasslak fue capaz de verlo; un instante antes de que apretara el gatillo del primer revólver, la chica ya empezaba a girar en el aire. Ella había anticipado el disparo.

La bala viajaba a toda velocidad moviéndose a través de las interminables gotas que caían incesantes del oscuro cielo, mientras la chica giraba, intentando evitar el impacto. Solo un milímetro faltaba para que la bala impactara la pantorrilla de la pierna izquierda de Cora. Estaba a punto de acertar. Increíblemente, la bala pasó justo después de que su pierna izquierda se quitara del camino.

Cora seguía girando sobre sí misma, su pierna izquierda se había salvado, pero ahora su pierna derecha subía por el mismo lugar, siguiendo el movimiento de su cuerpo. La segunda bala que Dasslak había disparado viajaba por el aire en dirección a ella. Cora ya lo sabía, lo sintió justo después de que saltó para evitar la primera. Dasslak había memorizado el movimiento que hacía la chica al esquivar los impactos en los disparos anteriores. Esta vez se había asegurado de que, en el improbable caso de que Cora pudiera esquivar el primer proyectil a tan corta distancia, el segundo no fallara.

Había calculado bien, la pierna derecha de la chica se encontró con la segunda bala de Dasslak. Un momento después, Cora cayó al suelo. Intentó levantarse para correr, pero el dolor era insoportable, su pierna estaba destrozada. Dasslak la tenía. El asesino caminó hasta la chica que se retorcía y gemía de dolor. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, ella lo miró con terror; imaginaba que la mataría en el mismo instante en que obtuviera lo que quería.

Dasslak sacó unas esposas magnéticas; nadie podría escapar de ellas, y se las puso en sus manos, a la espalda.

—Recomiendo que no te muevas mucho o va a dolerte.

—¡Déjame!

La chica estaba aterrorizada. No sabía qué hacer; en su lamentable estado, pelear le era imposible. El asesino la levantó, recostándola sobre su hombro izquierdo. La chica lanzó un rodillazo con su pierna izquierda usando toda su fuerza, el único movimiento que pudo hacer, pero Dasslak detuvo el golpe con facilidad.

—Te dije que no te movieras. Tu otra pierna está muy dañada.

En verdad lo estaba. La bala la había desgarrado y el dolor era insoportable. Otra persona se habría desmayado, pero la chica era fuerte.

—¡Déjame, Vaquero! —suplicó.

—Hace unos momentos parecías muy ansiosa de estar junto a mí, y ahora que lo has logrado, ¿te quieres ir? Debiste considerar mejor lo que deseabas. Se ha vuelto realidad.

—¡Ay! —gritó de Dolor—… ¡Déjame!… ¡Ayuda! ¡Ayuda!

—No te molestes en gritar. Parece que no hay nadie por aquí que pueda venir a ayudarte —dijo mientras miraba al interior de subterráneo—. La primera bala entró ahí, supongo que la segunda también, a no ser que se haya quedado en tu pierna. Me alegro de que no hubiera nadie aquí. Pude haber matado a alguien sin desearlo, y no me gusta hacerlo de gratis.

—¿Qué vas a hacer, Vaquero? ¿Cargarme por toda la ciudad? Alguien se dará cuenta. Te van a matar. Mejor déjame aquí, es por tu propio bien.

—Nadie va a ayudarte, ya no te quieren en esta ciudad. Tampoco van atacarme, este lugar está lleno de cobardes. Aun así, no voy a cargarte por toda la ciudad.

—¡Eres cruel, Vaquero!

—Nunca me habían acusado de ser cruel. No creo que lo sea.

En ese momento la nave de Dasslak llegó sobrevolando la ciudad, se colocó sobre el callejón justo encima de ellos. Dasslak ingresó unos comandos, y un rayo gravitacional empezó a subirlos a la nave.

—Por favor, déjame ir, Vaquero —decía mientras se agitaba—. ¡Ay!

—Ya es demasiado tarde para eso.

Los dos fueron subidos hasta la nave. Dasslak la colocó sobre un asiento alargado de superficie cómoda. Se quitó sus revólveres y su espada, y los

dejó sobre una mesa a un lado. Se acercó a Cora y la tomó bruscamente del rostro.

—¿Está aquí? ¿En esta ciudad… en este planeta? ¿Tal vez en este sistema?

—¿Quién?

—El Augur… No me mientas. Puedo saber cuándo me mienten —aseguró, y la apretó con su mano.

—¡No está aquí! —dijo Cora, y quitó la mano de Dasslak de su cara.

—¿En el sistema?

—¡No!

—Bien, nos vamos de este basurero.

Dasslak desactivó las esposas magnéticas, recostó a la chica y después de subir con cuidado su pierna sobre el asiento, le colocó de nuevo las esposas, esta vez fijándolas a la pared. Colocó una pequeña almohada bajo su cabeza y le advirtió que no moviera su pierna. De una gaveta extrajo una inyección anestésica y se la aplicó.

—La anestesia va a hacer que te duermas por un rato. No me siento tranquilo aquí, llevaré la nave a un lugar seguro y luego hablaremos.

Mientras miraba como Dasslak se volteaba hacia la cabina de mando de la nave, la chica empezó a perder el conocimiento, un momento después cayó profundamente dormida. Cuando despertó ya habían pasado algunas horas, se encontraba dentro de una cápsula médica. Apenas podía mantener sus ojos abiertos, pero logró ver cómo la máquina reparaba su destrozada pierna. Hizo un intento por salir, pero volvió a caer en un sueño, esta vez más largo que el anterior.

La siguiente vez que despertó ya se sentía mejor; comenzó a recuperar la lucidez y recordó todo lo que había sucedido. Estaba de nuevo sobre el asiento en el que la había puesto el asesino al llegar, sujeta siempre a las esposas fijas en la pared. Su pierna apenas le dolía, sus heridas habían sido sanadas. Un momento después, Dasslak se acercó a su lado, traía en sus manos un pequeño banquito, lo puso sobre el suelo frente a ella y se sentó.

—¿Aún te duele la pierna?

—No —contestó con timidez la chica.

—¿Lo ves?, te dije que no era cruel —dijo el asesino. Cora no dijo nada, aún sentía temor. Después de unos segundos de silencio, el asesinó continuó—: ¿Qué pasa? Ayer parecías muy atrevida.

—¿Ayer?

—Dormiste por un día… ¿Quieres algo de comer?

Dasslak no esperó a que la chica respondiera, la liberó de las esposas y cuando estuvo cómodamente sentada, tomó su mano derecha y la esposó de nuevo, fijándola a la pared. Sacó de un costado del asiento, una superficie que servía como mesa y la colocó frente a Cora. «Espero que te guste lo que preparé: comida enlatada», le dijo y se levantó para traer un plato que puso frente a ella.

La chica lucía desconfiada, no se animaba aún a tomar la cuchara y comer, pero estaba hambrienta; habían pasado varios días desde la última vez que comió algo; el Titiritero trataba muy mal a sus subordinados.

—Adelante, come —insistió Dasslak—, prometo que no hay ningún truco.

La chica tomó la cuchara y comenzó a comer como si no lo hubiera hecho nunca, con tal frenesí que hacía que el plato se moviera por toda la superficie, incluso hasta el borde, casi a punto de caer, pero Dasslak lo empujaba de regreso al centro para que Cora continuara.

Mientras comía, miraba a Dasslak; intentaban adivinar lo que el hombre estaría pensando; le había curado su pierna y había traído comida. Por un momento casi estuvo segura de haber visto amabilidad en el célebre asesino. Pero se convenció a sí misma de que aquello debía ser una falsa impresión. Seguramente Dasslak sabía conseguir lo que quería; fingir debía ser sencillo para él. Probablemente solo intentaba ganar su confianza para que su trabajo fuera más fácil. Se propuso a sí misma no confiar en el hombre.

—Es sorprendente como eres capaz de esquivar las balas a tan corta distancia —siguió Dasslak—. Se requiere de mucha habilidad… Sin embargo, tu técnica no es tan buena, es predecible. Además, después de girar caes en el suelo y levantarte te toma algo de tiempo. Deberías practicar para mejorarla.

—¿Qué quieres de mí? —contestó Cora, dejando la cuchara en el plato.

—Creo que ya lo sabes, estoy en busca de El Augur. Me dijeron que tú

podrías decirme en donde encontrarlo.

—No voy a decírtelo, Vaquero. Si lo hago me matarás. El Titiritero lo dijo.

—¿No te había dicho que no suelo matar de gratis? ¿Por qué iba a hacerle un favor a ese payaso?

—¿Cómo podría confiar en ti, Vaquero?

—No tienes que hacerlo. A decir verdad, no importa lo que hagas, eventualmente conseguiré lo que quiero. Si no me cuentas lo que sabes, solo tendré que extraer la información de tu cabeza. Tengo amigos cerca que pueden prestarme un escáner cerebral. Aunque quizá eso no sea muy bueno para ti. El procedimiento no es muy eficiente y puede causar daños catastróficos al cerebro. Y ni hablar si se practica en individuos que no sean humanos. Lo más seguro es que mueras.

—¡Eres un hombre perverso!

—Creí que te gustaban los chicos malos… De todas maneras, no creo ser perverso. No disfruto de hacer daño a las personas. Es por eso que te ofrezco la oportunidad de hablar.

—¿Cómo sé que no vas a matarme después, Vaquero?

—El Titiritero confiaba en mi palabra, incluso cuando podría considerarse que soy su enemigo. Así que puedes creerme, después de que me lleves hasta El Augur, te dejaré ir.

—He escuchado promesas toda mi vida. Nunca nadie las ha cumplido. Siempre se han aprovechado de mí, solo porque he sido más débil que ellos. Tú harás lo mismo.

—Si has tenido mala suerte, eso no tiene nada que ver conmigo. Necesito encontrar a El Augur y voy a hacerlo de una u otra forma, no me importa si tienes que morir.

—Sí que eres perverso, Vaquero. Tan perverso como el peor. Toda mi vida he vivido a la sombra de hombres como tú.

—Un hombre perverso ya te estaría torturando. Yo, en cambio, prefiero evitarlo.

—No vas a engañarme, yo sé de eso, Vaquero. Lo he visto toda mi vida. Gente malvada... No tienes idea de las cosas que he vivido…

La chica se veía cada vez más molesta mientras hablaba. Dasslak se había

puesto muy serio. Se levantó y caminó unos pasos hacia atrás.

—¿Vas a decirme dónde está El Augur o no?

—…Para ti debe haber sido muy fácil, siempre has sido el fuerte. Yo he sufrido toda mi vida, Vaquero. Mi propia madre me abandonó, dejándome a mi suerte, obligándome a hacer cosas terribles a cambio de un trozo de pan. Mi vida ha sido un tormento.

—¿Solo es eso? —preguntó Dasslak con su particular seriedad que podría intimidar a cualquier. La chica lo miraba nerviosa, había notado el cambio en el semblante de Dasslak.

—Tú no sabes —insistió Cora.

—Cuando tan solo era un joven, mi propio padre envió a un asesino a matarme.

La chica estaba sorprendida, no pudo responder nada. Como muchos, conocía la leyenda del asesino más famoso de la galaxia y cómo había conseguido su espada de un hombre que quiso matarlo. Ahora lo sabía, aquel hombre que intentó acabar con su vida, lo había hecho por pedido de su padre.

—Quizá creas que has pasado por mucho —siguió el asesino—, pero siempre existirá alguien que ha vivido peores cosas que tú. Esta galaxia es infame, está llena de historias desgarradoras y de hombres malos. ¿Tú crees saber qué es un hombre perverso? La que no sabe nada eres tú. Yo he visto a los ojos de cientos de hombres malos.

—Pero…

—Te dije que no soy un hombre perverso; no sé si eso sea cierto. De lo que sí estoy totalmente seguro es de que no soy un hombre bueno. Si no vas a decirme nada, voy a escanear tu cerebro. No quería perder el tiempo con eso, pero si tengo que hacerlo, pues que así sea. A mí no me importa si mueres o no.

La chica sonrió mientras unas lágrimas salían de sus ojos. No estaba feliz, sentía tristeza. Pero aquella sonrisa que tan a menudo lucía era su mecanismo de defensa.

—Está bien, me rindo. Si he de morir, que así sea, Vaquero. Estoy lista desde hace mucho tiempo. Cuando todo termine recibiré el dulce alivio de la muerte.

—Las personas dicen cosas lindas de la muerte todo el tiempo. Que es un alivio y que están preparadas para recibirla. Que es un descanso. Pero esa

no es la verdad. La muerte no es placentera, la muerte es una agonía.

—Si así ha de ser…

—En el momento en que esas máquinas empiecen a escanear tu cerebro, comprenderás de qué hablo. Eso es la muerte, esos segundos antes de que todo termine, cuando descubres que todo ha sido por nada. Es en ese momento cuando dejas de existir. Algunos tienen la suerte de dejar la vida sin siquiera saberlo. Pero eso no es para ti. Tú sentirás cuando la muerte se aproxime.

Dasslak quitó el plato de la tabla y devolvió ésta a su lugar. Tomó con fuerza el brazo izquierdo de Cora y lo llevó hasta su otra mano, dejándola esposada a la pared. Solo para estar seguro, tomó otras esposas magnéticas y las colocó en las piernas de la chica. Siempre era muy cuidadoso.

—¿Qué vas a hacer, Vaquero?

—Iremos a Ranore. Tengo amigos ahí que escanearán tu cabeza. Es el lugar más cercano y seguro al que podemos ir. Quizá estemos ahí en dos días.

El asesino se dio vuelta antes de que la chica pudiera decir algo y entró en la cabina de mando de su nave, cerrando la compuerta detrás de él, y puso rumbo a Ranore, uno de los planetas mejor organizados de todo Autoro.

En aquel lugar se comerciaba libremente con otros planetas, sin importar si eran piratas o no, pero dentro del planeta el crimen era perseguido por sus autoridades. La seguridad y la buena economía permitían que quienes controlaban el lugar vivieran bien. Pero no todo era bueno, era un planeta esclavista. Todo aquel que podía pagarlo poseía un esclavo.

Dasslak tenía algunos aliados en ese lugar. Durante una buena temporada trabajó ahí para el gobierno, desmantelando organizaciones criminales. Hasta que se cansó de la arrogancia de los que tenían el poder.

Durante el viaje hasta Ranore se aseguró de alimentar a Cora y permitirle acostarse. No le interesaba ser cruel con ella en sus últimos momentos de vida. Pero evitó tener alguna otra conversación con ella. Ya todo estaba decidido y no tenía nada más que hablar con la chica.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca del planeta, solicitó el permiso de ingreso. Explicó quién era y cuáles eran sus intenciones. Requería un escáner cerebral.

La autoridad máxima de aquel sitio, Abasha Maart, lo tenía en alta estima; rápidamente accedió a su solicitud y ordenó a su hijo, Bario Maart, recibir al asesino en una de las ciudades más importantes del planeta.

Dasslak descendió en la ubicación que le fue indicada, aterrizó su nave en uno de los hangares de la ciudad y salió de la cabina de mando, para recoger sus cosas y salir de la nave con Cora. La llevaría de inmediato a ser escaneada, justo en donde el hijo del importante personaje lo esperaba. Pero la chica había analizado su situación durante el viaje, tenía cosas que decir a Dasslak.

—No me lleves al escáner. Te diré dónde está El Augur. Pero promete que me dejarás ir después.

Dasslak la miró contrariado. Para él ya era demasiado tarde para eso.

—Lo siento. Ya estamos aquí.

—Por favor, Vaquero. Te llevaré con El Augur. Te diré todo lo que sé. No me lleves al escáner.

Dasslak la levantó del lugar en donde la había tenido por los últimos días, aseguró las manos de la chica con las esposas magnéticas a la espalda y abrió la escotilla de su nave.

—¡Vaquero! ¡Por favor!

—¿No era que estabas preparada para morir? Debiste hablar cuando tenías opción. Ya hicimos el viaje hasta aquí. Con el escáner me aseguraré de conocer todos los detalles.

—Te lo suplico, Vaquero… Dijiste que no eras cruel.

—Ya te lo dije. Fueron dos días perdidos por venir hasta aquí, no permitiré que se conviertan en tiempo perdido. Odio perder mi tiempo.

—Es lo que trato de decirte, Vaquero, no es tiempo perdido. Hubieras tenido que hacer el viaje de todas formas.

—¿De qué hablas?

—La persona que buscas, El Augur, está aquí mismo en Ranore. Yo te llevaré frente a él.

Capítulo 11

Espera

Neil Gobi no podía creer lo que había escuchado. Denn había confesado a Senlar ser el responsable del secuestro de la estación, y por lo tanto, culpable de que ahora estuvieran atrapados en el desconocido planeta.

Decidió quedarse detrás de los casilleros escuchando como seguiría la plática. Había estado buscando una manera de anular el liderato que compartían Denn y Senlar, y ahora parecía que estaba frente a su mejor oportunidad de lograrlo. Miraba a través de una pequeña rendija, intentando no perder detalle de la conversación. No era el único que había sido sorprendido por la verdad, Senlar lucía desolado. Seguía sentado en la banca, con los codos apoyados sobre sus rodillas, sosteniendo su cabeza con ambas manos, sin decir nada, aumentando la tensión del ambiente con cada segundo que pasaba.

—Di algo por favor—suplicó Denn una vez no pudo soportar más.

Senlar no decía nada, seguía en su escandaloso silencio. Intentaba encontrar algo de lógica a las acciones de Denn, sin lograrlo. ¿Acaso se había vuelto loco después de su convergencia, o en realidad tenía algo de razón? ¿Estarían por atacar los Colonizador? No le parecía probable, toda la idea era absurda. No había motivo para hacer algo como eso; seguramente había arriesgado la vida de todas esas personas por una ilusión.

—Por favor, Senlar —insistió Denn angustiado.

El enojo de Senlar iba en aumento. El hombre se sentía traicionado y engañado. Conforme repasaba los hechos en su cabeza más absurda encontraba la situación.

—El capitán murió aquí, Denn. Era casi un padre para mí. Estaría con vida si no hubiera sido por ti.

El comentario alcanzó para que las lágrimas corrieran por el rostro de Denn.

—No tienes que decírmelo, Senlar. Me he sentido culpable desde el primer momento. Pero debía intentar evitar lo que había visto.

—Todo lo que dices es absurdo. Estás viviendo una fantasía en la cual eres un héroe intentando salvar el universo, pero en la vida real eres un

villano. Nos condenaste a todos a este lugar.

—Entiendo que estés molesto, Senlar, pero debes saber que nunca fue mi intención que alguien saliera herido. Solo trataba de detener a los Colonizador. No había otra forma.

Senlar se levantó furioso de la banca, empezaba a convencerse de la locura de Denn.

—¿No te das cuenta de lo ilógico que suena todo esto, Denn?

—Es la verdad, te lo aseguro, yo lo sé. En un universo paralelo los robots atacaron al sistema solar y a los sistemas primarios. Lo vi.

Senlar arrugó su rostro. Para él, lo que escuchaba era irracional y con cada nueva palabra, más absurdo se volvía.

—Perdiste la cabeza…

—Es verdad, lo juro.

—Aunque estuvieras diciendo la verdad, y en otro universo los Colonizador hicieron eso que dices, no hay razón para que también suceda aquí. Te lo dije muchas veces, lo que ocurre en un universo no tiene por qué suceder en otro.

—Va a suceder. Lo he comprobado una y otra vez —dijo a Senlar que lo miraba incrédulo.

—¿Lo comprobaste? ¿Por C0? ¿Acaso no eres capaz de ver lo irracional que es esto?

—Lo comprobé, y no solo es C0. Son muchas cosas.

—Pues bien, Denn, dime cuáles.

—Empezó hace poco más de un año con mi convergencia. Vi lo que vi, pero no le conté a nadie. Me preocupaba que me sacaran del ejército de Tau Ceti. Pero no podía quedarme de brazos cruzados, tenía que hacer algo. Investigué sobre las convergencias y entendí mejor todo. Debía asegurarme de que lo que había visto no pasaría en este universo. En los recuerdos que recibí, había muchas personas que fueron usadas para facilitar la llegada de las fuerzas de los robots. Eran semihumanos.

Denn hablaba de una unión especial entre humanos y máquinas. Una tecnología creada por A-Corp. Durante algún tiempo tales procedimientos fueron muy aceptados. La gente quiso cambiar sus cuerpos con el fin de ser más fuertes e inteligentes. Podían conectarse a las bases de datos y

descargar a sus cerebros cualquier información que quisieran.

Tales modificaciones hubieran sido implementadas en todos los humanos, de no ser porque algunas vulnerabilidades de aquella tecnología permitieron que, en el año 2215, unas cuantas personas se aprovecharan de estas, provocando que miles vieran sus mentes comprometidas. En los casos más leves solo se perdió información personal, en los más graves algunos semihumanos perdieron el control de sus acciones.

A-Corp intentó solucionar los problemas de seguridad, pero no fue suficiente. Esta vez las sanciones fueron grandes. La Unión prohibió que se volviera a modificar a un humano, sin embargo, la tecnología no se perdió. Clandestinamente se modificaron personas, dentro y fuera de La Unión.

—¿Semihumanos dices?

—Los Colonizador tienen a muchos bajo su control. Están infiltrados en puestos de la Unión. Aún no sé cómo, pero voy a descubrirlo.

—¿Cómo lo sabes?

—En el otro universo, la persona que se unió a mi supo de alguien. Busqué en este universo si existía esa misma persona, y era verdad. Era un semihumano controlado por los Colonizador. Cuando lo descubrí intentó matarme.

—¿Intentó matarte? ¿Y qué hiciste, Denn? ¿Lo mataste? —Denn se quedó en silencio. No estaba logrando convencer a Senlar, sino todo lo contrario—… No puede ser. No sé quién eres.

—Iba a matarme, Senlar, no pude evitarlo…

—No comprendo por qué no hablaste con nadie, Denn. Si algo de lo que dices es verdad el semihumano era la prueba perfecta. No iban a ignorarte una vez lo supieran.

—No lo entiendes, Senlar. La Unión ha sido infiltrada. No puedo hablar con nadie porque no sé quién puede estar siendo controlado por los Colonizador.

—Lo siento, Denn. Cometiste un grave error. Es un delito Clase A. Eres un criminal y nada de lo que dices tiene sentido. Ya no puedo confiar en ti.

Neil escuchaba atento, la confianza que Senlar tenía en Denn se había terminado.

—Por favor, Senlar —suplicó Denn—, debes creerme. Tal vez si lees el diario que encontramos me creas, no te tomará más de un par de horas y podrás ver que ellos planean atacar. Sé que eso no justifica que los haya metido en esto, pero al menos sabrás que no estoy mintiendo. Después puedes tomar una decisión.

Senlar dudaba; ahora creía que Denn era probablemente un peligro para él y todos los sobrevivientes. Tenía que salir a buscar alimento y no iba a llevarlo consigo, ya no confiaba en él, pero tampoco quería dejarlo en la fortaleza sin vigilancia. Era un riesgo que no quería tomar.

—¿Y qué se supone que haga contigo hasta entonces? No pienso llevarte conmigo y tampoco estoy dispuesto a dejarte aquí. No creo que sea bueno que sigas con nosotros.

—Puedes llevarme contigo, Senlar, soy inofensivo. He arriesgado mi vida por estas personas muchas veces. Siempre busqué el bienestar de todos ellos. Recuérdalo, amigo, sabes que ha sido así. Nunca he intentado otra cosa que no sea ayudar. Cuando fui a S4-07, solo buscaba escapar. Iba a dejar la estación y esconderme en algún sistema poco vigilado. Jamás quise que esto pasara.

Senlar no sabía que responder. Un silencio de varios segundos inundó el lugar. Por un momento estuvo a punto de sacar su arma y hacerlo prisionero. Justo antes de que se decidiera, fue interrumpido.

—Déjalo conmigo. Yo lo vigilaré. —Era Neil que salía de su escondite ante la mirada atónita de Senlar y Denn.

Denn ya estaba bastante inquieto y como si no fuera suficiente, debía agregar una preocupación más a sus pensamientos. Nunca había confiado en Neil, y sabía que era peligroso. Ahora que conocía su secreto, seguramente estaba en serios problemas.

—¿Has… escuchado todo? —le preguntó Denn.

—Lo he hecho. No hay razón para ocultar nada.

Senlar se llevó sus manos a su cabeza; la situación se había tornado más complicada.

—¿Quieres que lo deje contigo?

—Solo mientras decides qué hacer. Como saben, hoy aseguraremos la entrada principal. Bornew podrá ayudarme ahí por el día de hoy. Eso te dará un tiempo prudente para tomar una decisión.

Senlar quedó pensativo, lo que Neil proponía, por extraño que pareciera, era bastante razonable. A pesar de todo, quería darle una oportunidad a Denn. Leería el diario que habían encontrado y tendría algún tiempo para pensar mejor las cosas.

—Está bien. Te quedarás con Neil —dijo dirigiéndose a Denn—. Es lo mejor que puedo hacer por ti... Vamos a tu cabaña a recoger el diario.

Denn respiró aliviado, Neil le había conseguido algunas horas. De inmediato, los tres salieron juntos del lugar. Afuera esperaban los soldados que, usualmente, los acompañaban en sus rondas fuera de la fortaleza. Entre ellos estaba C0-UN1.

—En un momento vuelvo —les dijo Senlar a los hombres.

—Yo me quedaré ayudando a Neil, C0, así que hoy no iré con ustedes —dijo Denn al robot aprovechando el momento. No quería que se preocupara al no verlo en el viaje afuera de la fortaleza.

Fue una caminata bastante embarazosa. Nadie decía una palabra. Esos silencios seguramente hacían que Neil se sintiera cómodo, pero Denn no lo disfrutaba para nada. Le inquietaba la seriedad de Senlar. Cuando entraron a la cabaña, éste tomó el diario. Llamó aparte a Neil para decirle algunas cosas, y se fue sin despedirse. Estaba muy disgustado, ya no confiaba en Denn.

Neil volvió junto a Denn y le habló:

—Nosotros también debemos irnos.

Ambos tomaron rumbo hacia la entrada, a empezar con sus labores.

—¿Qué tramas, Neil? —preguntó Denn desconfiado.

—Nada. Por si no lo notaste, estoy ayudándote.

—Eso es lo que me extraña. No tiene sentido. Creí que aprovecharías cualquier oportunidad que tuvieras para desprestigiarme.

—Quizá sea un buen momento para eso, ¿cierto? La verdad es que no me agradas ni un poco, Bornew, imagino que ya lo sabes… —Neil se quedó en silenció por un momento mientras caminaban. Su rostro había cambiado, casi parecía como si empatizara con Denn—. Sé lo que es que te llamen loco después de una convergencia, simplemente te daré el beneficio de la duda. Quien decidirá qué hacer será Senlar.

Denn no podía creerlo, el hombre que había estado en su contra por tanto tiempo, ahora intentaba ayudarlo. No era tan descabellado, no conocía los

detalles, pero sabía que Neil había sido señalado tras su convergencia. Quizá su ayuda era sincera.

Llegaron hasta la entrada principal, justo detrás del grupo de Senlar, que ya salía de la fortaleza. Ahí empezaban a instalar un sistema que controlaría automáticamente las puertas, y un sistema de torretas de ondas electromagnéticas traído desde la estación, y modificado por Wallace y Olyr para funcionar en el fuerte. Habían querido instalarlo por semanas, pero hasta ahora tenían la oportunidad. Las torretas no alcanzaban a ser letales, pero producían una sensación de insoportable calor sobre su blanco, serían una buena defensa contra cualquier animal que se aproximara. Ya habían probado un arma similar que llevaba uno de sus vehículos, y resultaron ser efectivas contra las criaturas del planeta, ahuyentándolos en el acto.

El día fue largo para Denn, le daba vueltas al asunto en su cabeza una y otra vez. Sabía que, si Senlar no volvía a confiar en él, su situación se volvería muy complicada. Lo aprisionarían tal vez, o quizá lo desterrarían, no importaba, lo que más le preocupaba era perder el cariño y la confianza de las personas que se habían vuelto tan importantes para él.

Aquello no era lo único en su mente, desde que había hablado con Dani solo podía pensar en que todos estaban condenados a vivir ahí hasta el día de su muerte e iba a ser en vano; no iba a lograr evitar la invasión de los Colonizador si no salía de ese planeta.

Cuando el sistema estuvo finalmente instalado, Neil ordenó a Denn que ajustara los mecanismos de funcionamiento. En un panel cercano a las puertas de la fortaleza, ajustó los niveles de energía y configuró el mecanismo que controlaba las puertas. «¡Hay que establecer una contraseña!» gritó de largo Denn a Neil.

—¡Escógela tú! —contestó Neil.

Terminada la tarea, Denn volvió hasta ellos. «Todo está listo», dijo. De inmediato Neil hizo una señal a una mujer que esperaba sentada en la torreta. «¡Pruébala!», ordeno.

—¿En que la pruebo, señor? —preguntó la mujer.

—¡Sobre nosotros! —respondió Neil.

—¿Qué? ¿Está bromeando, señor?

—¡Te di una orden!

—No te preocupes —dijo Denn intentando tranquilizar a la soldado—. Puedes hacerlo sobre mí. Esa arma no es letal, lo único que hace es emitir

calor, pero no deja daños permanentes. Nuestros cuerpos podrían incluso soportar más calor y más radiación sin ser dañados.

—¿Entonces para qué sirve? —preguntó otro de los presentes. No estaba familiarizado con el arma.

—¿Para qué sirve, dices…? ¡Úsala en él primero! —ordenó molesto Neil.

La soldado, algo nerviosa, apuntó el arma hacia el brazo del hombre y accionó el sistema. «¡Ay!», gritó el tipo, y de un salto se quitó del lugar.

—¡Eso duele! —dijo frotándose el brazo, causando las carcajadas de los presentes.

—Miren al niño llorón —dijo uno mientras reían.

—¡Dale a ellos también! —ordenó Neil, antipático como de costumbre.

La mujer disparó contra todos quienes, al igual que el primer hombre, gritaron de dolor. Todos reían al verse unos y otros quejándose. Era un arma impresionante, no parecía causar lesión alguna, pero definitivamente era efectiva.

—Impresionante. ¿De dónde salieron estas torretas? —preguntó uno.

—Fuimos muy afortunados —respondió otro—. Estaban en la estación listas para ser enviadas a Neeve antes de que nos extraviáramos, pero un atraso en la nave que iba a recogerlas, logró que terminaran aquí.

—Es suficiente —regañó Neil, incapaz de permitir que alguien disfrutara de algo—. No estén tan contentos. Hoy tardamos mucho con estas dos torretas, pero ahora que sabemos bien cómo hacerlo, tendremos que instalar tres al lado norte y tres al lado sur mañana mismo.

—¿Qué le pasa a este tipo? —preguntó Denn en silencio a uno de los hombres que más lo conocía.

—Así es el señor Neil. Eventualmente te acostumbrarás.

—¿Crees que es una persona confiable? —le preguntó, aprovechando el momento. Tenía mucha curiosidad del repentino cambio que había tenido Neil con él.

—He trabajado por un par de años con él en la estación. Siempre ha sido una persona odiosa, pero es muy responsable con su trabajo. O al menos es muy estricto dando órdenes —dijo, y rio lo más silencioso que pudo.

Ahora que las torretas estaban instaladas se sentían mucho más seguros. Cuando todas las torretas estuvieran instaladas, ya no sería necesario utilizar tantas personas vigilantes en el turno de la noche.

—Ustedes dos operarán las torretas hoy, ya decidiremos si lo harán permanentemente —les dijo Neil a dos soldados que aceptaron con gusto la orden.

Denn se veía algo más calmado. Se acercó a Neil y le pregunto:

—¿No quieres que te diga el código que he puesto al sistema de las puertas?

—Entre menos gente lo sepa mejor. Cuando venga Senlar se lo dices a él... Ya hemos terminado aquí, Bornew, ven conmigo. Los demás pueden irse por hoy.

Ambos se dirigieron hacia el río en donde Neil siempre iba a comer un aperitivo al llegar la tarde. Llevaba consigo en un bolsito algunas frutas y refrescos. «Senlar debe estar por volver, Bornew, esperémoslo aquí», le dijo, y se sentaron sobre rocas, frente al río. Neil tomó lo que traía y lo compartió con Denn, que lució sorprendido. Nunca pensó que aquel hombre pudiera mostrar amabilidad.

—Gracias, Neil.

—Olvídalo —dijo incómodo, como si odiara que le agradecieran.

Neil miraba al agua correr, sin decir nada, mientras comía. Denn quería decir algo, pero no sabía bien qué podría interesar a Neil. Tendría que improvisar. «¿De verdad no quieres que te de él código del sistema de seguridad?», le insistió, a falta de algo mejor que decir, y miró lo que parecía el pequeño indicio de una sonrisa en el rostro de Neil.

—En verdad que eres especial, Bornew. Quizá Senlar te eche de aquí y aún te preocupas por simples tonterías… Tengo el código de reinicio del sistema, si no podemos recordar la clave de seguridad solo tendré que reiniciarlo.

—Pero si reinicias el sistema los ajustes que hice se perderán.

—Déjalo ya —regañó Neil—, te he dicho que tengo el código de reinicio, no necesito más. Con que le des la clave a Senlar bastará. Ni siquiera vamos a usarla, no creo que vayamos a querer apagar los sistemas jamás.

—Supongo que tienes razón.

El incómodo silencio volvió, esta vez más extenso que antes. Denn intentaba reanudar la conversación, pero no se le ocurría nada. Fue una sorpresa para él, que fuera el mismo Neil quien continuara:

—Lo de tu convergencia… lo que dijiste…

—¿Qué pasa? —preguntó Denn.

—Yo te creo.

—¿En serio? —contestó sorprendido Denn—. ¿Por qué me crees? Es decir… sé que suena extraño, pero, ¿por qué me crees?

—Porque yo lo he visto también. Los Colonizador van a atacar al Sistema Solar y los Sistemas Primarios.

Los ojos de Denn se abrieron hasta su límite. Estaba atónito. Se levantó de donde estaba y se acercó a Neil.

—¿De verdad? Pero… ¿Cómo?

—Solo lo sé.

—¡Debes ayudarme! ¡Tal vez podamos hacer algo! ¡Dime lo que sabes!

—¡Cálmate! No tiene sentido que sigas con eso, Bornew. No puedes cambiar el destino. De una u otra forma ocurrirá. Créeme.

—¡No! Me rehúso a aceptarlo. Debe haber algo que pueda hacer.

Neil estaba muy serio, lo miraba con total seguridad de lo que decía.

—No seas ingenuo. Mira lo que pasó, Bornew. Interviniste en el destino tan solo un poco y terminaste en este lugar. Es la forma en la que el universo repara los cambios hechos. Ahora estás atrapado aquí y no hay nada que puedas hacer. Seguro la historia cambió un poco, pero el resultado siempre será el mismo.

—No mientras yo viva. Lo evitaré, sea como sea, algún día me iré de aquí y podré continuar lo que empecé. Aún falta mucho para que suceda. Lo sé.

—Puedes ser tan obstinado como quieras, Bornew, pero el tiempo me dará la razón. Ya lo verás. Deberías olvidarte de eso y acostumbraste a vivir en

este lugar, no hay forma de que salgamos de aquí.

—Al menos dime lo que sabes, Neil. Por favor.

—Lo haré, lo prometo, pero tendrá que ser después, ahí viene Senlar.

—¿Vas a ayudarme? ¿Le dirás que me crees?

—Lo haré, pero no creas que voy a participar de tu intento de convertirte en un héroe. Aún no me agradas, Bornew, solo hago esto porque entiendo lo que se siente... Es todo.

—Entiendo. Realmente lo agradezco, Neil.

Senlar se acercó hasta la orilla del río. El gesto en su rostro no daba muy buenas esperanzas a Denn; le dio un saludo algo amargo y le pidió que esperara ahí. Primero hablaría con Neil.

Denn se sentó de nuevo sobre una de las rocas grandes a la orilla del río, mientras Senlar y Neil tenían su conversación. Estaba nervioso, su futuro estaba por definirse. Después de haber causado tantos problemas a todos, y aunque sentía que lo que había hecho era por un fin mayor, quizá merecía algún castigo. No se sentía en posición de demandar nada.

La conversación de Senlar y Neil se extendía más y más, mientras Denn esperaba ansioso. Intentaba entender algo, algún gesto que lo ayudara a saber de qué hablaban, pero lo único que conseguía era preocuparse más. Ambos se veían muy serios, en especial Senlar.

Después de unos eternos minutos, Senlar y Neil terminaron su conversación. Se había tomado una decisión. Neil volteó a verlo con su particular y desagradable mirada y se marchó del lugar.

Senlar caminó hacia Denn, quien se levantó de la roca con cara de niño asustado. Había llegado el momento de escuchar su decisión.

—He leído el diario —dijo Senlar. Denn nunca lo había visto así, parecía una persona diferente. Imaginó lo peor.

—¿Qué has decidido? —preguntó temeroso.

—El diario no dice mucho. Al leerlo es obvio que los Colonizador guardan rencor contra los humanos, pero eso no prueba nada. Quizá los robots quieran destruirnos, pero no significa que lo harán.

—Neil creyó en mí, él sabe que digo la verdad.

—Lo sé, me lo dijo… A decir verdad, me ha sorprendido desde esta mañana, nunca imaginé que intercedería por ti.

—Digo la verdad, Senlar. Los robots van a atacar los sistemas primarios.

—Puede ser —dijo dudando.

—¿Me crees entonces?

—Lo que creo es que todo lo que hiciste es casi imperdonable.

—Nunca quise dañar a nadie.

—Quizá… quizá nunca quisiste hacer daño, pero lo que ha pasado ha sido por tu culpa. No importa si dices o no la verdad.

—Me siento terrible, la muerte del capitán y los demás me atormentará para siempre.

—Fuiste imprudente, Denn. Todas estas personas están atrapadas aquí por ti.

—No intento escapar a las consecuencias de mis actos, pero de alguna manera tengo que continuar. Tengo que evitar lo que viene.

—¿Y cómo planeas hacer eso, Denn?

—No lo sé. Alguien vendrá algún día. Deben estar buscándonos. Sé que ahora estamos aquí y si me lo permites, haré lo que sea por estas personas, porque son mi responsabilidad, pero en algún momento deberé irme. No importa cómo. No puedo permitir que el sacrificio de tantos haya sido en vano.

Senlar movió su cabeza, claramente estaba muy afectado.

—Tal vez estás siendo sincero, Denn, aun así, no puedo aprobar lo que hiciste. Debiste acudir a alguien, antes de convertirte en un criminal.

—Ya te lo había dicho, Senlar, la persona de la que recibí los recuerdos lo hizo, y solo le trajo problemas. Al final no pudo evitar nada. Si hubiera contado a alguien lo que vi, hubiera ocurrido lo mismo.

—Eso es lo que más me cuesta creer. He escuchado de varias mentes en un solo cuerpo, pero lo que tú dices es único. Recibiste las memorias de una persona que ya era una convergencia.

—Sé que es extraño, yo mismo lo investigué y no encontré nada. A veces lamento que me haya ocurrido, pero no puedo ignorarlo. Mis intenciones

son buenas. ¡Lo juro!

La mirada de Senlar era desconcertarte. Denn tuvo un mal presentimiento.

—Cuando salimos envié al equipo lejos, quería tener un tiempo a solas para leer el diario que encontraste. Tomé uno de los vehículos y me fui a una colina a la que regularmente voy a pensar y empecé a leer. Cuando apenas iba por la mitad ya había tomado una decisión. Lo que hiciste es imperdonable. El capitán y los demás perdieron su vida. No necesitaba leer más…

—Por favor, Senlar —suplicó Denn.

—…Pero se había vuelto entretenido. A pesar de mi decisión, quería terminar la lectura; los Colonizador son fascinantes. El dueño del diario hablaba casi como si fuera un humano, fue… interesante. Tú lo leíste, el robot gustaba del paisaje de este planeta, le encantaban los árboles y las montañas, y narraba cómo iba a una colina a recostarse en el pasto y mirar el atardecer. Desde ahí podía ver a algunos de sus más queridos amigos, cerca de un refugio, a lo lejos, en un claro. Fue entonces que me di cuenta… La descripción de la colina, era igual a la misma en la que yo estaba leyendo el diario. —Denn lo miraba intrigado. Estaba sumergido en la historia que le contaba. Su curiosidad aumentaba con cada palabra—. Así que me levanté y empecé a mirar alrededor. Desde ahí puede encontrar el sitio del que hablaba el robot. Estaba asombrado, en verdad pude ver el lugar en donde él veía a sus amigos. Bajé hasta ahí y empecé a buscar. La vegetación lo ha cubierto todo, por lo que no fue fácil de encontrar. Pero lo hice… Una construcción bajo la tierra hecha por los Colonizador. Encontré la entrada, la abrí y entré.

—¿Qué? Pero… ¿Qué había adentro?

—Era muy grande como para revisarlo todo. No pude quedarme mucho porque ya era tarde, pero aun así tuve tiempo de verlo.

—¿Verlo? ¿Ver qué, Senlar? Dime por favor.

—Cuando los Colonizador escaparon del sistema solar aún llevaban consigo varios rehenes humanos, ¿recuerdas? Encontré sus restos, en una habitación. Habían sido torturados y masacrados. Eso no fue tan malo, eran solo huesos después de todo… No, eso no fue malo… Pero las torturas… en unos estantes encontré un dispositivo que aún funcionaba, lleno de videos y fotografías. Fue cuando lo supe.

—¿Qué, Senlar? ¿Qué había en ese dispositivo? ¿Qué supiste?

—Algunos robots Colonizador disfrutan de la naturaleza y de una puesta de sol. Algunos pueden ser agradables… Igual que nosotros, quieren a sus amigos y sueñan con una buena vida; pero tal y como sucede con los humanos, otros resienten y odian… Los Colonizador nos aborrecen y si en verdad siguen ahí afuera, no descansarán hasta aniquilarnos a todos y cada uno de nosotros. Ahora entiendo por qué lo hiciste, Denn. Deben ser detenidos. Porque igual que sucede con los humanos, algunos son crueles monstruos. Su líder es, definitivamente, una criatura despiadada.

Capítulo 12

El Joven Que Perdió Su Nombre

Kani. Ese era su nombre. Igual que su hermano mayor, nació en una enorme luna de un planeta gigante, perteneciente a un sistema terciario de La Unión Galáctica, en una ciudad minera y de trabajos pesados, repleta de polución y fábricas mugrientas.

A pesar de que vivía en pobreza en ese horrendo lugar, había sido muy afortunado. Su madre, su padre y su hermano, apenas cinco años mayor que él, siempre le demostraban su afecto.

Desde su nacimiento, sus padres redoblaron esfuerzos. Ya tenían dos niños y no querían que siguieran creciendo en la miserable luna. Durante ocho largos años trabajaron día y noche, ahorrando lo que podían, con el fin de buscar un lugar mejor en donde vivir.

La pena llegó a sus vidas por primera vez un par de días antes de que partieran a cumplir su sueño. El hermano mayor de Kani murió en un accidente en la industrializada y atestada ciudad.

Sus padres cayeron en un tempestuoso sufrimiento. Su hijo mayor había muerto solo porque no pudieron irse antes; su esfuerzo no había sido suficiente. Su madre empezó a culparse por no haber dado más de sí. El padre sabía que no había como cambiar lo sucedido, aún tenían un niño y debían sacarlo de aquel infernal lugar cuanto antes.

Apurado por irse, consiguió una propiedad grande en las afueras de un pueblito muy pequeño, en un planeta cercano llamado Sak. Un lugar muy bonito repleto de vegetación y praderas extensas. Era el sueño que él y su familia siempre tuvieron.

Kani estaba feliz, el lugar era fascinante. Nunca había visto vegetación o animales. Era la primera vez que respiraba un aire tan puro.

Su propiedad era enorme. Su padre planeaba plantar la tierra y vivir de sus frutos, tomando lo necesario para ellos y vendiendo el resto en el pueblo. Habían invertido todo su dinero. De momento no había posibilidad de enviar a Kani a la escuela. Tenía ocho años y podía ayudar a su padre a cultivar el campo hasta que pudieran conseguir dinero suficiente para sus estudios. Su nueva vida en Sak empezó.

Su madre parecía más distante con el pasar del tiempo. La depresión por la muerte de su hijo mayor la golpeó duramente y la preocupación de su

padre crecía al mirarla tan triste.

Su situación no hizo nada más que empeorar, lamentablemente el lugar que habían elegido para vivir no era el ideal para cultivar. El planeta no tenía estaciones climáticas bien definidas, especialmente en esa zona. Algunos veranos duraban mucho tiempo, y los inviernos aún más. La estación fría empezaba a azotar la zona, y los cultivos que llevaban meses cuidando, empezaron a morir.

La madre de Kani enfermó gravemente, la depresión la estaba matando y su padre no tenía dinero para ayudarla. Buscó con desesperación algún empleo en el pueblo, pero el invierno también hacía estragos ahí, todos pasaban situaciones difíciles. No pudo encontrar nada.

Los tres vivían de lo poco que habían comprado al inicio de su travesía, pero ahora la comida estaba empezando a escasear. Kani miraba como su madre moría lentamente mientras su padre sufría sin poder hacer nada. La desdicha llegó una noche, en medio de una nevada. A pesar de todos los intentos de su padre, su madre había muerto.

A pesar del frío, su padre cargó a su madre hasta una colina cercana y la sepultó. Desde la ventana de su habitación Kani miró a su padre de rodillas llorando bajo la nieve. Su vida se sumía en sufrimiento.

Aún era un niño pequeño, tenía nueve años y no podía hacer nada para animar a su padre. Lo veía impotente caer en una terrible depresión como meses antes lo hiciera su madre.

Los días pasaron y las condiciones no parecían mejorar; su padre lucía muy triste. Kani intentaba animarlo sin suerte; ahora era el niño el que empezaba a preocuparse. No lo culpaba por la muerte de su madre, él lo había visto luchar para evitarla, pero seguramente su padre era más duro consigo mismo.

Como hacía cada semana, su padre salía al pueblo en medio de la nieve, intentando conseguir trabajo. Ya no les quedaba mucho y si no hacía algo, su hijo pasaría hambre. Cuando volvió traía noticias para Kani: «No hay trabajo hijo, y nadie puede comprar nuestra propiedad. No tengo opción más que ir a la luna en donde naciste a intentar recuperar mi antiguo trabajo».

El padre de Kani volvería a donde todo había iniciado, aquel miserable lugar que tanto odiaban. Si no lo hacía iban a morir de hambre. Se preparó para el viaje, y con lo poco que les quedaba compró un boleto hasta la luna. Solo había alcanzado para él, Kani tendría que quedarse esperando por algunos días.

Después de una despedida amarga, el niño vio a su padre partir. Ya no era el hombre alegre y cariñoso de antes, la pérdida de su hijo mayor y su esposa, sumado a su fallido sueño, lo habían cambiado. Quizá para siempre.

Kani esperó por su padre en su casita, racionando el último pedazo de pan que le quedaba. Los días pasaron y su padre no volvía, pero Kani no perdía la fe. «Pronto vendrá con buenas noticias», pensaba mientras se acurrucaba entre varias cobijas para combatir el frío, al lado de una ventana, mirando al camino por el que estaba seguro, su padre aparecería en cualquier momento.

Pero el resto de la comida se terminó y su padre aún no volvía. Entre las frías y solitarias paredes de su casa, el niño empezó a perder las esperanzas.

El hambre no pudo más, Kani estaba perdiendo sus fuerzas. Decidió caminar el largo viaje hasta el pueblo y preguntar ahí por su padre, quizá alguien sabía algo. Nunca lo había dejado tanto tiempo solo y se imaginaba que algo malo debía haberle sucedido. Cuando por fin llegó al pueblo, temblando de frío, empezó su búsqueda. «¿Ha visto a mi padre?», preguntaba a todas las personas que veía, pero a nadie le importaba el niño. Todos tenían sus propios problemas, el invierno había sido duro para todos.

Deambuló por el pueblito por horas pidiendo información de su padre. «Tal vez me pueda regalar un pedazo de pan entonces, señor», decía. Nadie sabía nada de su padre y nadie le dio nada de comer.

En el punto más alto de su desesperación, los instintos más puros de supervivencia llegaron a él. El niño hizo lo que debía para sobrevivir. Robó unas manzanas de una tienda.

Nadie lo había visto, pero igual sintió mucho miedo. Kani corrió sin cesar hacia su casa, nunca había sentido tanto miedo, estaba seguro de que lo capturarían. Cuando por fin llegó, entró rápidamente y se arrimó a la ventana en la que se sentaba todos los días, a mirar si alguien lo perseguía.

Una vez seguro de que nadie vendría por él, sacó las manzanas de sus bolsas y empezó a comer. No pudo evitar llorar, se sentía muy culpable, sus padres le habían enseñado que robar era malo, pero el hambre lo había obligado a hacerlo.

Las semanas siguieron pasando y su padre aún no volvía. Sus circunstancias lo habían requerido, ahora el niño se había convertido en un experto en robar comida del pueblo. Un par de veces estuvieron a punto de atraparlo, pero siempre había logrado escapar. Nadie sabía

dónde vivía, así que nadie nunca iba a llegar hasta su casa.

El frío invierno empezó a irse. Todo volvía a ser más cálido. Ahora Kani ya no dormiría temblando en las noches. Aunque las cosas habían mejorado un poco para él, aún no tenía noticia de su padre. La duda lo estaba matando. Se sentía muy solo. Extrañaba a su familia muchísimo.

Un día, después de uno de sus viajes al pueblo, camino a su casa, se encontró con un flaco y hambriento gato. Kani sabía muy bien lo que se sentía pasar hambre. No dudó en ofrecerle algo de comida: «Come esto, muchacho», le dijo al asustadizo y escuálido animal, y después de poner un pedazo de carne en el suelo, siguió su camino.

Después de devorar la carne de un par de bocados, aquel gato blanco y de rayas grises, empezó a seguirlo. Kani intentó ahuyentarlo varias veces, pero él siempre volvía. Así siguieron todo el camino hasta que llegaron a la casa. No tuvo más opción que compartir el resto de la comida con él. Desde ese momento, aquel agradecido animal ya no se apartaría de su lado. «Tu nombre será Pequeño», le dijo al gatito; un nombre muy apropiado, el gato era muy pequeño y no parecía que fuera a crecer.

Juntos vivieron incontables aventuras. Pequeño seguía a todos lados a Kani, incluso lo acompañaba al pueblo a robar comida. Jugaban y corrían juntos afuera de su casa, y cuando era la hora de comer lo compartían todo.

Kani lo llevó a conocer la tumba de su madre y le contó cuanto la quería. Ahora no se sentía tan solo, había encontrado a un amigo. Ya tenía diez años y empezaba a olvidarse de su padre.

Un día, Kani despertó y como siempre buscó a Pequeño a su lado para darle los buenos días, pero su amigo no estaba. Lo llamó y lo buscó por toda la casa sin encontrarlo. Pensó que quizá había sentido hambre y se había ido al pueblo a buscar algo que comer, así que se fue corriendo hacia allá, temiendo que Pequeño fuera capturado. Lo buscó y lo buscó por todas partes, pero no pudo hallarlo.

Sin más que hacer, Kani volvió a su casa muy preocupado. Tal vez su amigo lo esperaba ahí. Volvió a animarse y apresuró su paso. Cuando se acercaba a su casa miró desde lo lejos un humo negro que se elevaba en el cielo. Sintió un miedo terrible. Corrió lo más que pudo y por fin pudo verlo. Su casita estaba en llamas.

Su sorpresa fue aún mayor. Su padre estaba parado a un lado de la casa, tenía agarrado a Pequeño por el cuello con su mano derecha.

—¿Papá? ¿Qué ha pasado? —preguntó llorando.

—Esta es mi casa —respondió su padre—. Ya no puedes vivir aquí.

—¿Qué? ¿Qué está pasando papá? —preguntó aterrado y dio unos pasos temerosos hacia su padre.

—¡Lo has oído bien, vete de aquí! ¡Aquí ya no puedes vivir! —le gritó con una horrenda mirada, y lanzó el cuerpo sin vida de Pequeño frente a sus pies.

El padre de Kani dio media vuelta y se fue.

Kani tomó a su fiel amigo Pequeño en sus brazos y lo movió tratando de despertarlo, pero su amigo ya estaba muerto. Con Pequeño en sus brazos lloró desconsoladamente mientras su casa se quemaba por completo.

El día empezó a morir y la noche llegó, pero Kani seguía llorando, aun abrazando a Pequeño frente a su casa que ya empezaba a apagarse. El fuego había arrasado todo. Sin darse cuenta, cayó dormido con su amigo a su lado. Cuando despertó ya era de mañana. «Fue una pesadilla», pensó incrédulo, pero al dar una mirada comprobó todo lo que había sucedido el día anterior. Estaba desolado. Después de unos momentos se paró con Pequeño en sus brazos y se dirigió hasta la tumba de su madre. Cavó un hueco a un lado de ella con sus manos, y enterró a su amigo.

Ya no tenía nada más que hacer ahí. Había visto la atrocidad que su padre había cometido, ese lugar ya no era seguro para él. Se despidió de su madre y su amigo, y partió.

Llegó hasta al pueblo en donde consiguió algo de comer y siguió su camino temiendo que su padre lo encontrara. Caminó y caminó atravesando pueblos y más pueblos. Robaba para comer mientras continuaba su viaje sin rumbo fijo.

Durante tres años recorrió el planeta, visitando incontables lugares, hasta que llegó a una enorme ciudad. Ahora se había convertido en un sobreviviente del mundo y sabía bien cómo conseguir las cosas que quería. La ciudad era un paraíso para alguien como él. Ahora era valiente y atrevido, un lugar como ese no lo asustaba. Fue entonces que decidió detener su largo viaje. Había dejado de huir.

No le costó conseguir trabajo, poseía habilidades que muchos deseaban. Una peligrosa pandilla criminal le dio hogar y comida. Los años pasaron, y ya empezaba a hacerse un nombre; en la ciudad ya era conocido por la gente más poderosa. Era fuerte e inteligente. La pandilla empezaba a incluirlo en negocios importantes. Conforme pasaba el tiempo su

notoriedad crecía. Quizá demasiado.

Un asesino a sueldo llegó a la ciudad a matarlo. Lo había estado buscando por mucho tiempo y ahora lo había encontrado.

Era un tipo imponente, de la especie vialiki. Medía más de dos metros, un monstruo de piel verde y ojos grandes y negros. Su cabeza horrible sin cabello se asemejaba a la de un tiburón. Los músculos de sus brazos eran más grandes que la cabeza de Kani. Definitivamente estaba en problemas.

El tipo se paró frente a Kani dispuesto a matarlo. En su espalda llevaba una formidable espada de solidio, símbolo de poder entre la especie vialiki. La había conseguido después de matar a otro gran contendiente.

Lo llamaban El Oso. El asesino más famoso de la época. El asesino que iba tras Kani.

Había asesinado a todos y cada uno de sus objetivos, nunca había fallado. «Dasse Lak», repetía. «Yo soy la muerte», era el significado en vialiki de aquellas palabras que El Oso decía a sus víctimas justo antes de matarlas. Si alguien las escuchaba significaba que estaba a punto de morir.

Kani lo reconoció de inmediato, era alguien muy conocido. El chico sabía todo lo que había que saber sobre él. Sintió que su muerte estaba cerca.

—¿Tú Kani eres? —preguntó El Oso con una voz grave y un acento apenas entendible.

—¿Qué quieres? —preguntó el valiente joven.

—¿Kani eres? —repitió el monstruo de piel rugosa.

—Soy yo, ¿qué es lo que quieres?

—Tu padre. Envió a matar.

—¿Mi padre? —preguntó horrorizado—. ¿Qué dices?

—Tu padre… Envió a matar.

Kani estaba devastado, no creía lo que escuchaba. «No fue suficiente para mi padre destruir mi vida, ahora ha enviado a un asesino por mí», pensó. El asesino más famoso de la galaxia estaba frente a él, pero su cólera pudo más. Kani se abalanzó sobre aquel aterrador gigante.

El Oso reaccionó de inmediato. Desenvainó su espada de la funda en su espalda, con su mano derecha, y arremetió con todas sus fuerzas contra

Kani. El joven apenas pudo esquivar el poderoso golpe.

Kani era muy rápido. Pensó que era su única ventaja, jamás podría comparar sus fuerzas contra las de aquel coloso. Un segundo golpe que el joven no pudo esquivar se lo comprobó. Cayó al suelo, casi quedando inconsciente. Después de luchar contra su cuerpo, se levantó. Ahora entendía bien la diferencia de fuerzas, quiso escapar por un callejón, pero vio como El Oso alcanzaba con su mano izquierda, una pistola que llevaba en su cintura. Si corría en línea recta por el callejón, estaba perdido.

Se agachó para alcanzar una piedra que lanzó con fuerza contra la mano izquierda del gigante que ya comenzaba a apuntarle con su pistola. Kani dio en el blanco y El Oso dejó caer su arma. Una sonrisa se dibujó en su rostro por un momento, hasta que entendió que aún no estaba salvado. Si corría ahora, El Oso iba a poder levantar su arma. Kani tenía que conseguirla.

Corrió hacia él agachándose para esquivar el lance de su espada. Agarró la pistola y se dispuso a apuntarlo, pero El Oso la pateó de sus manos. Lo tomó por el cuello, y lo levantó del suelo como si no pesara más que una pluma. Puso su espada en el pecho de Kani, y antes de hundirla le dijo: «Dasse Lak».

Kani sintió como la punta de la espada empezaba a abrir su pecho, estaba a punto de morir. Con todas sus fuerzas golpeó con las palmas de las manos los oídos de El Oso.

El gigantesco asesino lo soltó gruñendo de dolor. Kani cayó al suelo junto a la espada de su oponente, con una terrible herida en su pecho. El alboroto ya había llamado la atención de algunas personas, que se acercaron a mirar como El Oso completaba su más reciente trabajo.

Kani se levantó como pudo, e intentó empuñar aquella legendaria espada, pero herido como estaba no pudo siquiera levantarla. La dejó a un lado, tomó un pedazo largo de metal que estaba tirado en el suelo, y se abalanzó sobre El Oso que aún se dolía del golpe anterior.

Fue un gran error, los golpes que el joven Kani daba con el pedazo de metal a El Oso apenas alcanzaban a hacerle daño. Éste lo rodeó con sus dos manos y lo levantó, apretando fuertemente para asfixiarlo. Cualquier persona hubiera muerto, El Oso había roto los huesos de incontables víctimas, pero Kani empezaba a mostrar una fuerza inexplicable. Contra todo pronóstico estaba logrando resistir.

En chico se esforzaba por contrarrestar el fuerte apretón, pero el aire se le empezaba a ir. Echó su cabeza hacia atrás lo más que pudo y la lanzó

hacia adelante con todas sus fuerzas, directo hacia la cabeza de El Oso.

Aquel legendario luchador había recibido golpes similares miles de veces sin recibir daño alguno, pero esta vez, fue diferente, el golpe casi lo tumba. Justo cuando estuvo apuntó de soltar a Kani, se repuso y volvió a apretar con fuerza.

Nuevamente el chico echó su cabeza hacía atrás y volvió a lanzar un segundo cabezazo. Esta vez el golpe de Kani logró destrozar el cráneo de El Oso. El gigante soltó al chico al instante y cayó hacia atrás. Kani se fue al suelo tosiendo, estaba muy afectado por el apretón que había recibido. La herida en su pecho había empeorado.

A pesar de la terrible fisura que había causado Kani al cráneo de El Oso, este no estaba cerca de ser vencido. Se levantó tambaleante y se abalanzó una vez más sobre Kani. El chico lo recibió con golpes, logrando acertar algunos sin causar un daño considerable. El Oso atrapó un gancho izquierdo que Kani le lanzó, y empezó a hacer fuerza con sus dos manos intentando partir el brazo a la mitad.

Nunca se había tenido que esforzar tanto para quebrar algo, con la mitad de la fuerza que estaba ejerciendo había roto miles de huesos. Kani, a pesar de ser tan solo un chico, no era un oponente fácil.

El joven gritó de dolor mientras El Oso se esforzaba al máximo, hasta que por fin lo logró. Un horrible crujido se escuchó, erizando la piel todos los que presenciaban la impresionante batalla. El brazo izquierdo de Kani estaba hecho añicos.

El Oso, agotado, soltó a Kani y caminó hacia su espada. El chico cayó en el piso doliéndose de sus espantosas heridas. El Oso se acercó hacia él y levantó su espada sobre su cabeza. «Dasse Lak», le dijo y bajó la espada como si de una guillotina se tratara.

Kani tiró su cabeza hacia atrás, y la espada paso frente a su rostro rosando su nariz. Se había salvo una vez más.

Tomó de nuevo el pedazo de metal y clavó el lado más afilado en el pecho de El Oso. Apenas le hizo daño. El gigantesco asesino tiró otro espadazo, pero Kani saltó hacia atrás, evitando que lo cortara por la mitad. «¡Me salvé!», pensó, pero no había salido ileso, la espada había hecho una considerable cortadura en su estómago.

Quienes presenciaban la batalla estaban impresionados. Era algo brutal. El pecho de Kani, su estómago y su brazo izquierdo, además de la terrible herida en la frente de El Oso, habían logrado teñir el suelo de rojo.

Kani miró mareado el río de sangre buscando algo que pudiera salvarlo. Detrás de El Oso, vio la pistola que éste había intentado usar antes. Era su única oportunidad, tenía que lanzarse para tomarla, pero El Oso estaba de frente. Era todo o nada.

El chico saltó hacia el suelo delante de él intentando coger el arma, pero El Oso lanzó un rápido golpe con su espada. No había logrado matar a Kani, pero le había cortado ambas piernas de la rodilla para abajo.

El Oso lo pensó inmediatamente, era el final, no había nada más que el chico pudiera hacer sin sus piernas. Se volteó sonriente para terminar el trabajo y murmuró aquellas palabras que siempre repetía. Estaba seguro de que había ganado.

Estaba equivocado, Kani había logrado alcanzar el arma. Se volteó rápidamente para apuntar a su oponente, que ya venía intentando dar la estocada final, el chico disparó contra El Oso abriendo un hueco en medio de su pecho.

Era una herida fatal. El Oso gritó de dolor dando unos pasos tambaleantes hacia adelante. Un momento después se desplomó, cayendo sobre su espalda a un lado de Kani.

El chico sin piernas se movió a como pudo hasta subirse sobre El Oso que gemía de dolor. Kani levantó la pistola y la puso en la cabeza del famoso hombre.

—Dasse… Dasse Lak —dijo El Oso moribundo.

Kani lucía un semblante sombrío, uno que solo un asesino era capaz de proyectar. Había olvidado el dolor que sentía, había olvidado sus miedos y sus preocupaciones. Había olvidado su nombre. Después de un momento el chico habló:

—No. Yo soy la muerte.

El chico jaló el gatillo y el arma se activó, matando al famoso asesino.

Kani había vencido, pero estaba terriblemente herido. Para su fortuna ahora había mucha gente alrededor, y entre ellos, estaba uno de sus camaradas. El muchacho tomó a Kani y lo alzó. «Te llevaré con un doctor», le dijo.

—Trae la espada, Khaelt —dijo Kani—. Ahora me pertenece.

—No puedo llevarte a ti y a la espada —le contestó el joven que sostenía a

Kani en sus brazos.

Un hombre salió de la multitud y recogió la espada. Se acercó a Kani y le habló:

—Toma, muchacho —le dijo, y le entregó la espada.

Kani tomó el arma con su mano buena y le hizo una señal al joven que lo cargaba. Un momento después se fueron de ahí a buscar asistencia médica.

La multitud miraba con asombro el cadáver de El Oso, un famosísimo asesino. Habían presenciado una batalla impresionante. «Ese chico ha matado al hombre más peligroso del universo», dijo alguien. «¿Quién es ese chico?», preguntó otro.

—Yo escuché su nombre, El Oso se lo dijo antes de morir —dijo el hombre que había recogido la espada—. El Oso le llamó: «Dasslak».

Y desde ese momento nunca nadie más volvió a llamar al chico Kani. La historia corrió hasta los confines de la galaxia. El Oso había muerto a manos de Dasslak, el hombre que sería conocido como el asesino más formidable y temido de todos los tiempos.